

ALFONSO ANDRADE CH.

ESPIGUEO

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO ECUADOR

TOMO I

CUENCA-ECUADOR

1947

Edt. EL MERCURIO

ENVIO DE LA BIBLIOTECA
"MARIANO CUEVA"
CUENCA-ECUADOR Apartado No. 3
Se Solicita Canje

Alfonso Andrade Ghiriboga

ESPIGUEO



CUENCA-ECUADOR

—
1947

—
Edit. **EL MERCURIO**

BIBLIOTECA NACIONAL

QUITO - ECUADOR

PRELUSION

Una vez pensé: de 1605, fecha en que se publicó el Quijote, cuando Cervantes, fatigando el genio del idioma, hizo pasar el castellano, luciendo sus mejores galas, ante la asombrada literatura del mundo de aquella época y de los siglos posteriores; revistó las ciencias, entonces conocidas, haciendo que el sentido común floreciera en los labios de Sancho, entre donosuras de simplicidad sublime. Digo, desde 1605 a esta parte han decurrido casi 350 años, y en este largo lapso, si don Quijote nada ha tenido que añadir a sus proezas de caballero, y si tal vez el río del idioma, cundido de gusarapos, ha sufrido mortales enturbiamientos, el

pueblo ha creado un sinnúmero de refranes, locuciones, modos adverbiales, frases proverbiales, &, que están esperando, si no un nuevo Cervantes, que eso fuera pedir leche a las cabrillas, siquiera uno como Sancho que supiera reunirlos y mostrarlos en obra digna de ser leída y recordada...

Así decía yo, sintiéndome Sancho y, como tal, sin darme cuenta que la obra digna de leerse y recordarse era para plumas de mejor cortados gavilanes que la mía.

Al decir «sintiéndome Sancho», calumnié al bien pensado gobernador de la Insula que sabemos, a quien nunca pasó por las mientes hacerse armar caballero...Mientras yo, tirándome a las plantas de su amo, el de la TRISTE FIGURA, sin siquiera haber velado las armas, exigí se me diera el espaldarazo, convencido de que en mi empresa no habría menester sino de paciencia y perseverancia. Así puse manos a la obra y empecé hojeando un Diccionario de la lengua.

Con lo primero que dí fue la interjección ¡ABA! Quería decir ¡Cuidado! ¡Quitá!. Luego asomé ABABOL, que significa: persona distraída, simple, abobada.

Seguí buscando y dí con los verbos: ABOCINAR: caer de bruces; ABUZARSE: echarse de bruces a beber; ADAGUAR: beber el ganado...Y siguió una serie incontable de

vocablos y acepciones que apenas tenían uso entre nosotros, pero que debían enriquecer el maravilloso castellano de los Luises, Herreras, Quevedos, Moratines, &. Vocablos y acepciones que yo tomaba por empresa hacerlos descender del encumbrado pedestal de los clásicos, para enriquecer nuestro popular vocabulario.

Hice mi estudio sobre la Etopeya del Indio, y tras este ensayo, otros y otros, procurando siempre estudiar al indio y emplear, en cada uno de ellos, lo que me pareció vocablo de poco uso, acepción casi sin empleo, como CURIOSIDAD que, en su tercer significado es: aseo, limpieza; CONVERSACION que, así mismo, en su acepción tercera, significa: comunicación y trato ilícito....

De esta manera fui pergeñando cuentos, descripciones, historietas que tipificaran el sabor de la tierra, incluyendo en la narración las palabras y locuciones de poco o ningún uso que iba encontrando en nuestro léxico. Mas, la necesidad de emplear esas palabras, indispensables para mi objeto, hacía me sacrificar con frecuencia el interés de la narración, la donosura del lenguaje. Además quedaba expuesto a los severos calificativos que provoca la petulancia, si de petulante se quería calificar mi empeño, desatendiendo el espíritu que me animaba y el fin que perseguía. De lo que, para curarme en salud, protesto y juro estar limpio de toda

culpa...

En mi obra, pues, quise que culminara la leyenda, di ancho cauce a la tradición, y recordé las causas que ocasionaron huelgas, crímenes, delitos y conmociones populares; todo lo cual trajo a mi mente la urgencia de emplear el vocablo FOLKLORE, que me pareció tan extraño y anteufónico, cuya intromisión en el lenguaje castellano tenía para mí todo el atrevimiento, pero sin lisura, del burgués enriquecido que invade la alcoba de una gran dama...

Lo sustituiremos, dije, con todo el atrevimiento que presta la ignorancia, convencido que el Diccionario Español de la décima quinta edición, que era el que yo poseía, tendría, cuando menos, un sinónimo de folklore, para sacarme de apuros.

La búsqueda fue larga, paciente y nugatoria; mas, así como pude asegurar que el sinónimo no existía, también afirmé que urgía crear el término, dándolo por muy factible y hacedero, no para mí, que si acostumbro, como algún sabio de mi tierra, HABLAR EN GRIEGO, del lenguaje de Platón no se me alcanza ni la letra primera, y era indispensable el griego para crear la palabreja. Digo NO PARA MI, sino para mi amigo: un erudito que, a mi ruego, empezó combinando las voces demos y logos, demos y sofos: demología y demosofía, que él aseguraba poder traducirse por ciencia

y sabiduría del pueblo.... Los vocablos fueron rechazados por un sabidor que propuso este otro: MITODEMOLOGIA que, ad libitum, y poniendo el lector su buena voluntad, quería decir: la leyenda es la sabiduría del pueblo.

Que iban a sonreír los técnicos? Paciencia... Si el terminacho no encajaba, ya vendría el filólogo a enmendar la plana; pero, mientras viniera, era preferible hacer sonreír repitiendo MITODEMOLOGIA, que seguir haciendo alcocarras, para pronunciar desastrosamente el folklore de los sajones, con lengua chapetona, y añadir al collar de perlas castellano una cuenta foránea que nunca dejaría de ser abalorio...

«ASI DECIA YO, CUANDO RIENDO.....». No celestial ninfa, como dijo el clásico, sino el Diccionario en su décima sexta edición, que acababa de recibir, al abrirlo, me tióme por los ojos el vocablo FOLKLORE, así, con K, sin siquiera la nota neológica.... Y hasta los derivados: FOLKLORICO, FOLKLORISTA..... Además, el término elevado a ciencia....

No hubo sino que inclinar la cabeza a la decisión de los maestros, que no es mal sastre el que conoce el paño, y después de mascullar un padrenuestro por el invencible paladín de la pureza del idioma, terror y pesadilla de los huéspedes de la casa número 26 de la

calle Valverde: alma bendita, don Antonio Balbuena, y sintiendo que más bien este incidente me azoraba, continué con tesón espigando en el nuevo diccionario.

He de anticipar, para ponerme a salvo de criticastros y sabihondos, que este estudio, como mío, es limitado; ni es posible suponer que pretenda agotar en él los vocablos y acepciones, nada o poco usados, de un modo absoluto.

Y aquí va la leyenda:

El Griego y el Latín, dos colosos del Lenguaje, que habían sojuzgado a Europa, disputándose la preminencia, elevaron a los Dioses su demanda.

La Palabra, mimada del Olimpo, para resolver la querella, citó a las princesas del idioma, a que ostentaran sus gemas, ofreciendo una palma de oro a la que poseyese las más abundantes y puras. La inglesa abrió su cofre, ante la Diosa, con todos los brillantes de Shakespeare; la alemana, hizo lo mismo, con los crisoberilos de Goethe; la francesa, con los corindones de Hugo; la rusa, con los ópalos de Tolstoy; la italiana, con los solitarios del Dante y la princesa castellana, con las perlas de Cervantes....

La Diosa no supo resolverse por ninguna, embelesada en las maravillas que admiraba, y quiso que la Suerte, deidad versátil y capri-

chosa, lo decidiera, llevándose la palma de oro la Princesa de la Divina Comedia. Protestaron las demás, y la arrogante española, sin poder reprimir los ímpetus de su raza, vació su cofre en el inmenso océano...

Yo, metido en mi modesta escafandra, húndome en ese piélago y voy buscando a tientas, pero sin desmayo; y si doy con alguna de esas maravillosas perlas, habré coronado mi empeño...

Entre las frases figuradas, encontré ésta: **SU CARA DEFIENDE SU CASA....**No hay sino que toparse con ciertas hijas de Eva, y aunque sea tras de un canto o una torre de marfil, con un émulo de Fierabrás, para ver con los ojos lo que este dicho encierra, y catar todo lo volteriano de esta manera de ponderar la fealdad física que, casi siempre, de la moral es trasunto...

En esta otra, por más que falle la decencia, no es posible decir más graciosamente el fracaso de un dilapidador caído en la miseria: **HA DADO CON EL C... EN LAS GOTHERAS....**

Nada con más intención que esta frase proverbial: **NO CRECE EL RIO CON AGUA LIMPIA...**Contra los que adquieren pronto y mal una fortuna...

Pero entre los refranes, no tiene rival, en mi concepto, este: **DONDE VA MAS**

HONDO EL RIO, HACE MENOS RUIDO...
Aplicado al talento que, cuanto mayor es, busca menos la ostentación....

Mas, en lo que no he podido convenir es con la nota de anticuado en el término **AMAPOLARSE**, como se ve en las últimas ediciones del Diccionario de la Academia.

Por qué el maestro Honorato Vázquez, de imperecedera memoria, no defendió en sus **REPAROS** el término **AMAPOLARSE**, exigiendo para este verbo descriptivo la eterna vigencia a que tiene derecho todo lo que es bello?

Qué otra palabra tan poética y decidora como esta, aplicada al rostro de una hermosa, que no puede tener por émula sino a la amapola?

No hemos de pagar siquiera con un término galante el empeño que pone la mujer en volverse agradable al hombre, encendiendo con carmines mejillas y labios; oscureciendo con rimel pestañas y ojeras, para hacer irresistibles esas caídas de ojos, precursoras de la gran caída....Pero sin la cual, y valga la paradoja, no podría ella levantarse hasta nosotros, ni nosotros dejar de estar a sus plantas?...

Amapolarse, incluye doradura de cabellos, simulación de bucles y rizos: cruenta recogida a la nuca de frunces y pliegues del rostro; tiritones y espeluznamientos tras el mez-

quino y transparente rabanero.... Tormento del depilatorio; mani y pedicuro, es decir, sonrojo de uñas de manos y pies; ayunos de mártir, para conservar la línea; suplicios chinos para hacer que el pie se esconda, como dijo el poeta, en el cáliz de una rosa...Y fajas de ceñirse a cuatro brazos o con máquina, para hacer dar su última expresión al talle y su máxima a las caderas....

En el término **AMAPOLARSE**, si serios autores no se opusieran, y alguna chiquilla no me tratara de rabanero, podría también incluirse el verbo, **EMPELOTARSE**...Ni es posible imaginar escote, sin afeitado....

Este **EMPELOTARSE** trae a mi memoria la disputa de una dama, ceñida a la moda, que amenaza a un señor provector, por una falta de atención, diciéndole:

—Ya verá...Yo le he de hacer ver...

Y el anciano, sonriendo, musitaba:

—Pero todavía puede esta señora haberse reservado algo que mostrar...?

Amapolarse....Con esta palabra devolvemos a la mujer todos los sacrificios que hace la pobrecilla para llamar nuestra atención.... Realmente, nada entraña tanta delicadeza y galantería como esta voz eufónica y que llega a pintar tan a lo vivo la generosidad....masculina...

Pero la Academia, a este primoroso sinónimo del prosaico pintarse, y del afeitarse, que huele a sacamuelas a la legua, lo halla anticuado, aprovechando que ya no sopla don Benancio González... Y por consiguiente, tendremos que relegarlo, si los que pulen y fijan resuelven, como decía el baturro, no recular en sus resoluciones...

Así he resuelto yo también no recular en mi resolución de seguir espigando en el majestuoso libro del idioma; y aunque digan que me he metido en camisa de once varas, o como decía mi mucama, en ONCE CAMISAS DE A VARA, sostengo que el verbo amapolarse vale como ninguno de sus sinónimos, inclusive la ARGENTADA, e infinitamente más que el neologismo maquillarse, por más que haya tomado posesión del teatro y pretenda imponerse en el peinador y en la alcoba....

Atreverse con el Diccionario Castellano, sin los necesarios conocimientos idiomáticos; sin siquiera haber merecido el título de sabio, que es lo menos de lo que puede aspirar un sacapotas, entre nosotros, es como querer atravesar el Amazonas en una cáscara de nuez... Y ante lo inseguro de la nave y la impericia del piloto, no puede ser más arriesgada la empresa, ni más inminente el fracaso...

Pero como la fortuna es deidad, y por ende, versátil y caprichosa; máxime que para

recibir sus favores, como tantos, no he menester merecerlos, inflo las velas de mi barquilla, corto las amarras y, cerrando los ojos, me abandono a mi destino, diciendo a mi esposa, la señora Rosa María de Andrade: he ahí el libro que te dedico, con mi ferviente afecto.

**ETOPEYA
DEL
INDIO PARAMERO**

Después que la Virgen Libertad, en todo su esplendor, supo mostrarse, sonriente, a Washington y Bolívar, cubrió su rostro con un velo, dejando apenas traslucir su hermosura...

Como los héroes americanos nadie volvió a contemplarla, sino como aurora boreal que, como mito, embelesa, pero como realidad, desencanta; como sol que, caricioso, alumbra y abraza, desde lejos, pero encandila y abrasa, de cerca...

Hoy, de la libertad, no queda sino el nombre, convertido en esfera de goma que rebota en el mundo zarandeada por todas las raquetas...

Libertad, retinglan los torpedos de los sumergibles alemanes, los acorazados ingleses, los tanques rusos, los aviones americanos...Li-

bertad, el estruendo de las derrotas italianas; el roznido de los colmillos nipones, devorando a traición las Filipinas, sin dejar de triturar a la China...

—Allega allegador, para buen desparra-
mador, parece estarle diciendo la Historia a
Cristo que, en sus sueños de igualdad, sentó
como base de su doctrina el AMAOS LOS
UNOS A LOS OTROS..

Alemania, en nombre de la libertad, de-
rumbó el trono de los Kaiseres, para conver-
tirlo en altar de Hitler, Dios totalitario que,
mientras ofrece irrestricta libertad a Europa, la
sojuzga, bombardeándola, sorprendiéndola sin
defensa....Y prueba la superioridad de la raza
germánica con la voz de la Gestapo, en los in-
fernales campos de concentración...

De esta madre Libertad, viene al mundo,
con presillas, el niño nazi, al que nadie acarona,
ni es dulcemente acunado. Una mujer, tratada
al estricote y hecha madre, en los jardines del
Fuehrer, por los machos totalitarios, se ha con-
vertido en aña que, como nunca aprendió a
anear, cuando llora el bebe hácele tocar silen-
cio con los clarines del militarizado asilo...

Los fanáticos de Hitler, adelgazando en
libros y tribunas, con infatigable acucia, pro-
claman la libertad, personificándola en su ídolo,
que asoma encharcado en la sangre judía y en
la del mundo entero...

Pero allá Germania, caniculada, y sin querer pensar que en torcida argolla no entra la bola, haga de la libertad el trapo con que se empeña en amortajarse... Yo no apartaré los ojos de este rinconcito montañoso, donde he pasado lo mejor de la vida y me ha dado refugio y adarve; en donde, sin más compañía que la del vernáculo habitante de los bohíos, persigo la verdadera libertad con el honesto pan de cada día....

¡Libertad! Cada vez que esta palabra, prodigada en periódicos y radios, encandila mis ojos o traquetea en mis oídos, no hago sino sonreír, diciendo:

—Con achaques de trama está aquí nuestra ama?

El indio del páramo me obsesiona. He vivido muy cerca de él, más de un cuarto de siglo. Conozco sus costumbres, los complejos que le oprimen, las miserias que le postran y que hacen pensar lo que sería el paria en esos tiempos de nuestros abolorios que, arregostados a los pechos y gabelas del feudalismo, al rescoldo de los braceros inquisitoriales, probando que la sangre se hereda y el vicio se apega, teníanse por amos natos de la raza conquistada por Pizarro...

Al indio, adusto por todos los vientos y canículas del trópico, tocábale aniquilarse en el rudo afanar, para que las trojes y alforfas del

latifundista, al que nunca dejó de ayunarle, re-
bosaran... Sin ningún derecho pero con todas
las obligaciones del esclavo, mientras se retor-
cía en las garras de la miseria, el amo acumu-
laba capitales que, enterrados, se enmohecían;
porque la ciencia económica de los caciques
medieoavales de estas tierras, no pasaba de: al-
quimia probada, tener renta y no gastar nada...

Estamos en el siglo XX, y todavía en-
tre nosotros, las estirpes prevalecen, preferente-
mente en poblaciones donde el progreso no
anda sino reptando; donde pululan los adanes y
las artes no pasan de la ñora y la ollería; don-
de la razón está siempre al lado del más fuer-
te, y al discutir y al acotar, las estacas, y no
la justicia, resuelven las diferencias... Allí, donde
se da matraca a títulos noviliarios, desempol-
vando pergaminos y procurando alianzas, sin
salir de la adherencia; por más que este pueril
empeño acuite las familias, poblándolas de aba-
tidos y degenerados...

Alardeamos de liberales, socialistas, li-
brepensadores, &, y todavía lo que fué carre-
tón pilotado por Alecto, si aligera cuadriga,
sigue corriendo buenos trechos sobre los viejos
ánditos... Las nuevas doctrinas son la vid que
soñó el Profeta, abrotoñada y magnífica, pero
acediada de zánganos y abejorros...

La Radio, el Cine, la Aviación, elocuen-
tes testimonios del Progreso, están diciendo que

la evolución no se detiene, que todo adelanta y se perfecciona...Sólo el indio paramero, émulo del solitario AGUARONGO, y del venado erradizo, es acionera que enlaza la noche del pasado con lo que hay de tenebroso en las horas presentes...

El indio, paria y mostrenco, simboliza el huevo tradicional, con que probó el marino por antonomasia, la posibilidad de su magnífica hazaña...Albairé que la mano de Colón dejó sobre los Andes de punta, pero roto...Aco-tación borrosa en el libro de las conquistas castellanas, que la civilización va traduciendo con clamorosa acidia...Adrocles bronceíneo que tuvo que abnegar a todo, para que el cristianismo le dejara vivo, aunque desgarrado...

Sólo para el indio del páramo se mira acorrer la justicia, severa y truculenta, mientras que con el blanco y con el mestizo hace alcarras y tiene excesivas complacencias...

Con el indio, únicamente, hácense efectivas las leyes que escarnecen los mismos que las crean...

Si allende el Misisipí barrido a tiros, a quende el Amazonas, aromado a la picota de todas las miserias, se ha retirado a lo más agrio de la cordillera, sin más apresto que la conformidad, ni más consuelo que el de ir de apure, sabiendo, instintivamente, que no hay mal que dure cien años...

Siempre solo, siempre amarrado... Su rondador tiene la amargura de todos los desconuelos...

Relegado a lo más fragoso de las sierras, donde menos amorosos son los climas, acendra su amarulencia con el blanco, y alguna vez llega a exteriorizarla,—porque el asno sufre la carga pero no la sobrecarga—cuando la crueldad de las leyes y la avaricia del usurero y del acaparador hacen reaccionar su libertad bravía...Entonces los indios, convocándose, se agrupan en las colinas, y al roncar de las quipas y al clamor de las bocinas, en la huelga, gritan su protesta...Mas, el cateto infeliz, ante un tolete policiaco o los cascos de una cabalgada mangorrera, a la primera arremetida, huye despavorido, y sólo consigue patentizar su impotencia...

Engañándole siempre el blanco, volvióle desconfiado. Parece que dijera: descubríme a él como amigo, y armose como testigo...Por eso, jamás le confía un secreto...

Abyecto, tiende a vivir abaldonadamente. ¡Acamado alcacer que se pudre...Ludibrio de la urbe...Asno del aldehorrio...!

La artimaña de la aparcería curial, en la parroquia, mantíenele en aperreo permanente. Todos medran con él y a tres azadonadas sacan agua...Conocido jurero: rúbulas y jueces compran su conciencia con una copa de aguardiente...

Débil y acobardado, ha oído que quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobri-

ja, por eso se concierta, creyendo bueno al amo, el cual no hace otra cosa que esclavizarlo...El indio, entonces, cree que se ha equivocado y busca otro amo, escapándose del primero...Pero cae más hondo...Porque éste y aquel y todos no procuran sino la miseria del aborigen...Como que del árbol caído todos hacen leña...

Ama las fiestas religiosas, sin tratar de entenderlas, y tan sólo porque le dan pretexto para emborracharse....

Teme al Cura, pero se le acerca, porque es el único que le promete felicidad, por cierto después de la vida y abemolando...Rara vez llega hasta él sin hacerse preceder del camarico, y pagándole por todo, hasta por el hijo que se le muere...Pero hecho al cáncano que le ensarna, como al rocote que su garganta abraza, cree en el párroco y le respeta, por más que éste traiga los atabales a cuestas...

Y así como hácenle aspaventar las penas eternas, burdamente descritas en los sermones doctrinarios, de igual manera, el misero, se regocija, cuando en el confesonario, al atar de los trapos, es absuelto; con palabras adulzoradas de perdón y de esperanza...

Ah, el indio es cliente y creyente sin parecido...De esos que no alcanzan a ver en el buhonero al famélico judío, ni en el que le enseña la doctrina, el asno cargado de letras y mercachifle simoniaco....

Con la ñagaza de absurdas promesas, es nombrado prioste de fiestas que inventa la adéfaga avaricia...Y sabiendo el que le nombra, como el que más, que el indio tiene que robar para llevarlas a cabo...

El prioste, después que ha abrasado hasta los pringosos arambeles de la tarima, recurre, ardiendo, a los bienes ajenos, y completa lo que le falta para hacer la fiesta, amenorgando la manada de otro infeliz aldeano, o acudiendo a los corrales del amo, donde hurta el novillo...Quedando el abigeo, las más de las veces, bajo el rebenque de los caporales, que le arrancan a tiras el pellejo...

Desde niño trabaja de pastor, y es el sumiso achichinque del dueño de la hacienda... Sus ojos se amezquindan, porque sabe que al llegar a ser hombre, tendrá que CONCERTARSE o abandonar el bohío...Y como ama la tierra donde ha nacido, preferirá hacer lo que su padre y sus abuelos: soportar y conformarse con la férula de un amo que, muchas veces, de corazón acorchado, cuanto más achica la soldada, le aperrea duplicándole las cargas...

Manejar el apagavelas, en la iglesia de la parroquia, vestido de sacristán, es para un indio verse en astillero; y tomando parte en la escaramuza, satisfacer un sueño largamente acariciado...

No sólo de niño sino hasta de hombre

hecho y derecho, juega a los ladrones y a los borrachos, dando así pábulo a sus ingénitas tendencias...

Por más que oye decir al Cura que el ladrón termina en la horca, y que de las aves que alzan el rabo, la peor es el jarro, él sueña en hacerse hombre, para robar, emborracharse y, especialmente, para pegar a su mujer...

Se viste de arrumacos en las fiestas, trocando su sombrero de lana con un clac achucharrado, y su poncho, con un levitón prehistórico, fletado en la ropavejería del pueblo, con lo que anda aspado y cree estar muy elegante...

Su gran ambición es largarse a la costa, para retornar algún día a la choza, con zapatos amarillos y vestido de casinete, haciéndose envidiar del peonaje y ejercitando el yeísmo, que es música entre los indios...

Da fama de valiente, porque vuelve del pueblo, fingiendo más borrachera de la que carga, y grita, amenaza y rueda en el suelo, contrahaciendo al toro bravo, hasta que salen los de su choza o algún vecino a contenerle...

Enamora con el rondador, es decir, llorando...

Nada suena más triste que esas cañas enfiladas como dedos, en las que sopla el indio, y es uno como desgrane de gemidos que imitan el lamento de las tórtolas, el eco pre-

sagioso del cuscungo, las quejas de los balidos,
el flébil rumor de los arroyos, y esas notas
perdidas del viento en lo hondo de la selva,
en la desolación de las cumbres..

—III—

El indio mozo nunca llega a los veinte, sin casarse. Así como cuando enviuda, si no tiene novia lista, busca reemplazo a la difunta entre las indias que concurren al velorio, y muchas veces, el viudo, en el mismo día, entierra a su muerta, y vuelve al bohío con una nueva esposa...

Ya el mozo tiene novia...Éstá con ella en el trabajo, en la minga, en el pueblo, en la rúa...

A misa, los domingos, van y vuelven juntos; se encuentran en todas partes. Y como bien sabe el asno en cuya cara rebuzna, el novio hace de las suyas, pasándose a la otra alforja...

La madre de la china, viéndola grávida, recurre al amo para que enderece el tuerto...

El amo, pone en conocimiento de la tenencia política: el Teniente, citando a los amantes y afeando su escandalosa conversación, (mientras el secretario ríe y rezonga: araña, quien te arañó?) los pone bajo la mano del Cura que impone a los concupiscentes la coyunda, convirtiéndoles en marido y mujer...

No pasa mucho sin que las necesidades del nuevo estado se impongan, mientras el amo tienta con ofertas de dinero, de ganado y buenas posesiones en el páramo...El indio, duda, vacila, pero al fin, como res afrontillada que acaba por rendir el cuello al matarife, recibe la plata y se CONCIERTA...Y alegrías alabarderos, que se quema el bálago...El indio se emborracha, festejando su desgracia, o mejor para no darse cuenta de ella...

Desde ese momento, el CONCIERTO, ya no es sino una cosa que el amo maneja y dispone a su arbitrio...Un aguarongo más que ha echado raíces en el páramo...

Sin más bienes que el argamandijo del boyero; apañado únicamente al árate cábate y arraigado a la parcela, que no es suya, echa las asaduras por adquirir un caballo, una vaca y, colmo de sus aspiraciones, un pegasus con casa de teja...

Vive en la choza con su mujer y sus hijos, su perro y los animales domésticos, en promiscuidad espeluznante, haciendo del maíz,

del pulque y, alguna vez, de las pellas, su regalo y del azua, su ambrosía...

Concorre a las rúas, ordinariamente, sin ser invitado... Procura emborracharse y entonces, atafagando a todos, danza infatigable, al son de pingullos y de roncós atabales. Pero como la fiesta en el páramo dejara de tener realce al terminar sin siquiera roturas de cabeza, el indio, por gratitud con los anfitriones, arma unas grescas que canta el credo...

Asombra la audacia del indio en la vaqueada, en el abigeato, mientras en todo lo demás, por dejado y cobarde, se particulariza...

Cuida su sementera, acechando la del vecino; se orienta sin brújula, y en el pajonal, erizado de rutas, jamás pierde el camino... No tiene reloj, pero nunca se equivoca en la hora... Para esto le guía el sol, y en los días nublados, ciertas señales que tiene en las colinas. De noche le guía el canto de los grillos y de algunas aves; el roznido del pollino; la lumbre de los astros, la intensidad del frío, el viento, la bruma, &...

No tiene atadero: para el trabajo, abúlico y arrópate que sudas; para los amos, pesadilla... No anda sino arreado; antepone lo que no tiene prisa a lo acudidero, sin que se le alcance que cuando la sucia empucha, luego ahubla; y si no es por medio del amo, no halla agua en el mar...

Aranero, ignora lo que es el crédito: ni cumple lo que ofrece, ni paga, sino demandado lo que debe, y achaques al odre que sabe a la pez: nunca le faltan pretextos para dejar de cumplir sus compromisos...

El acierto, la lógica, no riman con sus procederés, y nadie, como el indio, sabe, por dar en el asno dar en la albarda...

Para él, amachinarse o casarse, da lo mismo... Tiene casi anulado el sentido de responsabilidad. El adulterio de la esposa no le intranquiliza, porque la infiel le procura ayudantes en el trabajo, y quienes le costeen en la taberna...

Consentido, facilita, si no protege, la conversación de su india, y acepta como suyos los hijos que van viniendo...

Suele añascar lo más hacedero y es mentiroso anodino e incorregible. Cógido en el hurto, no hace sino amorrar, y nadie es capaz de estringir al quechua a que confiese el robo o delate a sus cómplices...

No tiene porqué amar la vida... Y, como el japonés, ese otro hijo del sol, no pone el menor empeño en conservarla; sólo que el nipón lo hace consciente, y el indio, inconscientemente...

Sujeto al tormento, cíñese a esta férrea norma: se confiesa con un SI, no se confiesa con un NO; ambas palabras se dicen con la

boca. El SI, condena; el NO, salva: luego...

De la misma manera, el castigo o la dádiva, agradece sonriendo, en nombre de Dios y besando la mano...

Sus afirmaciones, ordinariamente, son falsas o hiperbólicas...Nunca devuelve exactamente lo que debe o se le ha prestado, y en el momento en que más se le necesita, se esconde...Cuando alguien le dice: haz lo que tu amo te manda y sentaraste con él a la mesa, de ese consejo el indio saca lo que el negro del sermón..

No concibe la posibilidad de prescindir de la ojota y del poncho, sino yéndose a la costa...Sus hábitos astrosos imaginar le impiden lo que pudiera ser una cama con sábanas, un colchón amollentado, un edredón, un cabezal...

Lleva sobre sí todo lo que posee; es decir, su ropero, y en un nudo de su camisa, toda su fortuna en dinero...No necesita apartarse para tomar las de Villadiego, o acogerse a las aras, hurtándose al rebenque de los caporales, siempre pendiente sobre su desmedrado antifonario...

Aparejado para el desastre, cae en manos del buhonero que comienza alcoholizándole, y luego diciéndole ares y mares, le vacía los bolsillos a trueque de cachibaches...

El indio come en la cocina, en plato de barro, con cuchara de palo, o con los dedos, y

siempre en cuclillas...Después de arrebañar con la mano, lame el plato en el que ha comido y lo devuelve mondo y lironde, sin que llegue a decir basta, en caso de que se le siguiera ofreciendo viandas...

Raro es el indio que tenga dinero para guardarlo, lo que hace cavando un hueco en un ángulo de la choza, y la cantidad que sea, convertida en monedas de plata, después de achocarlas, prolijamente, las entierra, recatándose de todos, incluso la mujer y los hijos...

Cuando habla, pide perdón a Dios, al ángel de la guarda, al santo que esté de moda en el pueblo y a la persona, digo al amo con quien está, siempre que tenga que pronunciar alguna de estas palabras: sangre, catarro, embarazo; y en general, todo lo que tenga que ver con las funciones corporales...

Para él no hay más que dos causas que originan las enfermedades: el calor y el frío. El calor produce lo que el indio llama PULSARIO, es decir, el síncope, la temperatura o sea el MAL AIRE GRANDE y el AIRE IRRITADO, que es la neuralgia. El frío es causa de lo que llama el indio CUICHI, esto es el reumatismo, originado por el arco iris, el ojo, la brujería, &...Finalmente, el calor y el frío, juntos causan el AIRE TABARDILLADO y la blenorragia, conocida en algunos lugares del páramo con el nombre de GOLONDRINA

AL CAÑUTO...

El indio vive asechando en la sombra y atisbando por las rendijas... Importándole un ardite aquello que dice; quien asecha por agujero, ve su duelo...

Un precio, por mínimo, si es de contado, lo rechaza; pero con el apetite del plazo, por más que le pidan centuplicado el valor real, cierra los ojos y lo acepta... Y cochino fiado, buen invierno y mal verano...

Su amorfía moral es completa. Si algo da lo hace a despecho y sin visos de gentileza; si algo tiene, casi siempre es apañado, y su agradecimiento por todo lo que recibe, nunca pasa de los labios...

Delante de un blanco tiembla y se acquina; pero cuando el tumulto o la impunidad le escudan, el odio y el rencor, acumulados en su pecho, hallan ancha salida... El indio que logra hurtarse a su complejo de inferioridad, se convierte en verdadero alicante...

Envejece pronto, lacerado por el aguardiente y el exceso de trabajo... Para el indio la taberna es un refugio, y al tener en la boca la espita de un tonel, no la abandonara sino reventando...

Estos excesos en la bebida deben de ser causa para los estragos que sufren algunos indios viejos, porque a la ramera y al jugar a la vejez les viene el mal...

Dientes y pelo son los únicos bienes que el indio conserva hasta la muerte, por más que viva cien años. Nadie ha visto un indio cano o calvo; por eso se dice: indio caniento pasa de ciento e indio calvo, asusta al diablo... Así como es muy raro ver sin dientes una boca indiana...

Todo indio fuma, pero nunca compra tabacos, menos fósforos. Fuma cuando le regalan; así como ningún indio llega a ebrio consuetudinario, por más que, cuando tiene ocasión, bebe sin medida, hasta rodar hecho un cuero...

Ayuna todo el año, puesto que harto ayuna quien mal come; mas, en la mesa ajena, especialmente en la minga, llega a apiparse hasta reventar...

El método, la proporción, no se le alcanza... Parece empeñado en trastocar y confundir las cosas... Para él, labrar y hacer albardas, todo es dar puntadas...

—IV—

El cateto del páramo nada tiene en su cortijo que halague o dé alguna comodidad; sin embargo lo ama y torna a él de donde quiera. El indio puede sustraerse a todo, menos a la ley de la querencia.

Su mayor ambición es adquirir un pedacillo de tierras... Las más de las veces llega a satisfacer su deseo y adquiere el pegujal, pero lo hace sin dinero contante y confiado en que quien trae azada, trae zamarra... Se cumplen los plazos, jueces y rúbulas hacen su agosto, la tierra vuelve a su primitivo dueño, y llega lo inevitable: ave de albarda, señal de tierra que nunca yerra: el indio, si no en la cárcel, queda en la calle...

Particularízale el afecto agresivo contra los de la raza. El mayor enemigo del indio, es

el indio, porque no hay peor cuña que la de la misma madera...

El indio no tiene ni el instinto del ganado lanar que sabe, en ciertos momentos, acarrarse, para defenderse de la ardorosa canícula, o hacer grupo compacto, dificultando así la presa al lobo carnívoros...

Su mano, de aporretados dedos, nunca deja, cuando hay ocasión, de apandar la vaca, siquiera la gallina que está a su alcance, por más que pertenezcan al mejor de sus amigos...

Jamás respeta lo ajeno. Cuando se cree solo, roba sin adolecerse del infeliz compañero, el cochinito que dejó de acubilarse, o los acarralados pantalones, no solamente andados, sino deshechos, que el dueño tendió para que se secan sobre la albitana del bohío; y los roba, aunque sabe de sobra que lo que otro suda a mí poco me dura, cuando no es la tinaja arriada al ángulo del corredorcillo, donde más de una vez, recibió hospedaje....

Porque la creciente de la quebrada no permite al paramero avanzar a su choza, queda a pasar la noche donde un amigo... Pero éste no duerme porque sabe que su huésped vigila, esperando oírle roncar, si no para apoderarse de algo, cuando menos, para medrar del pulque con acocote clandestino...

Alarbe y cerrado, no siente las imposiciones de la lealtad, y al amigo o compañero,

en la primera asilla, ante el amo o el Juez los delata...

Como casi no tiene derechos, tampoco se siente con obligaciones. Cree que la anúteba o ley marcial, sólo comprende a los blancos, y a un llamamiento de conscriptos, se remonta a lo más agrio de los ventisqueros...

Desde enero se empieza a oír su pingullo de carnaval, hecho de caña o de tibia de cóndor, especie de caramillo que produce solamente de tres a cuatro notas...Con el pingullo monotoniza el indio su melancolía, y por colinas y caminos anuncia que se acerca el antruejo, para el quechua la mayor fiesta del año...

Los carnavales en el páramo comienzan el miércoles de ceniza, prolongándose por quince días...Y por más que diga el párroco: alfaya por alfaya, más quiero pandero que no saya; el indio, en ese tiempo no empuña una lampa, y bebe y baila sin descanso...

Sin entusiasmo ni amaño para un oficio, salvo el de boyero, sus artes limitan con el alcaller. Dase el pomposo título de alarife; y con alcocarras de maestro habla de levantar fábricas, sin saber cuadrar un palo, y pondera de su herramienta, que no pasa de una hacha, una azuela y un escoplo...Se ríe de la escuadra y del nivel, porque asegura que las obras salen mejor al ojo...

Esclavo de la rutina, trabaja como su

yunta, y siempre se queja de lo poco que consigue; sin comprender que, con la mente dormida, los músculos nada pueden. Afanar, afanar y nunca medrar...

La tradición le esclaviza y es imposible sacar al indio de sus costumbres atahualpinas, en los cultivos; por cierto, al indio de los hatos.

Lo que él llama mi casa, tal como dijera del pámpano la aqueta, es el chozo que el poeta llamó «nido boca abajo»: alcahaz invertido de cañas y pajas, donde se mueven sus dueños, casi reptando, por entre tinajas y aperos de labranza... En esa choza, de tres o cuatro metros cuadrados, minimum y de ocho a diez, máximo, se halla la tarima, también hecha de cañas, sobre la que hay un cuero de borrego que jamás se reemplaza, ni se lava nunca...

Bajo la tarima, pululan los cobayos; duerme la cerda con su camada, y se refugia el averío...

Sobre esa tarima, escueta de cabezal y mantas, el indio y el cáncano se devoran mutuamente...

Por la estrecha entrada, casi nunca con puerta, los dueños penetran en el bohío con más dificultad que, por la cubierta y los costados, el sol, la lluvia y el viento...

En estacas clavadas en la pared que de tal tiene menos que de huecos y abolladuras,

pende el zamarro de cuero crudo, que no tan aínas logra el indio atacarse, y de la india la saya dominguera, entre argamandales que desechara el trapero...

En un rincón rueda el cántaro roto, que algún día fué PUCUCHIDOR, es decir, olla grande, destinada al fermento de la chicha... Ahora en ella anida la gallina; hace de tostador; en veces de jofaina, y hasta de bidé, en casos de apuro...

En media choza está el fogón, con escasa alcallería, bosquejo de estufa donde hierbe la olla que mitiga a medias el perenne ahilar de sus dueños...

Como para el alma esperanza imposible, así para ese fogón es un puchero...Fogón que aunque siempre se enciende, no siempre cuece, y en cuyas cenizas se ensarna el perro esquelético que ronda el bohío: leal alatés, sin sueldo ni alimento, que por la más simple causa, desloman, tiránicos, sus dueños...

A un costado de la choza el pozo o agadón, exprimiendo un hilo de agua turbia, como lágrima de ojo canceroso. El indio, en eterno divorcio con el agua, sólo se acerca a ella para abrevarse...La bebe en el hueco de la mano, o abuzándose como hacen las bestias al adaguar.

El paramero, a su pesar, es abstigente, sin embargo, con frecuencia muere de un har-

tazgo, y nunca en manos de un doctor; no sé si porque no tiene para pagarle, o porque vive rudamente convencido que más pronto mata el médico que la enfermedad....

Cree que Dios le ha favorecido, cuando ha encontrado quien le dé de beber...Así dice: «DIOLOPAGUI: taita Diosito ha ayudado...».

Esta expresión, al parecer ridícula, entraña una amarga verdad, y es que sólo la inconsciencia alcohólica puede dar refugio al miserable quichua...

La esposa del indio, como hembra, nada tiene de atractivo. De ella pudiera decirse: su cara defiende su casa..

Tra'baja como ninguno en la choza, y si su marido es acémila del amo, ella lo es del amo y del marido...Cuando se resiste a serlo, el uno le desprecia y el otro le pega o le abandona, diciendo: ave de cuchar, nunca en mi corral...

La novia, menos la esposa, sabe lo que sean amoricones, o la dulce inquietud del amar-telar. Su tálamo, la tierra; su alcatifa, la grama; su edredón, el guiñapo de estameña, con el mismo que será envuelta el día que la dejen bajo la tierra...

Los azahares de la novia no se marchitaron, como debieron, a besos, sino que fue-

ron achucharrados con la tunda que recibió de su hombre, borracho, en la primera noche de bodas...Es que sólo el palo, según la ética india, logra asedar a la mujer y establece la preeminencia del macho...

La madre consuela a su hija, diciéndole: —Aunque mueras, hija, pero ya tienes marido...Como quien dice: el que quiere azul celeste, que le cueste...

Para la india, no hay más porvenir que el matrimonio... Marido, dice, aunque sea un leproso...

La doncella es rara entre las mozas, porque de los cinco a los doce años, la CHI-NA, como el CHOLO, son pastores, y mientras las manadas triscan y ramonean por las quebradas, los que las cuidan, se acercan unos a otros, cantando pastorelas y juntando fiambres...Poco a poco se familiarizan y terminan, ellos y ellas, por contrahacer todo lo que hacen sus ovejas...

Pero la moza que pudo sortear los peligros del pastoreo, casi siempre cae bajo las pezuñas del saíno, es decir, del primer aceguero o carbonero que le sorprende en el chaparro, o topa con ella, al oscurecer, regresando al bohío...El libidinoso, que la asecha, consume el estupro...Y en las chozas se comenta la proeza del garañón como un simple amoremor entre moruecos...

Mañana, la india, asomará grávida, y si tal vez el amo llegue a decir, al verla: de adónde Aja con albanega? en el páramo se envidiará esa maternidad próxima, por el BORDONCITO, que está por venir... El hijo, para los indios, no es sino un ayudante, desde los primeros años, hasta que se independiza. Por eso se llama BORDONCITO al niño, porque empezará proveyendo la choza de agua y leña, y en seguida correrá a su cargo la manada, el cuyero, el corral...

Al indio, atormentándole, muchas veces, alcanzó el Juez o el amo, desapoderados, hacerle confesar su falta; pero a la india, nunca... Con ningún tormento se le ha podido arrancar una palabra que comprometa a su marido, a su hijo o a su padre...

No es fácil dar una idea de lo que es la india, sin haberla estudiado de cerca y conocido y tratado por mucho tiempo.

Sin otro maestro que la naturaleza, la india llega a ser su arrendajo, y vive ajena a esas graciosas pequeñeces que se vuelven embeleso en la mujer, acendrando su feminismo...

Hay solteras en el páramo que tiran un saco de cincuenta quilos sobre el lomo de una mula, con la misma expedición que un indio joven y esforzado...

En las deshieras, con una lampa en la mano, he visto a más de una quinceañera dis-

putarse con los hombres, e ir guiando la falange...

La india, como el indio, jamás se lava la boca y se baña muy rara vez; no siente la tendencia de amapolarse, que se ha vuelto necesidad en la mujer culta...Compón el sapillo, parecerá bonillo, dice el refrán, y en realidad, un afeite moderado agiganta las gracias femeninas.

Todo el acicalamiento de la quichua no pasa de domar, con el burdo peine de cacho, que es como una almohaza, la hirsuta greña, hasta hacerla caer por la espalda en dos rebeldes trenzas, o en una sola que ella llama
GUANGO:

Le gusta mostrar en su nada curiosa garganta el abalorio, monedas y medallas, formando un collarejo enmohecido que también ella conoce con el nombre de GUALLCA.

En sus orejas muestra pesados zarcillos, de dúblé o de plomo, y prendiendo las alas de estameña de su LLIGLLA, o chalina indiana, el clásico y conocido tupo de plata...

Así, y con la saya nueva de color azul rabioso, baja endomingada al pueblo, a cumplir, semanalmente, el precepto de la misa, que no es sino un pretexto para darse a los gaudes, los indios, en la taberna...

Las comadres envidian a la doña, sin calcular lo que cuestan semejantes lujos...La in-

feliz, parece que dijera a las que le envidian: —miras lo que debo y no lo que tengo...Porque ella y su marido saben que, si no es fiado todo lo que llevan encima, representa algunos años de concertaje...

De tarde retornarán a la choza: él, borracho, arrimado en ella con todo su peso, hasta hacerla agarbarse...Irá maltratándola todo el camino, si no se quedan por ahí, haciendo el regazo de ella, cabegal del ebrio, que se ha dormido en media ruta, teniendo la india que pasarse esa noche a cortinas verdes...

Rarísima vez se muestra inquietante y voluptuosa, haciendo gala de las gracias de su sexo...Por lo general, es tan poco femenina, tan poco pulcra; sus prendas de vestir no pasan de pollera y camisa; sin que la COMBINACION, esto es la ropa interior de las mujeres y más paños menores, indispensables para la decencia y la higiene, hayan aún llegado a su noticia...

La paramera, hace gala de no quedar atrás de los indios en fuerza y resistencia...No siente ese empeño que impulsa a la mujer a presentarse siempre mejor de lo que es, recatándose de todos, cuando la honestidad y el bien parecer lo exigen...

La novia, delante de su prometido hace tales cosas, que en nada se diferencia de una paloma o de una cervatilla...Vive imperando so-

bre ella la simplicidad de su única maestra: la naturaleza...

Se casa para tener hijos y animales; los cría con el mismo cuidado, con idéntico desvelo; y nadie pudiera decir que ella prefiere a su hijo al ternero de su vaca...

Mientras joven, es decir en la corta etapa de su juventud, porque la india envejece muy pronto, vive siempre ocupada... Casi pudiera decirse en permanente preñez; pero en saliendo de su cuidado, nadie le vió hacer cama... Y así como asombra la fecundidad de la india, así la mortalidad infantil, en los bohíos, aterra al sociólogo y fatiga la estadística...

La pasión del celo casi nunca llega a sojuzgarla, así como no tiene empeño en ser fiel a su esposo, aunque sienta la necesidad de ser querida por él, y duda del amor de su hombre, mientras éste no la maltrata... Contándose los cardenales y eritemas que ha hecho en su cuerpo el arreador de su marido, se siente satisfecha, no sé si por una tendencia MASOQUISTA, o porque en la etiología indiana, el maltrato, en esta forma, no llega a ser sino una caricia desmedida... Por consiguiente, la india, cuanto más pegada de su esposo, se siente más querida...

En el páramo es rara la mujer liviana, como que el bregar incesante, en las faenas agrícolas y el ejercicio de las actividades físicas, que incluyen fatiga y sudor, estuvieran en pug-

na con la concupiscencia...

La india, nunca cede a la sugestión del hombre que la enamora, pero sí a la del macho que la violenta.

—VI—

Indios infelices, viven debatiéndose bajo la férula del blanco que, casi siempre, injusto y arrebatadizo, les tiraniza...Pero del agua mansa me libre Dios, porque los malos amos, en cada indio tienen un enemigo solapado, que asecha en la sombra, y no pierde ocasión de hacerle daño...

El indio, besa la mano del patrón que le abofetea y sonríe con sus injurias, pero acumulando rencores y esperando sorprenderle en la encrucijada...Mientras tanto, le merma el corral, le achica la sementera, cuando no le incendia los cañaverales o la misma casa...

Alguna vez, acendrada su sed de libertad, ha acudido a la huelga...Pero si armas y dineros, buenas manos quiereñ, qué podrá hacer el indio, por más que le sobren las manos,

si no tiene dinero, ni tiene armas...?

Al aborigen, la conquista arrancóle su religión y su riqueza, y hoy va perdiendo hasta el idioma...El quichua, decidor y onomatopéyico, se avienta...Ya no es sino una jerga españolizada, entre anástrofes sin parecido...

El que fué HIJO DEL SOL, hoy apenas es androide, que vive de arrebañaduras, y muere como las andorinas, sin dejar huella de su tumba...Digno de que el comunismo americano lo exhiba, justificando sus afirmaciones, sobre la ponderosa vitrina del Chimborazo...

Siempre en esquina con el progreso, mientras todo se mueve y evoluciona, el paramecro permanece anquilosado, y ha menester del agramar del rebenque, para que su gemido pruebe que vive todavía...

Ante una victrola, que él cree embrujada, córrenle las horas, sin darse cuenta...

La visión, rauda y sonora, del biplano, déjale estático y aterrado...

En las películas de cine, que se dan al público, en las plazas, el indio tiene por real todo lo que mira; y sin que le importe ni entienda el drama que se desarrolla en la pantalla, ríe a carcajadas, cuando las bombas destruyen, o las guillotinas decapitan, o se muestran campos de concentración, con esqueletos vivos...

El indio, cuando descansa, está de media anqueta, cuando nó sobre los calcañares;

se viste con un poncho, que se lava con los aguaceros, y sólo reemplaza el pantalón nuevo de bayeta, al anterior, cuando éste ha llegado a caerse, en jirones, de su cuerpo...

Se calza con OSHOTA, que apenas defiende la planta del pie; llega al alpargate, en señalados días, como en el de su matrimonio, o cuando avanza a COGER el bastón de Alcalde...Alcalde es uno como jefe de indios, destinados al servicio del Cura de la parroquia, sin sueldo, pero mantenidos por el Alcalde. . Casi siempre, cuando éste deja su bastón en manos del que le reemplaza, es porque ya no le queda nada que gastar...

Duerme sin cabezal, y en donde le co-ge la noche, con sueño de podenco: cerrando el un ojo y velando con el otro...Anda siempre con mal pie, y come a medio comer...En cuanto a la vectación, sale de sus posibilidades.

La miseria que maltrata al azacán, enardece sus instintos de rapiña, y como la flácida andorga exige mucho más que la escasa ración del polvo de cebada o el puñado de maíz cocido, que le produce el ímprobo bregar de cada día; y, por otra parte, como las cuentas con el amo, no arrojan para el indio, sino pérdidas, el paria, revelándose contra su destino de eterna aceña, de pringoso acerico, que toda mano clavetea, convierte su choza en atarazana, y se lanzan al abigeato...

Dado al regosto del hurto, con astucia y agudeza que hacen pasmar a hacendados y pesquisas, surte las aduanas, y en sociedad o aparcería con los vaqueros, diezma corrales, asalta en los caminos y vive de lo que otros siembran...

El buitre sobre sus alas, no se enseño-rea de las cumbres más álgidas del pajonal, como el indio que vuela sobre la ágil alfana, despoblando, de animales, haciendas y cortijos, desafiando todo arrisco y convirtiéndose en temible cuatrero, apartador de la atempa y del páramo, hasta que llegue la hora de pagar con la vida sus proezas de pirata...

—VII—

A estas observaciones di comienzo en 1905, y terminaron con mi restitución, definitiva, a la vida ciudadana, en 1938.

Yo sé que en este estudio domina la nota pesimista, ni es posible que sea de otra manera, cuando se habla del indio paramero, después de haber convivido con él, más de un cuarto de siglo.

El indio, del que yo he estado cerca, parecía puesto al margen de la comunión social, y que los poderes públicos, no le tomaban en cuenta sino para exigir la aportación de su esfuerzo, irremunerado, a las obras públicas y hasta a las particulares, sin proporcionarle una escuela, ni enseñarle un oficio; sin otro maestro que el Cura de la Parroquia, en asuntos doctrinarios, y que también exigía del indio des-

medidos aportes, dada su miseria. Todo lo cual espero probar en el desarrollo de esta obra que constará de varios libros.

Poner escuelas y talleres en las poblaciones, no es favorecer al indio de los páramos, al que tiene primero que familiarizarle la piedad de la cultura con la necesidad del aprendizaje, de la docencia, hasta obligarle a dejar el pajonal y la vida bravia, para llevar a sus labios el pan de la evolución y del mejoramiento.

Puesto el hombre blanco, en la misma situación del aborígen: así aherrojado, desatendido, despreciado, como ha tenido que vivir desde la conquista, antes de completar un siglo hubiera desaparecido...

La raza india tiene fortaleza incomparable, es inteligente, y si no bella, es altamente vigorosa.

En general, en el indio hay virtudes heroicas, como la paciencia que, emulando al japonés, llega en el quichua a un grado sublime.

Sus hábitos y disciplinas plagian, con ventaja, la vida de muchos santos del Año Cristiano...Come sin hambre; duerme sin sueño; sonríe con el dolor y la injusticia; la abstinencia, es su estado normal...Nada le desvela ni le incomoda; viaja siempre a pie sin llegar a fatigarse; marcha de espolique, días de días, llevando por alimento un puñado de harina de cebada, o de maíz cocido. Trabaja la tierra ajena y

cuida la sementera que no es suya, y sirve, muchas veces, hasta la muerte, al amo, que no siempre es bueno y le perjudica y le maltrata, sin quejarse nunca de las roñas que corroen su alma, ni del manto de cáncanos que medran con su cuerpo...

Hay indios que se dejan despellejar vivos por guardar un secreto o evitar la delación...

Desde la conquista, no sólo dejó de ser dueño de su tierra, sino que para poder permanecer en ella, tuvo que pagar tributo. Ese tributo se llamó mita. De ahí el nombre de MITAYO, que hasta hoy se prodiga, convertido en voz injuriosa, para recordar al aborigen su condición de esclavo...

La deficiencia en los cultivos, lo debemos exclusivamente, a los hábitos de holganza, heredados de nuestro típico ancestro...

El conquistador no quiso trabajar, por eso hizo de los indios, mineros, pastores y agricultores. Nosotros, corregidos y aumentados, abandonamos o pusimos las minas a discreción del primer ocupante, y el pastoreo y el cultivo en las mismísimas manos en que las dejara, desde hace cuatro siglos, el epónimo Pizarro...

Tal vez, en ninguna parte del Ecuador se halla la agricultura tratada con tanta incipiente como en la zona austral. No sabemos lo que es un buen abono; la tierra produce,

sin la menor técnica, lo que espontáneamente quiere...La excogitación de semillas es para muy pocos de nuestros cultivadores; y se hacen romerías a las haciendas (contadísimas) para conocer el tractor, el arado de discos o la trilladora, &, que por primera vez se está utilizando en los trabajos, sin que sea nunca el indio el que los maneje...Es decir que el aborígen, por razón de su estatismo, está al margen de las innovaciones e incapacitado para merecer las excelencias del progreso...

Sin embargo, el indio que llega a trocar la oshota por el zapato, o siquiera por la alpargata, y es aceptado para atender el barquín de una herrería, no tarda mucho en hacerse llamar maestro herrero, si no termina abriendo taller de mecánico...Y así en todas las artes.

El indio parece empeñado en comprimirse, ocupando el menor espacio, y viviendo con lo menos posible...

En Azuay y Cañar, se subdivide la propiedad, conforme la población aumenta. A primera vista la parcelación parece que trajera la abundancia; porque está comprobado que el dueño de un pegujal, especialmente el indio, suele cultivarlo como ningún gran propietario, su hacienda; y parece evidente que una propiedad de cien hectáreas, mal trabajadas, al convertirse en doscientas o más parcelas, debería producir tres o cuatro veces más. Así es la ver-

dad, pero esto no influye en la rebaja de precios, ni causa la abundancia de productos como se supone, sino todo lo contrario...Para prueba, no hay más que comparar los mercados del norte, donde es un hecho el latifundio relativo, con los de estas provincias, en las cuales la parcelación ha llegado a tal punto que son ya muy contadas las haciendas de particulares que lleguen a cien hectáreas, y que no se hayan subdividido...

Siempre hemos estado importando artículos de primera necesidad: maíz, papas, fréjol, alverjas y harinas del norte, donde son contados los dueños de la tierra, y el indio no posee sino el GUASIPUNGO, mientras entre nosotros, casi no hay individuo que no sea propietario...Sin embargo, ha llegado a venderse, en tiempo normal, en nuestros mercados, a cien sures el quintal de papas, como el fréjol y el maíz, esto es lo que más sembramos y producimos...No es ésta una incógnita digna del estudio del economista...?

El indio, acercándose a las poblaciones, o mestizándose, entra en una metamorfosis rápida, y cuando avanza a los Seminarios, a las Universidades, al comercio, a la banca, su personalidad se desenvuelve maravillosamente, llegando a ocupar los primeros puestos.

No obstante, entre nosotros, la condición de indio es denigrante, y no es posible pre-

sumir de caballero, sin proceder de la raza española...

El indio, cuando ha alcanzado cierta posición social, artística o económica, se avergüenza de su origen y se empeña en parecer lo que no es, quitando o agregando letras o acentos a su nombre, forjando genealogías, para darse foráneas procedencias... Como un niño que prefiriera a sus rosas primaverales, las marchitas y amarillentas hojas del otoño... Puerilidades propias de la edad que, con la experiencia, irá lentamente corrigiendo la raza niña.

Tal vez la América del Sur, llegue a resolver muchos de sus problemas, cuando haya culturizado al indio, penetrada de que las razas caducas tienden a la degeneración y que, de la sangre de Huainacápac y de la de Ruiz Díaz de Vivar, puede surgir la raza ideal, que viene haciendo soñar con el super-hombre a los sociólogos.

CASHQUEROS

Dejándose de anagogías, ¡Absit!, exclamaba el Cura del cercano pueblo, cuando oía el nombre de Cashqueros...Y luego, secreteando, como si no lo supieran demasiado sus oyentes, agregaba:

—Cashqueros es un ladrón....

Mientras a su lado el coadjutor rezonaba:

—Adivino de Marceña, que, el sol puesto, el asno a la sombra queda...

—Es un ladrón, repetía el Cura, levantando la abuhada mano, en actitud de rechazo, y agarbándose hasta hundir la quijada en el pecho, como si Luzbel hubiese hecho andén del amoratado y nada curioso cerviguillo de su reverencia.

El boticario y el barbero, que rodeaban al viejo párroco, se santiguaron escandalizados de que pudiese haber en el mundo alguien que no fuese honrado...Pero el sotacura, riéndose de los asombradizos, volvió a decir entre dientes:

—Uno muere de atafea, y otro la desea...

—Cashqueros, continuó el Cura, no se escarmentará sino en la horca...

—Se escarmentarán los que le vean colgado, dijo riendo el pillo del coadjutor, que no perdonaba ripio; y el Párroco, poniéndole una cara de perros, pero haciéndose el que no le tomaba en cuenta, continuó:

—Yo conocí al padre de este indio: cual el cuervo, tal su huevo...Le llamaban el NIÑO QUIROS y, por abigeo, matóle un hacendado vecino...Cashqueros quedó muy niño con su abuelo materno, el terrible taita Minchala, que asaltaba viandantes en Curiquinga...

Mondó el pecho el anciano y, elevando los ojos, como para hacer memoria, continuó:

—Me acuerdo mucho. Una vez, viajando a Cañar don Roberto Espinosa Vallejo, hombre de bragas, y acostumbrado a sortear peligros, cogióle la noche en los llanos de Curiquinga... El caminante iba descuidado, cuando, de repente, sintió sobre él silbar un lazo...Puso espuelas al caballo, que era brioso, como los que solía montar don Roberto, pero la beta habíale enlazado la cintura y el pico de la silla, de mo-

do que fué detenido violentamente...Mientras se reponía del asombro, se le acercaban, machete en mano, y por diferentes puntos varios indios...Eran: taita Minchala y tres de sus terribles sobrinos, los Quirós...Don Roberto, disparó su revólver, pero los ladrones no se detuvieron...Entonces, el asaltado recurrió a las navajas que llevaba en el bolsillo...La cuerda, cuyo extremo se afirmaba al tronco de un árbol que orillaba el camino, estaba tensa y no fué difícil cortarla...Ya era tiempo, porque los asaltantes estaban a dos metros de distancia...Gracias al cortaplumas y al gran caballo que jineaba el Sr. Espinosa, pudo escapar de semejante riesgo....

Santiguóse el clérigo, repitió una jaculatoria y siguió diciendo:

—Con tan flamante abuelo quedó Cashqueros y es sabido: criado por abuelo, nunca bueno...Cuanto robaba el viejo, iba a manos del nieto, que a los quince años ya no vivía sino en la taberna...Pues, eso no falla: a buen adquiridor, buen expendedor.... Al pícaro nada le avanzaba y, para seguir derrochando, bajo sus tendencias de cleptómano, también dedicóse al robo, como todos sus predecesores...Jamás cogió una lampa y su abuelo le enseñó a vivir como la moza del abad, que no cuece y tiene pan...

Y así terminó el párroco:

—Nadie diga zape, hasta que la tierra tape...Pidamos a Dios, hijos míos, que nos libre del robo, de la avaricia y....

—De la mentira, señor Cura, interrumpió el camastrón del barbero...Por más que los señores sacerdotes sean los únicos depositarios de la verdad....

—Sí, dijo el Párroco, yo no he mentado jamás...

—Entonces, contestó sardónicamente el rapabarbas, ya puede su reverencia llevarse el perrito, como cuenta el almanaque...

—Qué es eso, replicó el Cura, no entiendo...

—Sencillamente, contestó su interlocutor, que dos chicos encontraron, al mismo tiempo, un perrito abandonado y ambos se creyeron dueños...Mas, como no podían dividirlo, resolvieron que se llevara el que dijera la mentira más grande...Y empiezan los granujas a soltarlas tan desmedidas, que canta el credo... Ese momento asoma un fraile, rezando su breviario, e informado de lo que hacían los niños, escandalizóse del empeño en que se hallaban y dijo:

—Cómo es posible que niños cristianos hallen entretenimiento en faltar a la verdad? Sabed, hijos míos, agregó su reverencia, yo no he mentado jamás en mi vida...

Los niños, al oírlo, se vieron la cara y

a una sola voz dijeron:

—Esta sí que es buena...Taita Padre se
llevó el perrito...

CASHQUEROS, 'contracción dialectal, en jergonza, de Casimiro Quirós, es el nombre del arrepticio abigeo que mantiene en perpetua alarma los sitios y dehesas del alto páramo, en donde, atascado, ejercita la piratería, atreviéndose con empresas de inconcebible audacia, e importándole un pisto el viejo adagio: quien en un año quiere ser rico, al medio le ahorcan...

—Andando gana la aceña, que no estándose queda, decía, entendiéndolo a su modo, el ácrata, desaforado, a sus compinches almiforeros, sin que haya nada que le detenga, ni nadie que le atrampe...

Un año llevaba el ladrón de haber sentado sus reales en mis páramos, y siempre había salido avante en sus empresas de arreba-

tar el ganado ajeno...

El hacendado que perseguía al ladrón, no llegaba a echarle mano, y lo único que conseguía era excitar su rencor...Cashqueros hacía arder verde por seco, robando, no sólo al dueño de la hacienda, sino diezmando las manadas del peonaje...

El truhán era abstemio, y mientras sus adjutores abusaban del aguardiente y del azua, él apenas los probaba, usando, instintivamente, el agua como buey, y el vino como rey...

—El trago, decía Cashqueros, lleva al indio, de la mano, a la cárcel, y el agua no enferma, ni embeoda, ni adeuda... Por eso, el ladrón había escapado siempre de sus perseguidores.

La gran distancia de la alquería a los creaderos de ganado, más que todo, la algidez del páramo, impedíanme asistir a los rodeos; y esto fomentaba los buenos aceros del astuto merodeador que, sin ahorrárselas con nadie, hallábase siempre listo para dar el golpe, anocheciendo el ganado de los acampos y apasionando a los vaqueros...

Más de una vez, las empresas del abigeo fueron dobles, en diferentes localidades y casi simultáneas...Pues, mientras se oía apitar al vaquero del hato vecino, pidiendo auxilio para perseguir al ladrón que se'arreaba con una manada de ovejas, el dehesero de mi ha-

cienda gritaba al mayoral, avisando que acababan de sustraer un novillo de la picota....Y a la primera azadonada se sabía que el autor de dichos robos era Cashqueros, porque el famoso perro PELADO, apéndice del ladrón, habíase dejado oír en ambos puntos, dando el aullido típico, que era ya muy conocido de los indios.

Atreviase, ardido, a anticipar la noticia del robo que proyectaba, al mismo dueño, esto es al campesino contra quien, por cualquier causa, se había prevenido...El infeliz amenazado, y sabiendo lo que era su enemigo, con hijos y mujer, día y noche, vivía en vigilancia... Pero, como arco siempre armado, o flojo o quebrado, algún momento el sueño enseñoreábase de la choza y el terrible ladrón, robusteciendo la creencia de su pacto con el diablo, realizaba la amenaza que tenía hecha, y ante los ojos desorbitados del dueño, no quedaban sino las estacas escuetas...La alarida, en el bohío, y el apellidar de los dueños, turbaba y entristecía la paz de la dehesa...

Al amanecer, el perjudicado y sus amigos, poníanse a seguir, lo que en el agro se llama LA PISADA, es decir la huella que el animal robado, y del que lo roba, van dejando en el suelo. Hay indios, verdaderos argos para descubrir la casi hipotética pista...Y en el tremedal, entre cien pisadas, encuentran la que

buscan...

Por el llano, de grama uniforme y tupida, mírase al buscador que trota, agachado, siguiendo la pisada que zigzaguea y se pierde en un charco, para volver a asomar en un punto inesperado; hasta que termina, si no en el patio de una choza, en el espeso chaparral de una quebrada, o en alguna cueva escondida, con la presa que se busca...Pero, con frecuencia, la pisada desaparece, y es que el astuto aquileño ha envuelto con trapos las pezuñas de la res, o ha caminado con ella, cuabras de cuabras, por el cauce de un río...

En ese caso, el dueño recurre al brujo.

El brujo, casi siempre, es un anciano con más autoridad, si es cojo o manco, ciego o albarazado que, inútil para el trabajo, ingeniase la manera de adquirir el pan, explotando la ingenuidad e ignorancia campesinas; importándole poco aquello de comer arena, antes que hacer vileza...

El brujo, archipámpano de los indios, resuelve diferencias, adivina robos, cura y aconseja, según la generosidad de los clientes...Casi siempre se equivoca, pero la rarísima vez que acierta, se publica en todo el páramo y nadie duda de su poder de adivinación...

A propósito. Una vez, el dueño de un toro robado, acudió a la choza del brujo, llevando el obligado camarico, y acompañado de

su hija, una CHINA quinceañera.

Hecha la consulta, el brujo dijo que podía adivinar si estaba vivo el toro y dar con quien lo había robado; pero, para esto, le era indispensable tocar la aréola del seno de una virgen...Si oprimido con los dedos, la ardorada era intensa en el rostro de la hembra, el ladrón tenía que ser uno de sus novios...Y, ¡Aprieta! Si llegaba a brotar la apoyadura, tenía que estar vivo el animal robado...Pero si del seno manaba sangre, era que la res ya estaba acochinada...

El padre de la china obligóla a sujetarse a la prueba, y del seno de la núbil, hicieron brotar sangre los aporretados dedos del viejo, mientras el rubor de la doncella, argentaba sus mejillas...

El brujo aseguró que el toro estaba muerto y que había sido robado por el novio de la china...

El paramero de la consulta regresó a su choza ponderando la sabiduría del brujo, y si nó con el toro que le habían robado, con otro mejor, dado por el mismo brujo, a nombre de su hijo, que resultó ser el novio...Este, nada tenía que ver con el abigeato que se perseguía, pero su padre, sacrificaba todo a su fama de adivino...

La víspera de los sucesos que vamos a relatar, taita Pedro, el viejo yeguarizo de la hacienda, que luego debía ascender a mayordomo, un mestizo envejecido de sacristán en el vecino pueblo y que, a la muerte del Cura, vino a mis hatos a hacerse cargo de la yeguada, afligido, decía:

—Ay, patrón, el bien suena y el mal vuela...No sé porqué los cristianos nos gozamos en dar malas noticias...

Suspiró el viejo y siguió diciendo:

—Dicen que mi Julianà anda en amores con el malvado Cashqueros...

Y con su prurito de refranear, continuó:

Si marzo vuelve de rabo, ni deja cordeiro con cencerro u oveja pelleja, ni pastor enzamarrado...Así, la mujer cuando se daña, al-

borota y convierte en un infierno la casa...Y si la honra sale a la calle, ya no regresa nunca... Pues, no bastan estopas para tapar tantas bocas...

Taita Pedro había convivido más de veinte años con el anciano párroco del pueblo de N....que sabía de memoria el libro de los Proverbios y todos los refranes del Quijote, gozando en emplearlos a porrillo...trasmitió esta tendencia a su sacristán, con quien no se conocían camisa.

El viejo Pedro se empeñaba en contrahacer a su finada reverencia, volviéndose refranero de oficio, pero trayendo, casi siempre, a desatempo y de los cabezones, el dicho, proverbio o adagio y, con frecuencia, volviéndose abejorro...

Así continuó en su refranezca y quejumbrosa confidencia, a ratos sin ilación y como despotricando:

—En mala hora me metí a arrogar a la Juliana, y llegué a quererla más que si fuera su padre...Acogí al ratón en mi agujero, y volvióseme heredero...Si, de lo que está pasando, tal vez yo sólo tenga la culpa...

—Qué pasa, hombre, replíqueme, déjate de preámbulos y suelta la cosa...

—Estoy diciendo, contestó el viejo, que la fama de Cashqueros teníame sin dormir, cuidando la yunta, con el Jesús en la boca...Al

fin, me cansé, porque arco que mucho brega, o él o la cuerda...Por eso le busqué a Cashqueros, y una noche hícele pasar en mi choza, dándole de comer, beber y regalándole lo que pude, sin acordarme que ni a pícaro descalzo, ni a hombre callado, ni a mujer barbada, no les des posada...Pero el alfayate de la encrucijada, pone el hilo de su casa...Y no he sacado sino esta terrible pena...¡Ave María purísima! El bandido se enamoró de mi hijastra, y ella le correspondió, porque al siguiente día ponderábale diciendo que sin motivo le habían dado mala fama...Yo dije: algo tendrá el agua, cuando la bendicen...No hubo qué hacer...El ladrón impresionó a la Juliana, y desde ese momento resolví matrimoniarle con el hijo del vaquero, que anda loquito por ella...Pues, a la hija mala, dineros y casalla...

Supuse que lo que se proponía el ye-guarizo era sacarme dinero, y le contesté:

—Sólo porque la Juliana cree que Cashqueros no es malo, has resuelto zafar de ella...? O es que has buscado un pretexto para que yo te facilite dinero...

—No, interrumpióme taita Pedro, si la plata nunca sobra, esta vez, gracias a Dios, no me hace falta...Quiero a la Juliana como a hija; ella debería cerrarme los ojos..

Movió la cabeza el anciano y como resolviéndose a contármelo todo, se repantigó en

la silla que ocupaba y dijo:

—Pero ve, amo, si no tengo razón de pensar en el santo sacramento para salvarla de la ruina. Una noche me hice tarde en el rodeo. Al acercarme a la choza, oí ruido tras el cerco y me puse a aguaitar...Bien dicen: escucha al agujero; oirás de tu mal y del ajeno...La Juliana estaba con Cashqueros, no sé si en conversación...Dios me libre de afirmar lo que no me consta, y más cuando se trata de la honra... Pero oí a la malagradecida llamarme viejo, aconsejando a Cashqueros que no me hiciera caso y, Dios guarde, le rogaba que le llevara con él...Ese momento, no sé porqué, el ladrón se puso a correr y desapareció...Si se tarda un instante le aplasto la cabeza con una piedra... A la hipócrita no le dije nada, esperando mejor ocasión para ponerle juicio...

El viejo se pasó el fleco del poncho por los labios, y continuó:

—Ayer, desatajando el regato, bajo el aguacero que en mala hora tuvimos, porque no falta eso de que el mal año entra nadando, volví a verlos juntos, cerca del aguadero. Al principio no supe con quién estaba ella, pero en cuanto me puse a alargar, vi claro las narices atrompetadas del bandido...Y mientras, atentado, daba un rodeo, para acercarme a ellos, la Juliana hizo a su amigote una señal de alarma...Escapóse otra vez el pícaro que, sólo por

más joven y asendereado en los CHAQUIÑANES, libróse de caer en mis manos...Y todavía esperé con paciencia...

Brotando llamas de sus ojos andriños, siguió diciendo el yeguarizo:

—Aunque yo diga: no me lleves año, que yo te iré alcanzando, pero vejez con vejez, no mismo la quiero...Preferiré, con la ayuda de Dios, ahogarme en mis propias miserias que salir por el arbolón...Así pensando no dormí toda la noche. Hoy, al amanecer, latió mi perro, pero calló en seguida. Cuando salí al corral, encontré muerto de un machetazo, y la manada, sin el mejor de los capones...Ah, si la primera vez que a Cashqueros y a la Juliana les vi juntos, hubiera hecho lo que debía...Pero agua pasada no mueve molino...Di un vistazo a la yeguada, que siempre hago acamar cerca, porque a donde no está el dueño, ahí está su duelo, y ya no pareció la mula negra...Entonces, dije, iré donde el amo, a que aconseje y ordene lo que se deba hacer, porque quien a solas se aconseja, a solas se remesa... Y aquí me tienes amo...

Temeroso de que la violencia del anciano, se extremara con su hijastra, dije:

—Hombre, lo de la mula negra, ya lo arreglaremos...En cuanto a tu hijastra, puede ser que te haya hecho ver lo que no existe tu preocupación...Tú mismo sueles decir: no digais mal

del año hasta que sea pasado...Muchas veces las apariencias engañan. Mejor es proceder con calma.

—Ay, señor, contestó el viejo, el ama brava es la llave de la casa...Nada pudo agolar mi enojo...La Juliana pretendió darme atole con el dedo, y sin atortolarse juró que si el bandido le aquillotraba, no era todavía su amante, sino su quillotro...Yo qué sé...Pero como dos alesnas no se pican, mi arreador hízola confesar que Cashqueros había robado el borrego... La sinvergüenza agregó que, no sólo el borrego sino que a ella también le había robado, pero que no quería llevársela....

El viejo, apretándose las sienes con las manos, exclamó:

—Reniego del árbol que a palos ha de dar fruto...Malditas hembras para quienes tiene ángel ese pirata...

Y por fin, concluyó diciendo:

—Si el amo no castiga el abigeo, arrinconó mi chicote de yeguarizo y me vuelvo al pueblo...Alcalde de aldea, séase quien quiera.

—No hay más que descansar haciendo adobes, dije de mal grado; e inmediatamente, con taita Pedro, dejamos apuntado el plan para la captura de Cashqueros.

—IV—

Al alabado del siguiente día que fué lluvioso y aparente para hacer decir al yeguarizo: agua de por San Juan, quita vino y no da pan, salimos tras el ahuzote ladrón, resueltos a salir del ajobo a toda costa, pero convencidos de que a la empresa, no tan aínas se daría remate.

Entre las cuatro de la mañana, atravesábamos el pajonal. La tierra pantanosa y la paja húmeda y acamada, dificultaban el paso de las cabalgaduras que, aunque avezadas al páramo, apezunaban jadeantes en la cuesta y avanzaban lentamente...

Afoscada la atmósfera por la bruma y el algarazo, era imposible distinguir ni la cabeza de las monturas, aunque taita Pedro, que iba a mi lado, quería hacerme ver un punto en la colina aledaña, asegurando que ahí tenía Cash-

quero s su guarida...

El guía, turbado, por más que procurábam^os azorarle, no daba con el camino y lo alon^gaba sin término. Taita Pedro se consolaba, diciendo:

—Más vale año tardió que yació...No tardará la aurora, y entonces estará demás el guía. Con tal de que no nos desbarranquemos, lo demás no importa y más vale rodear que rodar, siempre que Dios nos tenga de su mano...

Una ráfaga arrempujó, hacia el norte, la bruma y al alambrar, con las primeras luces, tenue y abemoladamente, fué destacándose el paisaje; erizado de colinas...Por último, apareció el camino, del que nos habíamos separado buen trecho.

A poco, aportábam^os a una como almajara, rodeada de chaparro, y en donde volvimos a plantarnos...

Teníamos delante profundo tremedal; a un costado, la elevada cangagua, cortada a tajo, y al otro, el río crecido, invadeable.

El guía aseguró que de ahí no podíamos pasar...

—Bergante, gritó taita Pedro, a poca barba poca vergüenza...Te atreviste a enderezar por la colina, después de haberte ordenado que tomaras el camino de abajo; pero tal sabe el asno qué cosa es melcocha...Has venido a meternos en un callejón sin salida...

Y cuando mayor era el azoramiento, de súbito, adulzorando los ánimos, el almo sol bañó de oro las colinas y las algabas distantes...

En ese momento, por una como 'alcantarilla que las lluvias habían abierto en una anfractuosidad del terreno, apareció, volviendo a desaparecer, en seguida, un perro aleonado, que los indios conocieron. Era el PELADO, el famoso perro alforjero del ladrón tras el cual íbamos...

Taita Pedro, dijo en seguida:

—Cashqueros debe de estar cerca, porque do vino el asno, vendrá la albarda...

Mientras yo reía de la prodigalidad y forma conque mi yeguarizo aplicaba sus refranes, de improviso, desprendióse, desde grande altura, un argayo, que nos sepultara si el tronco de un guagual centenario no se interpusiera... Todos convinimos en que no era la lluvia la que hacía argayar, sino una mano criminal. Alguno de los indios afirmó haber visto a un muchacho, escurriéndose entre las lajas, desde donde se desprendió la piedra, lo que hizo decir a taita Pedro:

—No en los años están todos los engaños...

Ponerse a alegrar el canal por donde había desaparecido el perro, aunque no fuera un arco de iglesia, se hacía indispensable la herramienta que no teníamos; y hubiera sido como

salir del lodo y caer en el arroyo, agregando una dificultad a las muchas que iban surgiendo...

El tremedal parecía impracticable, mas, un indio, oyendo a taita Pedro decir: sácame de aquí y degüéllame allí, y entendiéndole no sé cómo, tal vez que el ladrón iba a matarnos si prolongábamos nuestra permanencia en ese punto, atrevióse, con tanteo, por la almaguara de la tembladera, cuyos secretos sólo Cashqueros conocía, y desfilamos todos tras el audaz mitayo; pero un peón que me presidía, desvióse de la dirección llevada por el explorador, y cayó en el sumidero que, de un tris, devora al caballo; corriendo esa misma exposición el jinete, pero taita Pedro salvóle del peligro, no sin decirle:

—El ánsar de Cantimpalos, que salió al lobo al camino... Quien mal anda, mal acaba...

Sin otra cosa, atravesamos el tremedal.

Siguiendo el temeroso desfiladero, nos acercamos al río, hinchado por las nevadas.

Tras abrupto repecho, lamido por la corriente, estaba la cueva que servía de acogeta al abigeo.

El rabión, invadible, estrellábase contra el huaico que le represaba, retinglando, espumajeante, al pie de la fatídica guarida. Por ese lado, apellarlas no podía el lobo que perseguíamos, menos por el acantilado que rodea-

ba la cueva. Al ladrón no le quedaba otro camino que el que nosotros ocupábamos...

Taita Pedro, entreviéndolo todo y diciendo: más vale un porsiacaso, que un quien pensara, con Juan y Ramón, los indios más arrestandos del grupo, penetró en ese como alpende del altozano que, por una boca estrecha, iba subiendo, abierta a trechos, sobre el río.

Al contemplar el atronador abismo, desde una de las abras de la cueva, la acrofobia debilitaba el ánimo más templado...

El peonaje quedó guardando la entrada, y yo, contagiado del mal de mi yeguarizo, diciendo: salga el sol por antequera y póngase por donde quiera, seguí a los exploradores...

Al avanzar a lo que pudiera llamarse pináculo o acrópolis de esa guarida de brujas, tuvimos que detenernos. La ascosidad del antro hízonos arquear, como ante un osario abierto ..

Secreteóme taita Pedro:

—Dicen que Cashqueros es rico, pero vive como un puerco, y agregó: es que en arca de avariento, el diablo yace dentro... ¡Dios guardel!

De pronto, sufrí un arrechucho, y ya sea por temor de que podía volverse la albarda a la barriga, o por la algidez y pestilencia que sofocar hacían, quedéme un momento atrojado...

Tibia ceniza de recién consumida ho-

guera, y escandaloso olor a mosto y fermentos alquitarados, denunciaban al ácrata rústico, también como contrabandista.

Sobre una ruma de ladrillos crudos, sin agramilar, estaba el yugo, un pedazo de coyunda y el roto aladro, probando, sobradamente, que Cashqueros no se preocupaba con las faenas agrícolas; pues, como tenía por suyas las sementeras ajenas, podía pasar sin aladrería y echarse a dormir, haciendo exclamar al yeguarizo, en su inescrupulosa manera de zurcir refraes:

—Más produce el año que el campo bien labrado...

En el muro, convertida en caballete, veíase la agujada de la que pendía la albardeña y unas alborgas recién hechas.

Corrido de haberme achicado, púseme a atrancar, desatendiendo a taita Pedro que decía:

—No hay para qué adelantarse, se puede caer en una emboscada, y más vale cien años de guerra y no un día de batalla...

No tardé en convencerme de mi poco asentamiento; una arista tamaña pasó, casi rozando mi cabeza, con tanta violencia, como bajo el impulso de una algarrada. La almendra chocó en uno de los puntales que sostenían la bóveda, y rebotó lágamente, entre los muros de la cueva, sin haber hecho blanco en ningun-

no de nosotros.

Quedéme sobrecogido, esperando oír un nuevo restallar de honda, pues quien del alacrán está picado, la sombra le espanta...

Juan, que venía a mi lado, indio resuelto y valeroso, dejando de ir arredro, púsose de guía, campando con mucho arriscamiento, después de haberse ceñido bien, con la faja, los calzones de estameña.

Hechos ya los ojos a la penumbra del antro, empezamos a distinguir en el fondo, ovejas adosadas, y luego unas reses tendidas al rededor de un bramadero...

En ese punto ampliábase la cueva y, por una rendija del techo, se filtraba tenue claridad, e inmediatamente seguía el acantilado.

Arrimada al muro fronterizo había una hacha, y junto a ella, sobre el aguzadero, se veía, ensangrentado, un cuchillo de albéitar.

Rodaban por el suelo largas ancusas, sanguinolentas achuras y desperdicios, junto a un tronco de guagual donde, indudablemente, se hacía el desposte y descuartizamiento de las reses, porque estaba sanguinolento y con hondas arpaduras de hacha...

Por los rincones se veía embalajes de géneros y artículos de abarrote, todo enlodado y deshecho, lo que hacía decir al yeguarizo:

—Piensa el avariento que gasta por uno y gasta por ciento...

Era la casa del diablo, digna de sus aquelarres.

De pronto, con intensa desazón y aleteo, sorprendimos a Cashqueros, como recatándose, tras los toros... Sus ojos asareros, brillaban como los del autillo, con intermitentes fucilazos...

Di por hecha su captura, (Albricias perros que ya podan). El ladrón, solo y sin escapatoria, me figuré que no haría sino entregarse...

Pero al alcornoque no hay palo que le toque, sino la encina que le quiebra la costilla... El indio, viéndose en mal trance, lanzó un gruñido, como el arruar de la fiera, púsose lívida su cara, y con alcocarras de furor, apachugó la defensa....

Indecible fué la sorpresa cuando vi saltar al ladrón sobre Juan que, por adelantado, estuvo más cerca; agarrafóle del cuello y, achocándole contra el muro, como can hidrófobo, trató de abocadearle...

Defendióse mi indio, y los dos, acapizándose, hicieron en la tierra una verdadera aladrada...

Ramón, que se hallaba tras de taita Pedro, aciguatado de miedo, quiso esconderse, pero el viejo, con el chicote, hizole aferrar una raja de leña, que estuvo a mano, para que se defendiera. Entonces, el indio viendo que podía agarrarse a buenas aldabas, avanzó al sitio

donde se hallaba, en mala guisa, su compañero, e iba, con la tranca que empuñaba, a descalabrar, ab irato, al bandido; cuando, aína, con argucia, digna de la agonística, Cashqueros, deshaciéndose de Juan, empleó la alicantina de saltar al medio de las reses, desatar las apeas, y azuzar al ganado contra nosotros...

Los toros, arreados por el ladrón y rechazados por nosotros, en la especie de callejón, donde nos encontrábamos, abantos, se atropellaban, y yo sentíame acollonado, temiendo el posible amurco de las bestias; mientras taita Pedro gritaba:

—Animo a las gachas, que son de arropé... ¡Adelante! El ladrón está solo, y una ánima sola ni canta ni llora...

Cashqueros, haciendo chasquear los cabestros sobre las ancañ de los bueyes, contestaba furioso:

—Han venido a cogerme? MALLUS con calzones, cójanme si pueden...

El insultante desafío del truhán, hizome reaccionar airado, y eché mano a mi revólver, resuelto a romperle una pierna si, con aterramiento, no se entregaba en seguida.

En ese intervalo, Juan, que era ágil, habíase escurrido por la cuneta, hasta ponerse tras de su enemigo, y arrezagando el brazo, armado de pesado guayacán, asestó tremenda antuviada, entre el pescuezo y la nuca, haciéndolo

le abocinar a Cashqueros sin sentido...

—Por mí no ha de pasar el asado, dijo taita Pedro; y previniendo un suceso adventicio, atraillóle manos y pies con la misma beta que el ladrón tenía adujada a la cintura, echándole al cuello un ahorcaperros...

Juan, como buen indio y avenado que era, lluvia de golpes hizo caer sobre la inconsciente e indefensa víctima que, volviendo en sí, con atronamiento, púsose a gritar pidiendo alafia, y jurando enmendarse; mientras Juan replicaba:

—Raposo, ya tienes para dejarnos en paz, siquiera una quincena...

Enardecido, ensañábase en el maniatado, y al agramar de sus remos sobre el cuerpo de Cashqueros, se oía como acantalear en las tempestades de agosto, o el atabaleo de un pisador de sangre en los cóncavos llanos...

La víctima, con la boca sangrante y abohetada, decía:

—Misericordia...Por qué me matan?

—No, sino el alba, contestaba taita Pedro. Encomiéndate al diablo que te protege, y si no quieres dar las boqueadas, devuelve, pícaro, lo que has robado...

La repentina defensa que hizo el perro del ladrón, asomando amusgado, y atarazando a Juan la pantorrilla, puso fin a la escena que terminó con la risa de todo el peonaje, mien-

tras decía el yeguarizo a Juan, que mostraba la pierna sangrante, aplicando a la diabla otro de sus inagotables refranes:

—Unos comen el agrás y otros tienen a dentera...Pero consuélate, hijo, porque Cashqueros no dirá al verte: por agrás vendrá la falsa para la salsa...Y agregó:

—Eres todo un hombre, y para serlo hay que hacer algo más que los otros...

Juan, encasquetándose el arrufalado sombrero, sin dejar de alfonsearse con los compañeros, y guiñando el ojo al preso, dijo:

—Mi abuelo, alma bendita, sabía decir: los pícaros no andan solos...

—Eso no te quede duda, contestó el yeguarizo, éste tiene compinches, porque ni antruejo sin luna, ni feria sin puta, ni piara sin artuña. Y yo digo: ni ladrón sin aparcerero...Hay que hacerle declarar...

Quedóse campante el viejo, con su poco honesto refrán y, pateando a Cashqueros, agregó:

—Oye, pícaro, estás llorando por los tinguetes que te han dado: picóme una araña y atéme una sábana...Si te empeñas en cerrar el hocico, y tragarte a tus amigotes, te pondremos en estado de buscar un maestro que entienda de álgebra, para que te apomase y te alife las costillas....

Ramón, también quiso echar su cuarto

a espadas y, moviéndose, como abanico de tonta, e imitando el dialecto y la jerga del montuvio, dijo:

—Pue no hay má que darle de firme, y si eta bolina sigue soplando, tendrá el endevido maduro y arró con leche, cuando el Jué le apriete el tragadero, con el odjeto de hacerle gomitá la corbina que sa mamao...

Rió la gente, mientras relampagueaban los ojos del ladrón, y se le retorció el garguero, como añusgado en un juramento...

Desprendióse del grupo uno de los indios que, viendo a Cashqueros tendido y amarrado, quiso vengar el robo de una vacona... Al acercarse, con un garrote levantado, taita Pedro, dándole un empellón, dijo:

—A bien te salgan, hijo, tus barragnadas, el toro era muerto, y hacía alcocarras con el capirote por las ventanas...

—Amito, dijo el indio, es que vos no sabes lo que me hizo este desalmado. Yo era libre y vivía en la hacienda sólo de ARRIMADO...La Dora, era la mejor vaca del amo; pero la Munacha, hija de la Dora, no tenía igual entre las vaconas de todo el páramo...No me dejaba dormir, hasta que un día fuí donde el amo y le dije: dame la Munacha y me concier-to...El amo se convino y, con la Munacha en la choza, empecé haciendo GUASICAMA...Al terminar el mes, la noche que volví a mi choza,

y para decir la purísima verdad, UYANZANDO lo bien que salí del GUASICAMADO, con el vecino Juan, que está aquí presente, tomamos una torinera. Me había dormido TONTAMENTE, y cuando me desperté, la picota de la Munacha estaba vacía...Seguí la pisada y vino a perderse en la tembladera que cruzamos para venir acá...Yo quedé concierito de la hacienda y sin la vacona que fué toda mi esperanza...

Dirios la batida en los contornos, llevando atasajado al prisionero, puestas a buen recaudo las reses, como las cosas encontradas en la cueva.

Habríamos andado unas pocas cuabras, cuando con menos trapos que desnudeces, en actitud de aciguatar, vimos alebrastarse, entre el chaparro, a un granuja de cara pecosa. Indudablemente, un aguilucho de Cashqueros.

El indiezuelo trató de escapar, pero los peones se lo impidieron.

En el rostro del LONGO, todo lo que la viruela no había rubricado con alforzas, tomaron de su cuenta lunares y pecas...Su cara pringosa hacía contraste con el limpidio negror de sus inquietos ojos, que no dejaban de atisbar, atravesados...

Al interrogarle, empezó por aturar la boca, y a la instancia de los indios para que hablara, con desastrosa articulación, o mejor dicho, sin ella, afirmó que se hallaba cuidando una vaca, para que no comiera el anamú, que daña el sabor de la leche...

—Y por qué te escondiste, dijo el yeguarizo, poniendo cara de perro; es que quisiste jugar con nosotros al aleví...? O nos tomaste por alguna chusma de merodeadores, como los que estás acostumbrado a ver... Esos, con quienes te juntas para hacer rodar piedras al camino...

Toda la discreción que el muchacho gastó eu el primer momento, perdió con las preguntas del yeguarizo y dejando de aturar, atolondrándose, contestó:

—Yo no hice rodar la piedra de la laja...

—Famoso, contestó el viejo: el pez por su propia boca muere...Y quien echa agua en la garrafa de golpe, más derrama que ella coge... Te adelantaste a hacernos saber lo que dudábamos...Conque tú fuiste el que causó el derrumbe que, por poco, nos aplasta...Pues; toma...

El chicote de taita Pedro, silbando cruzó las espaldas del granuja que, chillante, trató de escaparse, pero detenido por los indios, y otra vez bajo el chicote, imploró mi protección...

Al ver que yo le defendía, ensayó an-

gulemas y ponderó su miseria, rogándome que le regalara un vestido usado, porque su madre, decía, andaba grávida, y no podía darle ningún socorro...

—Bueno, se anticipó taita Pedro a decirle: tendrás el vestido siempre que avises dónde tiene Cashqueros los animales robados... Ya sabes, agregó, que cuando te dieran el anillo, pon el dedillo... Y elige entre un vestido completo o una buena cueriza...

El muchacho, aunque engolosinado por la oferta, vaciló, porque a quien dan en qué escoger, le dan en qué entender... La risa de los indios hizole maliciar que le engañaban, y como sabía bastante para su año, optó por volver a cerrar la boca...

Taita Pedro, sacudiendo el chicote, amenazó al pequeño quichua, diciéndole:

—Con este látigo te borro las pecas, si no sueltas la lengua... No trates de engañar y di: dónde está la mula negra? No crearás que diciendo: una aguja para la bolsa y dos para la boca, te has de zafar de mis garras... Si no confiesas, te mato...

El muchacho aterrado, viendo que no tenía escapatoria, empezó por dar noticias de la mula negra... Nos guió a una colina, tras de la que debíamos dar con la acémila; pero nos estaba engañando, y como la mentira no tiene pies, sorprendimos al grauja dirigiendo, furtiva-

mente, los ojos hacia un hondón montañoso, del que procuraba alejarnos...

—Quien descubre la alcabala, ese la paga, gritó taita Pedro, encaminándose con algunos peones al lugar que provocara nuestra malicia.

No pasó media hora que volvió a asomar la comisión, arriando una partida de bestias, entre las que venía la mula negra...

Acercóse taita Pedro, diciendo:

—Del agua vertida, alguna cogida...Ya irán asomando los demás robos...Hay que tener paciencia.

Juró el muchacho, aporreado por los indios, no volver a mentir; e inmediatamente, asegurando que él no conocía a Cashqueros y que su madre estaba grávida, no hizo sino llamarse andana...

Sobraron acusetas denunciando la vivienda de la madre del pequeño indiano, en arreglo con Cashqueros...

Encontrámosla en otra cueva distante. Sin ahorrárselas con nadie, al vernos, con mucha abertura, dijo:

—Yo, nada tengo con ustedes, sino con Cashqueros, que es mi partidario...

—Adivino de Salamanca, que no tiene dinero quien no tiene blanca, riendo contestó taita Pedro. Oigan la noticia que viene a darnos la sinvergüenza...No faltara sino que este es-

pantajo tuviera algo que ver con otro que no fuera el perro de su concubino...

A nuestras preguntas la india contestó que se llamaba Diana, alias la Andorina, mientras yo pensaba que de luna y de golondrina, esa carantoña tenía tanto como la cloaca de perfume...

Enemiga del agua y florida de mugre, era imposible figurarse nada más repugnante y asqueroso...

Todos sus arrequives reducíanse a cochambroso pañuelo, anudado al cuello, del que además pendía descabalado collar de mullos, rimando con su boca desdentada...

Los pómulos mostraban hondas cicatrices que el achiote, haciendo de argentada, trataba de encubrir...El pelo, enmarañado, ralo, hirsuto; la nariz arregazada; faltábale una oreja, no sé si arrancada por su amante o comida por el reumatismo...La boca, acaballada, en incansable despotricamiento; los dientes descabalados y rotos, contrahaciendo amelgada sementera... Brazos de gorila, acromegálicos y enflaquecidos...

La india, con la burda tela que zurcía, daba la impresión de espeluznante y descomunal tarántula...

En Cashqueros, la estética no andaba a la altura de las uñas...Bastaban los lunares, que deformaban las narices de su dulcinea, para que

huyera de ella, despavorido, un hotentote...

La Andorina simuló asombro, sabiendo que se hallaba delante del dueño de la hacienda, y gastando mucho almacén, alfeñicándose, con modos de india alindada, quitóse el amargor de la boca quejándose de Cashqueros. Este, según ella, no hacía sino aburrir cuanto dinero cogía, y que por la hija del yeguarizo, la tenía abandonada...Que ella procuraba rempujarle por el camino acordado, y que, pidiendo a Dios por él, vivía en quillotranza...

—Alcabarán zancudo: para otros consejo, para tí ninguno, rezongó taita Pedro, pronto a dar salida a sus refranes. Si Cashqueros no te deja un hueso en su puesto, nada tendría de raro, pues, a su amigo el gato le deja siempre señalado...Ni podría ser de otra manera: cada asno con su tamaño...Pero esto no impedirá que los dos acaben por sacarse mutuamente los ojos...

La india, atisbando los potreros, continuó con los peones su inagotable charla, asegurando que los lunares de su nariz, eran anteojos, no satisfechos por su madre, en el tiempo de la gravidez...Que se le cayó la oreja, comida de las garrapatas...Que el arreador de Cashqueros le había sumido las costillas y que, en fin, no le merecía ni un pañuelo...

—Y por qué no te separas de él, increpóle el yeguarizo, no has oído: amigo que

no presta y cuchillo que no corta, que se pierda poco importa...?

—Esa es mi desgracia, contestó la india; asimismo vive el perro sobre la ceniza que le ensarna...

Mientras así hablaba la Andorina, en su rostro aquillado, fucilaban los ojos de alua, vigilantes y malignos...Acusaba, al que principió llamando partidario y resultó estar con ella en conversación, porque celosa exclamó:

—Mientras a mí me mezquina un pañuelo, en trago y mujeres, derrocha cuanto tiene...

Pero taita Pedro le interrumpió:

—Sí, señor. El que no sabe aprovechar el buen tiempo, cae en el malo: agosto y vendimia, no es cada día y sí cada año; unos con ganancia y otros con daño...

La india, continuaba:

—Nunca que viene, deja de pegarme... Pero esta vez, son tres semanas que no muestra la cara, porque me ve postrada, inútil con la reuma...

Taita Pedro, rezongaba:

—Dejar de pegarla a la pobrecita, sólo porque la ve enferma...Lo cierto es que ama sois, ama, mientras el niño mama, desde que no mama, ni ama, ni nada...

Y entre la india, que era una espita, vaciando un tonel de quejas, y taita Pedro, que

daba cauce a su río de dichos y proverbios, establecióse el diálogo, mientras los indios merodeaban por los lados, y yo, embozado en el poncho, divertíame escuchando el escopeteo.

Decía la Andorina:

—Trabajo sin descanso hasta los domingos...

Y taita Pedro:

—La albendera, los disantos hilandera...

—No hago sino llorar, viendo la injusticia de los que le persiguen y obligan a mi hombre a vivir remontado, agregaba ella, mientras él gruñía:

—¡Hola! Ya es tu hombre, ese que enantes no pasaba de partidario. No hay que hacer: donde hay amor, hay dolor...

Ella:—Ah si él me siguiera queriendo como antes...

El:—De los amores y las cañas, las entradas.

Ella:—El no se acuerda de mí, pero yo he de conseguir del amo que le perdone...

—Eso, dijo taita Pedro, anda crudo... Antes que acabes, no te alabes...

No cesara el diálogo, al no asomar sobre el repecho que enmarcaba la gruta, el resto de la comitiva, conduciendo a Cashqueros y al granuja, al cual, suponiéndole delator del abigeo, su madre, rasgando el arambel que cor-

cusía, con largo y lloriqueante apellido, prorrumpió furiosa:

—Has hecho amarrar a tu padre... Maldito...

Y púsose a cantar, con la típica manera de los indios:

Compadrito, cría piojos
y un perrito que te ladre,
pero no cuervos, compadre,
que te han de sacar los ojos...

—Más vale un amigo que pariente ni primo, interrumpióla el yeguarizo, y más que todos los hermanos juntos, el perro, porque sabe ser amigo y, según voy viendo, mitaya, tienes esa virtud, sin duda porque eres una grandísima perra...

Mientras reíamos con los dichos y chanzas del viejo, la india, volviéndose a mí, mal intencionada y chocarrera, exclamó:

—Albricias, amo, albricias...

Y su estentórea carcajada, repercutió en las cercanas quiebras...

—Albricias, padre, que el obispo es chanfre, gritó el yeguarizo... Ya tendrás tiempo de reír o de llorar de veras...

Pero la india, extremando mi tolerancia, entre risa y risa, continuó:

—Acaso es fácil eso de trincar a Cash-

queros, entre cincuenta, para llevarlo a la cárcel, donde el Juez no ha de hacer sino lo que el amo ordene...

Los indios abarrajaron a la arpía, pero ella, al verse en el abarrancadero, comenzó a ayear, quejándose como una artuña...

—Déjate de racionalidades, dijo taita Pedro, y dime: dónde está el borrego que me robó tu gran amigo? Tienes que confesar, porque yo sé que a asno modorro arriero loco...Habla alguna vez la verdad a que no siga pudriéndose en tu boca...Con algo que confieses nos contaremos.

La india no volvió a hablar y, en actitud resignada, después de arrobiñar sus trapos, tomando una batea y adujándose en un rincón, púsose a abalear trigo, trémula y amorrada, pero vigilándolo todo y lista para un evento...

Los indios habían encontrado, en un escondrijo de la vivienda, pernils y morcillas, y taita Pedro, comiendo a dos carrillos, excitaba a que le imitaran los peones, exclamando:

Hacen bien, hijos míos; por Cashqueros estamos en ayunas, y muchos nos vemos sin la vaca lechera y el borrego cebado...Ojalá se lo coman vivo...Es más de medio día, ha pasado la hora del almuerzo...Coman, hijos, coman... Taita Cura, alma bendita, decía: Ajo crudo y vino puro, pasan el puerto seguro...Y yo digo: agosto y setiembre no duran siempre...

Ese momento, Juan asomó vendándose la pantorrilla, mordida por el perro, y el ye-guarizo, agregó:

—Alguacil de campo, cojo o manco...Haciendo cuenta de que no te mordió el perro sino el dueño, debiste arrancarle un mechón de pelo, para ponerte en la herida, porque del perro la mordedura con lana del mismo perro se cura...

Mientras tanto, Juan se vendaba la piedad con un paño de riquísima albengala, que lo encontró tirado en la choza, acarralado ya por habersele dado el uso de albero, confirmando el proverbio: algo ajeno no hace herejero...Imposible saber su procedencia.

A la india no había forma de arrancarle una palabra. Cashqueros era una tumba, y de rato en rato, hacía traquetear las betas que le afe-raban...El muchacho se había dormido, con las manos atadas a la espalda...

La famosa Andorina se movía dentro de la choza, yalandarandadeaba, pero con abulia, como si la pereza y la pachorra fueran sus ajes; las manos de la india parecían bullir, buscando de qué apoderarse...Alacranada al hurto, como su socio, del que era arrendajo, no vivía sino para él, ni parecía querer nada que él no quisiese...

Este par de sabandijas, al acoplarse, se completaron...Y arpando y atarazando, hicieron, hasta ese momento, inexpugnables sus antros...

Del cercano pueblo, y de manera inesperada, concurrió, azogadamente, la autoridad política: chagra infuloso y pedante como él sólo. Había salido con sus alcaldes a sacar prendas para una minga, en el pueblo, y se acercó a nosotros, llamado por un pariente de Cashqueiros, compadre y muy conocido del señor Teniente...

A este hombre, por borrachín y aranero, lo tenía conocido...Suplantador de pagarés y apocas...Su conciencia, siempre alquilada, hacía inútil el albarán que lo publique...

Había conseguido la tenencia, sin mayor trabajo, talvez a costa de un puerco hornado... Y eran de esos que a tres azadonadas sacan agua...

Dábaselas de Juez probo y diestro co-

necedor de leyes y decretos; pero, en realidad, a este sabihondo manejaba un rábula de los peores...Lo que hiciera decir a taita Pedro:

—Con la ayuda de vecino mató mi padre un cochino...

Se había separado de su mujer, alegando que ella no sabía comprenderle...Y cuando el Cura bramó contra semejante proceder, asegurando que la esposa era una verdadera alhaja, el Teniente replicó:

—Alhaja que tiene boca, ninguno la toca...Puede el señor Cura quedarse con ella...

El pícaro, jamás cobró sin usura, ni pagó sin albaquía; y es Teniente Político porque los encargados de repartir los cargos públicos, sólo defieren a lo que se ha dado en llamar PALANCA, y especialmente, al compadre: hacedme alcalde hogaño, y os haré a vos otro año...

De ahí la malversación de los caudales públicos y el pulular de inverecundos y artifices en los más delicados cargos de una administración, haciendo decir a cada paso: alguacil descuidado, ladrones cada mercado...

El yeguarizo, que conocía, como el que más, al flamante mandarín, apenas lo vió, me dijo, moviendo la cabeza:

—Eramos pocos y parió mi abuela...Este no ha de venir sino a medrar y a hacer embrollos. Todo el que le busca como Juez, sale

por el albañal...Arcaduz de noria, el que lleno viene, vacío torna...En todas partes es ave de cuchar, más come que val...

Asomó el atizacandiles rodeado de gollas emponchados, alindongado, como para una fiesta; arrebujiándose en una bufanda llena de angaripolas...Llegó a sentadillas, sobre una yegua argel, alcoholada, de ancas pinguedinosas y, andamais, con cría: un potro sebruno, que obedecía al onomatopéyico silbido del amo, más que al estentóreo relincho de su madre...

Las albórbolas y cuchufletas de los indios, dieron la medida del desprecio que el mandarin inspiraba...

Este personaje, al saltar de la silla, enredóse en el ronzal de la montura, y le vimos asobinarse, dando ayes y quejidos, como una marimarica...Le tuve, desde ese momento, por hermafrodita, máxime, cuando al extenderme la mano para saludar, vi sus uñas comidas hasta la cutícula...

Qué hubiera hecho el caco con uñas, cuando así, desuñado, desvalijaba tahures, floreando naipes y cargando dados...?

Sin la menor confianza y sólo porque no se podía hacer otra cosa, consentí que este pillastre se encargara de los presos; y mientras le daba una propina, para estimular su desempeño, decíale taita Pedro:

—El amo te dará más, en cuanto los

presos sean encarcelados. Por lo pronto, acepta lo que te da, que algo es queso, pues se da por peso...

El Teniente, dándoselas de acompasado, ofreció poner a buen recaudo a los abigeos, asegurando que no había almádena capaz de mellar su equidad.. Y, aunque declamó que el abad, de lo que canta yanta, no por eso dejó de sepultar la propina en el bolsillo, mientras exclamaba:

—Dádivas corruptoras no se hicieron para hombres de mi temple...

Arrecadados personas y animales, retornamos a la alquería...

Apenas habíamos descansado unas horas de las fatigas de aquel día, cuando ya se esparció la noticia de la fuga de los presos...

En efecto, no terminó la tarde, y el Teniente Político, en persona, con modos de zorrocloco, vino a darnos la noticia.

El abrigador, repitió una historia, zurcida de antemano, para engatusarnos; así, ambagioso, dijo que mientras él se hallaba sentando el acta y cumpliendo con todos los ajilimójiles de la ley, sus policíacos, en amasijo con los ladrones, dejaron apeldarlas a Cashqueros...Que el hijo de la Andorina, amén de ser un ajobo, nada tenía que ver en el asunto...Por consiguiente, él, como Juez, que no estaba acostumbrado a andar a viva quien vence, y convencido de

que ni un dedo hace mano, ni una golondrina verano, envió al granuja a cuidar la cueva que se hallaba abandonada al ir presos sus dueños... Por fin, que cuando venía conduciendo a la Andorina, la maldita yegua argel, al asobinarse, dióle tremenda costalada, y hasta él ponerse de pies, la presa había volado...

Todo esto repetía el inverecundo, fingiendo astenia, y sin dejar de sobarse un adrián que decía haberse golpeado, interrumpiéndose a cada paso, para averiguar por un algebrista que supiera volver los huesos a su sitio, mientras el yeguarizo, indignado rezongaba:

—Al delicado, poco mal y bien atado... Este para Juez y yo para Obispo, creo que no hemos nacido...Arco de tejo, recio de armar y flojo de deajo...Al señor Teniente, como algebrista, nadie le ve la cara...

— Acuérdate, secreteó el Teniente, adormilando los ojos y con labio alcorzado, que estoy enfermo...

El mandarín, mientras hablaba, daba idea de esas viejas que, aunque la menopausia amortece, trayendo la consiguiente anafrodisia, el hábito del amasiato sigue manteniendo en ellas el excitante amblar, y aquellas alcocarras y actitudes de gatas lividinosas, en insatisfecho orgasmo...

—El señor Teniente, interrumpió con sorna taita Pedro, no ha menester de algebrista,

sino simplemente de una comadre...

Airóse el ofendido y dejando ya de abemolar, contestó gritando:

—Viejo chocho, estás delante de la autoridad, que puede juzgarte por faltamiento y hacer que te pudras en la cárcel...

Con el fracaso de la empresa, y no tanto porque me quedara alpiste, sino porque iba a afirmarse, entre los indios, la fama de invencible de que ya gozaba el ladrón, sintiendo bullirme las manos por apretar el tragadero del inverecundo Teniente, al que no creía nada, porque quien siempre me miente, nunca me engaña, sin poder reportarme, aferruzado, cuando este pícaro amenazó a mi yeguarizo, salíle al atajo y después de arrumbarle, haciéndole morder el ajo, púsele en trance de buscar su montura...Pero ya sobre ella, reaccionó, y furioso prorrumpió en una palabrería sosa y desconcertada, recordando que se le había ofrecido duplicar la propina y, únicamente, exigiendo el cumplimiento de la oferta, afirmó que de balde él no servía a nadie, contradiciendo todo lo que había sostenido anteriormente. Luego agregó que de mis amenazas no hacía caso, porque siempre eran más los amenazados que los acuchillados...Y terminó asegurando que era demasiado macho para consentir en injusticias, como administrador y representante de la ley...

—Patrón, interrumpió taita Pedro, es

preciso que te quejes al gobernador. Este hombre debe de saber dónde está Cashqueros, aunque a nosotros nos diga: aciértalo tú que yo lo diré...Pero tendrá que confesar ante el gobierno...

—Ya caerás en mis manos, viejo decrepito, gritó el Teniente...Y alardeando de sus bravas absolvederas y de tener mucha agalla para responder de sus actos, después que un momento antes había protestado de su irresponsabilidad en la escapatoria de los presos, dijo, mientras silbaba al potro y se afirmaba en los estribos:

—Pues bien, yo hice que fugaran los presos, porque lo que habían hecho no pasaba de ajaspajas...Cada uno quiere llevar el agua a su molino y dejar en seco el del vecino, agregó campante, pero conmigo se pelan...Por lo demás, sólo estoy obligado con las órdenes de mis superiores, puesto que cada uno tiene su alguacil, y nadie como yo está en los ápices del código...

Dió la orden de marcha a sus golillas, pero antes de seguirlos, acabó diciéndome:

—Cuánto más amigos, más claros...Usted, señor, sólo pretende sacar astilla con el pretexto de que Cashqueros es ladrón...Fácil es acusar a quien no nos oye, porque ni ausente sin culpa, ni presente sin disculpa...Felizmente, yo sé que lo que no está en los autos, no es-

tá en el mundo...Y sin cuerpo de delito, me río de los acusadores...

Lanzó una palabrota y, atordando a la yegua, desapareció entre los matorrales del camino.

Los indios habíanse reunido en el corredor de la alquería, y uno de ellos hacía reír a los demás a costa del Teniente. Viendo al potrero de la yegua que se rezagaba, decía en jerga:

—Dimbaldi mama igua rilincha, luquitica...Putru, ca, nu tami haci juicio. A taita Tininti sulu ubidici...Pas qui mama igua si habrá amulado...Pur algu dicirá taita Tininti qui il is diltuditu machu...

Hice callar a la chusma, harta de ajos, y libre ya del agibilibus, sentí necesidad premiosa de volver a echar mano a Cashqueros, que se me figuraba un animal dañino, al que apersogar se hacía indispensable...

Púseme a nombrar comisiones y a enviar espías por todas partes.

El yeguarizo, despidiéndose, me dijo: que ya estaba perdido el día; que cenemos tranquilamente, procuremos dormir bien y que mañana haremos lo que Dios y la Santa Virgen nos inspiren...

—VII—

A la mañana siguiente, acercóseme taita Pedro, desanimado y afligido. Al preguntarle el motivo de su azoramiento, contestó:

—Nada, amo, nada...

—No es nada, díjele y dábale el agua en la rodilla... Cuenta, hombre, qué te pasa?

—Amo, respondió el viejo, la Juliana ha dicho en la vecindad que se va a largar... Que ya es mujer de su derecho, y que no me puede ver...

Y moviendo, tristemente la cabeza, se quejó:

—Entre tanto que cría, amamos al ama, en pasando el provecho, luego olvidada...

Encendiéronse los ojos y, cerciorándose de que nadie nos oía, secreteó:

—Esta noche Cashqueros va a venir a

encontrarse con ella...La he acechado toda la mañana...Con un pedazo de espejo, y escondiéndose en el chaparro, ha pasado aluciándose...Por eso he tardado en venir, ocupado en espiarla...

—Y por qué te imaginas que todo esto hace tu hijastra para verse con él? Pregunté al viejo.

—Porque en el corral noté la falta de una gallina, y la fuí a encontrar, pelada, dentro de una canasta de ella...Seguramente, con esa gallina, se prepara a recibir al amante...Yo, anoche, maliciando algo le dije que iba a madrugara a la vaquería, porque tenía que avanzar con el vaquero a Malal...Ella sabe que ese viaje no es posible hacerlo, ida y vuelta, en menos de dos días, y querrá darse a los gustos, creyéndose sola...Pero la he de matar a palos... He venido, escondiéndome de todos...

—Todo lo que te oigo, contesté, no es sino pura suposición; deberías cerciorarte bien, antes de nada...Acuérdate de tus refranes: ni bebas agua que no veas, ni firmes carta que no leas...

—Ay, amo, replicó el anciano, ella es mujer...Y no digo más...A que veas que tengo razón, ven esta noche al alcorce del barrancal...

Calló el viejo y, mientras estático hundía los ojos en los lejanos pajonales, yo pen-

saba que era preciso concurrir a la cita, ansioso de echarle mano al ladrón, y sin darme cuenta, traía a mi mente a la Juliana, mocetona adiposa y ancuda, que el yeguarizo solía sustraerla de toda faena que fuese aperreada; de mofletes aborachados y de ojos encendidos. Recordaba que ella, en las fiestas, era percha viva de sayas, tupos y abalorios; que dejaba de comer por endomingarse, haciendo decir a su existimativo padre: el ajuar de la tiñosa, todo albanegas y tocas...

La tal Juliana era una Aganipe, de comunales curvas que, para un quichua, es lo culminante de la seducción femenina... Por eso, con Cashqueros, tenía cautivos a muchos mozos del alfoz de la comarca...

Sabido es que entre los indios, la belleza de las chinas casaderas, está en relación con su gordura. Lo que más apetece el parameño, en su novia, casi como una albardilla nueva, son las curvas prominentes... Por eso, las mujeres las abultan, llevando, una encima de otra, todas las sayas que poseen, y, aunque saben que por ajuar colgado no viene hado, tampoco ignoran que en una cadera abultada, encuentran los indios poderoso afrodisíaco...

Taita Pedro, esclavo de las preocupaciones, reanudó la conversación, diciendo:

—Más vale añada que buena cosechada. Una lluvia a tiempo, asegura la cosecha... Esta

noche pondré a mi mal el remedio que tanto he buscado...

Y recordando mis últimas palabras, dijo:

—Conozco tanto a mi hijastra, que en su cara leo, como en libro abierto. Por Cashqueros ha dejado de quererme, y por él es capaz de ahorcarme...En fin, no hay más que resignarse: el que lo tiene lo gasta, y si no, se lame el asta...El ladrón me ha robado el único cariño que me quedaba, y ha entristecido mi vejez...

Mientras el viejo se enjugaba los ojos, con el fleco de su poncho, agregó:

—Esta noche, amo, te espero en la zanja del rodeo...

Y se alejó, asimismo, procurando recatarse de todos, diciéndome que hiciera saber a los peones su presunto viaje a Malal.

Pronto iba a persuadirse que, no su hijastra, sino su yunta, era la meta codiciada del abigeo. La famosa yunta pinta que, sólo con verla, sentía el anciano retozarle el alcacer...

—VIII—

Al dar las diez, sin hacerme sentir de nadie, salí de la alquería.

La noche, aunque de luna, como la anterior, estaba nublada. Encaminéme, enderezando por los potreros, al punto de la cita, no sin hacerme titubear la oscuridad de las frondas, los tremedales y los llanos encharcados.

Comenzaba el cielo a aborregarse; el frío hacía rehilar mi cuerpo; todo dormía en la dehesa, turbando, únicamente, el silencio de los potreros el insistente rozrido del pollino que acaballaba y perseguía a la yeguada.

A poco la luna asomó sobre la cumbre del Buerán, rodeada de oscuro halo que, en viéndola así taita Pedro: dijera: luna con cerco, lavajo lleno; estrella en medio, lavajo seco... Pero lentamente fué saliendo de la nube, hasta

quedar a poco, límpida.

Escondido en el chaparral, entre el abatedero de un regato, púseme a atisbar el camino, por donde era probable que asomara el enamorado y rústico Tenorio...

De repente, reptando por la maleza, acercóseme taita Pedro, y diciendo en secreto: —ya viene...Volvió a desaparecer, como una sombra...

Por el lado opuesto del aguardo, donde yo estaba, a campo traviesa, pero a paso recatado, procurando atronchar, y tirando del ronce del de un redomón, asomó Cashqueros...

El potro, abocinado, parecía que caminaba olfateando un peligro y, remiso al camal, iba deteniéndose, más que ramoneando, en la aborrajada sementera que cruzaba, oliendo y oteando, con abrasiladas narices y encendidas pupilas...El caballo, de pronto, se revolvía y avispedaba un punto, con señales de inquietud, siempre en la misma dirección donde yo estaba recatado...

De espolique de Cashqueros, venía el muchacho pecosó, hijo de la Andorina, el cual, obedeciendo algo que le dijo su jefe, condujo el caballo tras un moral, donde lo dejó y él esfumóse entre las matas.

Cashqueros púsose a pocos pasos del sitio en el que yo me hallaba, mientras la Juliana, ahorrando camino, enderezó por la agua-

cibera, que formaba charcos en el llano, y pronto llegó al lado de su amante.

—Y el viejo? fué lo primero que dijo el ladrón.

Ella contestó:

—Dieron noticia de una punta de ganado de hacienda que se ha reunido con los bravos de Malal, y esta mañana pegó la madrugada...Debe de estar durmiendo, con los vaqueros, atrás de Padre-Rumi...

Diciendo así, púsose a atusar la hirsuta melena del amante y a acalugarlo, amorosa... Pues, quien feo ama, hermoso le parece...

El ladrón decía algo que yo no alcanzaba a oír; pero por la mímica, parecía referirse a los sucesos de la víspera, cuando cayó en nuestras manos.

Vino el ágape en seguida. Entre amigos y soldados, cumplimientos son excusados. La moza desató el albuminio paño, con el fiambre que había preparado y, tendiéndolo sobre la grama, invitó a su compañero una presa de gallina, enrojecida con el bravo UCHU que, abrasando la boca, agiganta el apetito de los indios...

Mientras consumían la rústica alifara, ella, gozosa e impaciente, envolvíase en el hombre, sintiéndose aburar, cachonda, contrastando con la anafrodisia con que acidioso, él la correspondía...

Indudablemente, Cashqueros había enamorado a la india y, ella, sin reparo, se le ofrecía...Pero el amante parecía no darse cuenta, y continuaba comiendo; guloso; aunque alarmado por un pequeño ruido que yo hice, pisando una rama seca, trató de alarse...Juliana, sin amollar en su empeño, retuvo al amante, asiéndose de la recia calzadera de la alborga, que se le había desatado ..

Un nuevo ruido, pero en dirección contraria del primero, hizo que Cashqueros se pusiera violentamente de pies, intentando dirigirse a la albarrada, donde debía de estar su caballo...

En ese momento oyóse el chasquido de una honda, tras el cercano arcén del regajo, y el ladrón, con la cabeza rota, cayó de redondo al suelo...

La india, apellando, desapareció...

Al acercarme al caído, emergió de las sombras la atlética silueta del viejo Pedro, que, sin azorarse, dijo:

—Alegrías, antruejo, que mañana será ceniza. No sólo es hacer males, sino que hay que pagarlos...Amo, no quisiste desperdiciar una bala en este pícaro...Es que te dió asco de matar a un perro...Yo estuve aguaitando, tras el capulí del lado, desde donde pude abarrar la piedra que abatió al gavilán cebado, haciéndole tronar como arpa vieja...

Y mirando un punto en el potrero:

—Alguno se escapó por ahí, con el caballo de este indio...Talvez estaba con los de la banda...

—Debió de ser su hijastro, repuse; no merece reproche, porque, como quiera que sea, ese granuja le es fiel...

Así es, dijo el viejo: aquel es tu amigo, que te quita de ruidos...Y al amigo, con su vicio...

Como un ababol habíame quedado, contemplando a Cashqueros, con la enorme rotura causada por el golpe de la piedra; y con gran desazón, iba a retirarme, cuando el herido, de un salto, poniéndose en mi delante, blandió un cuchillo...

Pude, rápidamente, encañonarle con mi revólver y, entonces, el indio lanzóse sobre taita Pedro...Pero fué como descalabrar al alguacil, y acogerse al corregidor...

El viejo, con mano de hierro, arrancándole el cuchillo, volvió a tender al ladrón en el suelo de un soberbio puñetazo, e inmediatamente, atándole pies y manos, y dándole en la espalda con el recazo del mismo acero, dijo:

—Al amigo que no es cierto, con un ojo cerrado y el otro abierto...Conque quisiste atreverte con el amo...Ahora sí, muévete almi forero...No vas a esperar mucho, es decir, no te vamos a dar perro, para que recibas lo que

mereces...Esta noche pasaremos cuentas...

—Afloja, gritó Cashqueros, me rompes las manos...

—Todavía te quejas, rezongó el anciano, y riendo, sarcásticamente, agregó:

—Ten paciencia, hijito, y hasta que el Juez te mande a remachar los guantes, yo te voy a poner una túnica de beta...Te quejas porque el asno que no está hecho a la albarda, muere de atafarra...

Y dirigiéndose a mí, insistentemente, rogóme:

—Ya ha de ser bueno que te recojas, señor, el relente pica, y puede alcanzarte el tabardillo...Yo solo he de aballar a mi choza a este pícaro, a este allegador de la ceniza y derramador de la harina que, por dar pábulo a sus vicios, se ha tirado el alma a la espalda, y hay que hacerla volver a su puesto, abaneando al dueño con un buen bergajo...

Tranquilizado, hasta cierto punto, viendo con vida al abigeo, torné a la alquería, apenas vi cómo el viejo asobarcaba, como un haz de paja, el cuerpo de Cashqueros, y desaparecía entre las sombras de la noche...

El sueño no fué conmigo sino cuando los gallos comenzaron a preludiar la sinfonía de la nueva aurora.

Cuando dejé la cama, la algazara de los peones me advirtió que se alzaban de la fagina, llevada a cabo en el huerto, para repartirse en los diferentes trabajos de la hacienda.

Afrailando los manzanos de la almunia y haciendo el acobijo del vivero de ciruelos, mantenía el viejo Pedro la charla con el peonaje.

La Juliana, en el patio de la hacienda, que encuadraba el huerto, con marcada adinamia, ocultaba el rostro, desvelado y lloroso, tras la ubre de la vaca que estaba ordeñando.

Veíase a la moza achucuyarse a la mirada de taita Pedro, y mostraba su no mermada adiposidad, aunque marchita y desvaída...

Cuando el viejo pudo hablarme a solas, dijo:

—Cashqueros no volverá nunca a la hacienda...Titubeó buscando un refrán, que no se le vino, y siguió diciendo:

—Anoche conversamos largo...Y anda la almohaza y toca la matadura...

Sin importarle al viejo, lo bien o mal traído del adagio, continuó:

—Ciego de ira quise destruir en el ladrón no sólo las uñas sino todo lo que tenía de garañón...Pero, amo, no vas a creer lo que yo he visto con mis ojos: Cashqueros ha sido menos que un buey...Lo que anoche dejó de hacer mi cuchillo, había hecho un toro, hace muchos años...El asta de un toro bravo...El primer toro que trató de robarte en el páramo... Y éste que apenas ha sido un hombre, ha abatanado y hecho temblar a toda la comarca... Ciertamente, le tuve pena, porque se puede ser ciego, sordo y hasta llashaco; pero con perdón del Patriarca y de Santa Ursula, si un hombre no es padre, no sirve ni para poner fomentos... Pierda todo pero si le queda la preminencia de ser macho, puede decir: si se perdieron los anillos, aquí quedaron los dedillos...

Después de santiguarse el yeguarizo, siguió diciendo:

—Mas, no por eso se zafó de la cueriza...Le desollé de crin a cola y sintió la punta

de la beta hasta que mi brazo se cayó...Pero, has de creer, amo, siguió hablando taita Pedro: Cashqueros sale de mi choza, gateando...Y así, por un milagro, no va jalándose mi yunta...

Volvió a santiguarse el viejo y mascullando una jaculatoria, continuó:

—Salgo tras él, sin demorar más que un instante, tomando un poco de agua, y encuentro abierto el corral...A pocos pasos de la tranca, mis dos bueyes apersegados, uno con otro, con los mismos cabestros de cerda de llamingo que vimos en la cueva de la Andorina...Cómo tuvo tiempo el ladrón para hacer semejante cosa..? Lo cierto es que perro que come beta, aunque le córten la jeta...

—No fué Cashqueros, contestéle, sino el zorro de su hijastro. Yo lo vi venir de espolique del ladrón, y separarse de él un momento antes de que se juntara a la Juliana...Es de suponer que el granuja tuvo la comisión de asegurar la yunta, mientras el bandido hacía de Don Juan con tu hijastra...

—¡Santo Dios! Murmuró taita Pedro, semejante empresa para esa garrapata...! Y todavía se ha de decir: arador de palma, no le saca toda barba...De qué me he escapado...

Y mientras el viejo abandonaba la estancia, yo quedé consignando en mi libro de apuntes este raro episodio, evidente prueba de que la agenesia, o mejor la condición de eunu-

co, no siempre frustraba en el hombre la valentía. ni la arrogancia para arduas empresas.

Salí a la terraza, desde donde miré alejarse a mi viejo yeguarizo, tranquilo y sonriente, haciendo florecer su ageracia, como el recio guagual de la montaña que, cuanto más añoso, acrecienta su vigor y lozanía...

Dos meses después de estos sucesos, los agentes de acaudalada latifundista, en la masacre que llevaron a cabo en un ható aledaño a los míos, persiguiendo robos de ganado, entre otros abigeos, cayó acribillado a tiros, Casimiro Quirós, el desaforado Cashqueros, el castísimo pirata, enamorado de Juliana...

Dióme la noticia, jubiloso, taita Pedro, diciendo:

—Cantarillo que muchas veces va a la fuente, o deja la asa o la frente...Cashqueros tenía hecho pacto con el diablo, y el compadre cornudo, hasta cumplirse el plazo, no hizo sino zafar a su presa de todo percance...Pero, llegó la hora...Y el Malo, envolviéndole en azúfre, se le llevó, como cosa propia...Que, para el amor y la muerte, no hay cosa fuerte.

FIN

LA VIDA DEL CAMPO

Qué sino zarabanda de lascivos pasos, liza de bajas y encontradas ambiciones; Batel donde los peores triunfan, es esto que hemos dado en llamar política? Y la sociedad, para aceptarla, no ha tenido que ponerse a tono con ella y convertirse en insana behetría?

Ya los quijotescos y limpios procederes, no señalan preminencia en luchas y palenques cívicos. Campea la inutilidad, pasando por primero ese que forja campanas de propaganda con el hierro de los grillos que le reclaman; ese otro, que hace del tintineo de las onzas, música que da ritmo a su marcha triunfal de buhonero...

Despoblándose los salones, bulle el CABARET; el bandonión suplanta el órgano, y a los suaves y ondulantes giros del minué, susti-

tuye el verriondo nalgueo de las congas...Tras la víscera del Quijote, Sancho hace alcocarras, llevando por broquel y por loriga, de sus panzudas alforjas, el provisto eseapulario...

Se han vuelto indispensables para el destacamiento, la arrogancia y la inverecundia y, si en el politiqueo caben las mayores deformidades, en nada como en nuestra vida científica y literaria.

Para prueba, esos que escriben, o mejor tagarotean, por manía, limitándose a transcribir lo que otros piensan, sin pasar de sacapelotas, cierto que hacen ruido entre intonsos y no falta quien les califique de notables, para lo que debe de influir la falta de comillas en las transcripciones, si no el nombre del lugar donde se ha forjado la obra, como pasa con los malos aceros que dejan de ser cachicuernos, sólo con llamarse toledanos...

No son el mérito, la belleza, la virtud, dones que, como en Esparta, daban preminencia indiscutible; es suficiente que un tipo de esos haga de sochantre y salga portando una cruz en cuaresma o un estandarte en fiestas y procesiones, a que pase por modelo, por más que se le haya visto campando en la taberna o disputando a otro un bien indisputable, y haya sido la causa de muchos tuertos y; mientras al parecer, rie cosechando lauros, las furias del remordimiento no cesan de poner acibar en la

copa, cenizas en el pan y espinas en el lecho de ese al que le tiene emplazado la vindicta humana y no puede enfrentarse con su conciencia...

El sentido común se va achicando entre nosotros, a medida que se agranda la necesidad de lo innecesario, en lo que culmina la pirotécnica morlaca...A la ciudad le faltan escuelas, conservatorios, museos, bibliotecas y casi todo lo que ha menester un país para llamarse culto; pero le sobran cohetes, globos y fiestas dispendiosas...No tiene para alimentar, decentemente, a todos sus mendigos, ni para calzar a todos sus niños, pero le sobran centenares de miles de sucres para convertirlos en humo..

La jerga del acaudalado mestizo, sustituye la música del sonoro castellano. El salón ya no es palenque de estética y galantería, sino corral de variedades y de libre concurrencia, donde se codean damas y pelanduscas, dando ritmo al amor el tanto por ciento y haciendo de anfitrión ese que se da de gracejo, escarneciendo la nobleza o el mercachifle que regüelda y desaliba.

Al añoso vino de elegidas cepas, contrahace el tabernario Whisky, calaguaśca de los yanquis, que lacerando la garganta, impulsa a sus devotos a tirarse los bonetes...Y en el amigo íntimo hace surgir el cachetero...

Así soliloqueaba yo, deambulando por mi

dormitorio y arreglando la maleta de viaje, en la noche, víspera de largarme, quizá para siempre, a una hacienda lejana...

Para dar más firmeza a mi resolución, seguía monologando:

—Allá me faltarán muchas cosas, es cierto, pero me sobraré lo que aquí no se consigue, en especial, confianza y sosiego, de lo que vivimos ayunos, pero hartándonos de mentiras, y haciendo virtud de todos los vicios...

—La zamarra y la vileza, al que se le aveza; pues me quedo con la zamarra; porque tomar parte en este babélico cotarro, sin ser baladrero ni birlesco declarado o truhán que nunca dice lo que debe pero hace siempre todo el mal que puede, no es sino ser uno de tantos...

—No, seguí diciendo, no me despidió de nadie. Las cosas hay que hacerlas bien, o no hacerlas. Nunca medra la araña que hila y no devana; amanece, echo cerrojos a mi casa y me largo...

Sentado al borde de la cama, contemplé mi maleta que estaba lista, e imaginando que los antiguos hábitos vendrían a contrariar mis resoluciones, prorrumpí:

—Ser un hombre, dar alguna noble finalidad a las energías; formar una familia, una noble familia, he ahí lo que aspiro...Y sintiéndome bueno y hogareño he de seguir dando baques y esclavizándome, cada día más, a esa sociedad

cuyo contacto me ha allagado, pero de la que mañana, definitivamente, escapo, escarmentado y dolido, como debía de ser, pues, asno que entra en dehesa ajena, volverá cargado de leña... Para seguir de miembro suyo, he menester otra alma, otros ojos, con la deformidad familiarizados y pulmones que no asfixie la pestilencia...

—Menos badajada fuera, pagando descomunally barcaje, desafiar al océano sobre una carga de brusca, o en banasta hecha de juncos... No, yo no puedo seguir siendo eslabón de esa cadena ignominiosa...

—Talvez, por lo que tenga de campechano y de bagual, crea que más vale blanca de paja que marabedí de lana; que sobre todas las alcatifas de Persia, están las mullidas y baratas alfombras de la grama, y que la paz y el sosiego no cotizan los millones...

—El fingimiento y la inverecundia, en esta vida de mentidas relaciones, han enturbiado de mi alma los más claros manantiales. Qué son el amor, la lealtad, la confianza, sino nombres vanos, que no hacen sino rodar en las alcobas, donde los santos afectos van haciéndose imposibles... Y pasa con el nombre de amor, el amor de asno, coz y bocado; y es amante el trompero: cuantas veo, tantas quiero... En donde la amistad tiene que andar a viva quien vence, y la desconfianza mutua se impone y hace mentir con toda la boca...

—Qué es exagerado lo que afirmo. Tal vez; pero cada uno habla de la feria como le va en ella...Por eso, protestando en mí cuanto queda sin bastardearse, dejando de oír apuntar y no dar y cansado de verme metido en calzas prietas, acójome a las aras, esto es a la tranquila y añorada dehesa, donde es preciso el arado rabudo y el arador barbudo...

Y así concluí, metiéndome en la cama:

—A cuentas viejas, barajas nuevas. Mañana quedarán saldadas mis cuentas, y empezaré a experimentar si es cierto que «el buey suelto bien se lame»...

Al amanecer del siguiente día, sin producir más ruido que el de mis pasos, tomé las de Villadiego...

Llegué de noche en la lejana alquería. Cansancio y frío intensos invitábanme al reposo en ese viejo y conocido lecho que acababa de amolentar el ama y que tanto tiempo había permanecido vacío.

Pero a todo se impuso el ansia de escribir y, sobre la cubierta de un libro, vacié en estos versos el pesimismo que me dominaba y me imponía el alejamiento.

SALVAVIDA

Como se aleja el pasado
va enfriándose mi seno,

y la realidad, acerba,
se va imponiendo, imponiendo...
A medida que se cierran
los pórticos del ensueño,
van abriéndose los ojos
a la verdad, a lo cierto.

Todas las dulces mentiras,
con la juventud, se fueron,
anulando la esperanza,
desvaneciendo los sueños,
y la visión del mañana
surgió poblada de espectros...

Ya no hay metas ni ideales
que den vida al pensamiento;
y el alma, bajo las ruinas
de mi corazón, deshecho,
es lámpara moribunda
que se extingue...Es, ay, el lienzo
de un óleo que la interperie
va dejándole en bosquejo...

Qué ha sido el amor? Urgencia
de las células...Secreto
engaño con que la vida
nos impone el crecimiento...

Amor, tras la primavera,
es manzana del mar muerto...

Estepa, que da tan sólo,
flores de pétalos negros...

Amor, compasión, cariño,
amistad, ternura, afecto...
Nombres vacíos que tienen
el desencanto por término...

¡La glorial Soñé con ella...
¡Espejismo, hermoso sueño!
En su pos fui como corre,
tras el río, el arroyuelo.
Su augusto templo, rodeado
de pavoroso misterio,
caer me hizo de rodillas,
cerrar los ojos con miedo...
Pero cuando pude abrirlos,
miré un populacho inmenso,
que forzaba las entradas
e improvisaba senderos...

Abatiéronse las puertas,
derrumbáronse los techos,
y vi cómo por asalto
la chusma tomaba el templo...

Arlequín, bajo la toga,
mal llevada, del maestro...
La presunción, la ignorancia,
tras la careta del genio...

El poder, entre las manos
del que debiera estar preso...
El puñal de los camales,
en fundas de heroicos hierros.
Celestinas disfrazadas
con tocas y blancos velos...
Tras las coronas de Apolo
recatándose el coplero...
De pega y paga la pluma
en negras manos de negros...
La traición, la encrucijada,
al fin de todo sendero...
Hecho báculo el garrote,
el capirote, manteo...
Y vi en travesaños de horca
el INRI del Nazareno...

Esto era la gloria...El alma
plegó las alas con miedo
y, desalentado, alcé
los tristes ojos al cielo...

El cielo estaba vacío
para mi espíritu enfermo
y, en vano en mi fe de niño
se asiló mi pensamiento...

El altar era tablado
de titeres, descompuesto...
De mis creencias quedaba

sólo un arambel, deshecho...
Todas las lenes quimeras,
los candorosos anhelos,
las esperanzas soñadas,
los espejismos del cielo:
humo vano, leve nube
que, al primer soplo del viento
de la realidad, fugaron
y quedó el vacío inmenso...

Al contemplar, con asombro,
desvanecidos mis sueños,
sin ver en mi torno más
realidad que el sufrimiento,
alcé, sobre mis tinieblas,
la lámpara del recuerdo...
Y mi alma volvió al pasado,
como torna el viajero
que ha enterrado en el camino
a todos sus compañeros,
ha perdido la esperanza,
la paz, la dicha, el sosiego,
y muestra en la faz marchita
la lluvia de los inviernos,
el sol de los arenales,
el hambre de los desiertos...
Y, al escuchar, de repente,
la campana de su pueblo,
siente también campaneando
el corazón en su pecho,

y se tira de rodillas
y, llorando, besa el suelo...

Cuando acabé de escribir, el sueño se me había ido o al menos estaba más lejos que los punteros de mi reloj, del filo de la media noche...Y, como la víspera, mientras me desvestía, soliloqueaba, entre tiritones:

—Ya estoy aquí, a esconder mi barbarie, de innato campesino, en estos fríos y lejanos pajonales. Y juro que, si el petimetre boquirrubio, ese que donde se para deja bardona, o enciende el buscaniguas, dejando olor a chamusquina, vióme barbar, indios y campiranos, veránme encanecer...Y, borrón y cuenta nueva...

—Quédense allá los barbianes, hijos de Marte, presumiendo de adalides en la paz y escapando, como liebres en la guerra...Llenos de prebendas y vacíos de todo...Ésos que hacen grímpola del honor, pero que, al flamear en tales manos, es arambel que pringa...

Quédense allá los financistas, vomitados del sucucho y la trastienda, si pesados como su oro, en todo lo demás, livianos; que cuando hablan, es en jerigonza; cuando rien, se desternillan y cuando discuten, hacen decir: qué tienen que hacer las bragas con la alcabala de las habas?...

—Quédense esos que en el barullo de los salones, no dan paso a barras derechas y

se dejan dar perro, sin protestar; ni pueden acercarse a otro, sin lastimarlo, cuando menos, hediéndoles la boca...Esos que aprenden con la ciencia de saber llevar el barrenó, la del intrigante y del bramón...Que entienden aquello de preparar los bártulos para ocupar el puesto del amigo que se deseuida, o anticiparse a la zancadilla de un íntimo, poco ducho, que bien acarrea pero mal empiedra, y cree recatarse cubriéndose el rostro con las manos abiertas...

Me dormí, pero seguí soñando en barbipungentes, enredados en un barzal de ineludibles compromisos que, en barrumbadas locas, terminan en el arroyo; pues aquel se anda por las callejas, que no pone rienda a las expensas...Y si la blandicia no ha dado cuenta con ellos, tienen que trocar la chistera por la birretina del menestral y aprender del baque-teado a quemarse las manos, alzando el barquín, en la herrería, si como labradores no aprenden prácticamente que arada con terrones no lo hacen todos los hombres, y que son abril y mayo, llaves de todo el año.

Pesado era mi sueño. Toda la batahola social agigantaba la pesadilla, haciendo desfilar ante mis ojos a los que debiendo ser barbas honradas, presumían de verdes y Tenorios babosos...Pasaban con las cabezas blancas y las bocas desdentadas, con flores en los ojales, confundiéndose en la baraja de chismes, intri-

gas y desvergüenzas; disputando manzanas prohibidas, entre bujarrones y bagasas; tomando a bulto, como sugestiva bresca, que acendra mieles, el que convertido en hormiguero, abandonó la colmena...

Y vi el retrete sustituyendo al estrado; el banquete convertido en rúa; pasó por elocuente el insulso brindis, vestido de ripios y deslayados barbarismos; fué donaire la cruenta injuria, rompiendo las bujetas de la fama y se aplaudió, como improvisación, el escandaloso embotellado...

En esta dantesca zarabanda, avergonzábanse los hombres de ser buenos, y las mujeres, de no ser peores...Y si ellos exhibían sus miserias con descaro, ellas, no las recónditas botanas, ni los adulterinos bordes, recataban con tanto ahinco como las deshiladuras de sus calcetines...

Nervioso desperté con las primeras luces, sin poderme librar de los tentáculos de la pesadilla; hasta que el sol, penetrando a torrentes por el ventanal que daba al huerto, hizo-me volver a la realidad y, tirándome del lecho, mientras me vestía, dije:

—Quen madruga a la siega no engorda a la puerca. Por fin llegó la hora ansiada de esconder mis mal llevadas balcarrotas, mi natural y blandengue individuo, entre buhíos y barranqueras. Desde hoy dormiré con los últi-

mos lampos de la tarde y despertaré, como ahora, con el alba. Pues, si quieres vivir sano, hazte viejo temprano.

—He salido de la ciudad, ahito de desencantos, escarmentado del amor, de ese amor loco: yo por vos y vos por otro, el único que la sociedad adula y festeja. Recibióme la dehesa, donde es fama que la verdad se realiza, que el amor, con amor se paga y que la madre tierra, jamás deja de serlo; donde se asegura que es posible la inocencia y que da flores la sana alegría; que el pudor argenta los rostros y que el orden y la sencillez dan armonía a las costumbres.

Salí al corredor de la alquería, desde donde se dominaba un inmenso horizonte. Grandes llanadas iban escalonando planos y colinas y cumbres, hasta las últimas lejanas lindes.

Abajo, muy abajo, se despeñaba el río, descendiendo de la montaña. Rodeando la casa de hacienda estaba el huerto de escogidos y esquilmeños manzanos. Al verlos dije:

Arbol de buen natio, toma un palmo y gana cinco...Eso quiero ser, y vivir en plena vida agraria, donde hacen música las aves, pan la tierra y, si el sosiego es poma que madura, la alegría es como el agua que se prodiga...

—Aquí quiero vivir, en este escarpado balate que embelleció naturaleza, en esta empi-

nada y siempre florecida margen, arrullada por el más limpio y sonoro de los ríos, que salta y se precipita y, sin poder barbear la alta orilla, fingiendo caerse de bruces, tiéndese, volteando, en el cadozo, delante de la alquería y, ya dormido, copia, con todos sus espejos, las extensas márgenes, mientras hacen sinfonía, con sus arrullos, el canto de los gallos berreones, el mugido de las vacas y la voz del bacallar boyero que, binando el pegujal, despierta los ecos de los dormidos berrocales y anima el brasilado paisaje algo que entraña fuerza y alegría.

— En este repliegue de la sierra, seguí diciendo, sin la bolina de las urbes, cada mañana recibirá el sol mi bonetada, y la insistente caricia de sus besos acabará de borrar en mi rostro el badulaque con que la social comedia afeita a sus juglares...

— Y mientras el hombre civilizado siga diciendo: el año de la sierra no lo traiga Dios a la tierra, yo, de escarchas y ventarrones, lluvias y granizadas, he venido ganoso.

Era la hora del ordeño, y tras taita Pedro, que había dejado de ser yeguarizo, para convertirse en mayordomo, encaminéme a los corrales.

Mientras cruzábamos florécientes brañas, mi viejo espolique, refranero empedernido, pronosticando el tiempo iba diciendo:

—El año seco tras el mojado, guarda la leña y vende el hilado. Patrón, hemos pasado un año malo, ha llovido sin descanso, desde mayo hasta fines de agosto, por eso están los rompes el rabo por desollar, que en año llovido échate de codo... Pero empiezan las nieblas, y mi abuelo, alma bendita, decía: año de nieblas, año de encinas; año de nieves, año de bienes, y año de heladas, año de parvas...

—Que este año sea de todo lo que quieras, contesté, pero que no sea de heladas. Desde aquí se ven los patatales, maravillosos y una escarcha los dejaría barridos...

—Dios mediante, con este cielo, repuso el viejo, no hay peligro. El cielo aborregado, antes de tres días bañado. Septiembre, estamos pasando regular; en octubre tendremos buenos soles y también buenas paramadas, hasta que, con el Cordónazo, empiece a llover formalmente, lo que no ha de ser hasta Noche Buena, y el año derecho, el besugo al sol y el hornazo al fuego; eso no falla. Pero así fallara, en el páramo, mientras más malo es el año, mayor es el provecho; por eso se dice: en año bueno, el grano es heno, en año malo, la paja es grano...

—Admirable, dije sonriendo; no hay más que esperar malos años para los hatos, según tu teoría...

—No señor, contestó el viejo, lo que

hay que pedir a Dios, Nuestro Señor, es que no nos incluya en la mala lista...Mi dicho abuelo, que Dios tenga en gloria, y por quien no me canso de decir: quien no sabe de abuelo, no sabe de bueno, después de las granizadas, repetía: no hay mal año por piedra, mas jguay de a quien acierta!...

—Hombre, contestéle, riendo, tu boca sí que graniza refranes...De dónde te los sacas en tanta abundancia?

—Otras veces ya me ha oído, dijo el viejo, que viví tantos años con el señor Cura del pueblo que sabía decir: si el sentido común respirara, el refrán fuera la respiración...Ah, si usted le hubiera oído...Era un sabio y sus pláticas un solo proverbio...Además, mi abuelo refraneaba duro, pero nadie como mi padre, que murió, Dios guarde, con miserere, porque diciendo: cual el año, tal el jarro, en una buena cosecha que hizo, comió y bebió de tal modo que me dejó huérfano, pero haciéndome heredar, si poco dinero, muchos consejos y refranes... Ay, señor, estoy pasando de los sesenta, pero todavía digo: amor de padre o de madre, que todo lo demás es aire...

Oyendo charlar al viejo y en productivo bureo, visito acogidos, borregadas y boyales; doy un vistazo al habal y otro a los cebadales, que rábanos y queso trae la corte en peso; me detengo en el establo, escuchando el

clamor de la bierva, entre los berridos de la becerrada y el agudo clarín del PADROTE be-
rrendo, de recio cerviguillo, pringado de hu-
meante bosta que sobre la alta y temblequeante
bardiza del corral, eleva un palmo la bovina
testa.

—Hacienda, tu dueño te vea, decía taita
Pedro, de otra manera cunde la montaña y to-
do se lo lleva el diablo. Ahora dos años que,
por Cuenca, dejaste estos hatos, murió el caba-
llo peregrino. ¡Semejante animal! Felizmente di-
go, por un decir, yo estuve en cama, enfermo,
y lo que no fué en mi año, no fué en mi
daño...

Prestando apenas atención a la charla
del mayordomo, estaba contemplando cómo en
el regato se abrevaba el ganado, doblando las
rodillas, mientras el borboteo engarzaba barrue-
cos en los belfos de las vacas que, después de
adaguar, paseando perezosa la mirada por el
llano, se alejaban lentamente, por barzales y so-
tos, impregnados de balsamita y, atropellándose
la yeguada, corría perseguida por el burdel po-
llino que, con estentóreo rozuido, contrahacien-
do ciertos poderes políticos, proclamaba su dic-
tadura en los potreros...

Triscaban, ramoneando, el buche travie-
so, la nevada borra. Junto a la choza del dehe-
sero, el buco, como buen chivo, bergante y bu-
tiondo, encaramábase en el endeble bauzado de

la choza y alcanzaba las hojas del nopal que cubría la casucha de verde baldaquino...

—Llueva para mí abril y mayo, y para tí todo el año, iba diciendo taita Pedro, mientras retornábamos a la alquería; los habales vienen como nunca, pero el monte, si se atrasa la deshierba, hará de las suyas...En fin, lo que abunda no daña, y el cadillo dará gran mesa a los chiqueros...

Y continuaba:

—Este año, si Dios y la Virgen Santísima lo consienten, no sólo habrá para comer, sino hasta para hacer robar, siempre que se desvelen los CUENTAYOS; porque en arca abierta el justo peca y la ocasión hace al ladrón...

—Hombre, dije riendo, no dices que habrá para hacer robar. Deja, pues, que roben...

—Sí, contestó el viejo, que roben, pero no tontamente, como acostumbran los indios, cuando se les quita el ojo. Parece que vamos a tener mucho, pero antes que acabes no te alabes...Ah, si no tuviéramos heladas ni lanchas...Hasta aquí nos hemos zafado, y lo que es para adelante, no temo...Ya debe empezar a llover, porque no falla: a gran seca gran mojada...Si la plaga del gusano no fuera lo que es, por nuestros pecados, faltaran trojes.... Dios nuestro Señor, que al fin nos ha de dar la gloria, porque por algo nos ha de haber hecho

nacer sin nuestra voluntad, debería empezar dándonos aquí buenas cosechas y allá lo que sea digno de semejante amo...Taita Cura decía: a quien has de dar la cena, no le quites la merienda...Eso se hace hasta por negocio. Si Dios aquí nos da bastante, es claro que allá no hemos de exigir demasiado; ni con qué cara...Yo estoy pensando que con lo que este año me sobre de la cosecha, he de completar lo que falta para hacerme de una tirita de tierras en la playa; no por nada sino porque todos dicen: haz tu senara donde canta la cogujada...

Contagiado de la tendencia de mi mayordomo, decía entre mí, abad de zarzuela, comisteis la olla, pedís la cazuela, oyendo al viejo ambicioso que acababa de comprar una buena casa en el pueblo, y todavía soñaba con una tirita de tierras en la playa...

Seguía caminando, absorto en la paz musicalizada de los llanos, e iba musitando:

—Aquí está desnuda la naturaleza, tal como la hizo el Gran Artista. Los mejores pinceles apenas logran contrahacerla, por cierto empobreciéndola o recargándola...Esta riqueza de luces y colores; esta alegría que canta y embelesa; esas cumbres que se encienden; esas penumbras que, como frentes pensativas, parece que entrañaran oscuros pensamientos, intraslabables son a los lienzos...Mostrando este cuadro vivo al mejor de los pintores, y faltándole

al respeto, le dijera: haz de este caldo fajadas...

Parecía derrumbárseme el alma por la agreste serranía... Imaginábame que también era yo una pincelada de ese cuadro de armónica belleza, algo con alma del paisaje, echando raíces y sintiendo las misteriosas ansias que deben de estremecer los tallos, al abrotoñarse...

Incomparable paz la de mis campos, poblados de indios, si bastajes y bolonios, sencillos y mansos; si con fama de ladrones, incomparables baquianos del agro y audaces cazadores y vaqueros; con garras para el cuatreraje y el abigeato, pero también debatiéndose entre las garras de amos y belitreros...

Mientras me despojaba de espuelas y zamarros, mi viejo mayordomo, que nunca agotaba su reserva de dichos y proverbios, ponderando los provechos de la ceiba, decía:

—Al año tuerto, el huerto; al tuerto tuerto, la cabra y el huerto; al tuerto retuerto, la cabra, el huerto y el puerco... Llueva o no llueva, hiele o no hiele, el puerco llena la despensa y, por mi santiguada, la cabra da leche, paciendo en espinos...

Luego haciéndome apuntar nacencias de becerros y ventas de ganado, despotricaba:

—Cuenta y razón conserva amistad y haya buena cuenta y blanca no parezca que, cuando llegue la hora, ya veremos si pagamos o recibimos... Los buenos y los malos hábitos se

hacen con el mismo trabajo...El que pudo ser buen joven, tiene que llegar a ser buen viejo. Y el viejo, por EXPERIENCIADO, llega a ser sabio: potros cayendo y mozos perdiendo, van asesando...La avaricia nunca me ha quitado el sueño, y ahora que estoy viejo, ni qué podría hacer con el dinero...Al que ha de morir a oscuras, poco le importa ser cerero...

Dejaba a taita Pedro hablársele todo. Mi espíritu estaba ausente y hundía los ojos en las lejanas cumbres un momento antes entenebrecidas por esas bravas y rápidas tormentas que se desatan en el páramo. Mientras mi mayordomo se desporrondingaba en dichos, y despachaba las leches, sermoneando al indio que iba a conducir las al próximo pueblo, donde se expendían, yo, esclavo de mi tendencia poética, como mi mayordomo, de la suya, prosaica y dicharachera, mirando disiparse la tempestad, escribía estos versos:

A BROCHA GORDA

Ha cesado la lluvia, las remotas
lindes dibujan su perfil apenas
y, bombardeando el rayo, a la distancia,
se ve la tempestad cómo se aleja...

Golpeando repechos baja el río,
manchado, tumultuoso, y lo acrecienta

el lodoso torrente que de la alta
y desolada cumbre se descuelga.

Tornasolado se divisa el orto;
el yermo, estremecido, se despierta,
y el sol sacude la guedeja rubia
sobre el peñón más alto de la sierra...

Salta el potro bravío en la hondonada
y, en rítmico compás, caracolea,
tendida al viento la batiente cola
como trapo triunfal de una bandera...

En la linde remota, el aguarongo
tiende su sombra, prolongada, escueta,
fingiendo el tallo, retorcido, un negro
interrogante a la extensión desierta...

Y, pirata del páramo, animando
la quietud del paisaje, el vuelo sesga,
tranquilo y lento, en curva poderosa,
el buitre, de nevada y calva testa.

Mientras gana la cumbre, en fuga loca,
la bruma, desfleándose en las grietas,
el viento al pajonal tiene vibrando
como una lira de incontables cuerdas...

Con pequeñas variantes, el primer día de refugiado, en el páramo, fué fiel copia de los que siguieron amaneciendo durante seis meses.

Sólo que cada día era conductor de alguna mala noticia. Se lanchaba un papatal; la peste invadía la borregada; robaban el ganado; encarcelaban un peón; invadían la hacienda buscadores de robos, maltratando y hasta matando a los indios; morían hinchadas las vacas; se cortaban las leches, y por fin, se abrían goteras sobre mi cama; llovía sin descanso y en ocho días, no mostraba la cara el sol...

Todo esto que al principio no me inquietaba mayor cosa, a la larga iba volviéndose insoportable.

Procurando despreocuparme y buscando

el buen lado a todo lo que el pesimismo se empeñaba en hacerme ver negro, decía:

—Si hace frío, pero es tónico...El viento molesta, pero por eso se purifica el ambiente, y la salud bien merece alguna incomodidad... No digo que sea agradable la constante lluvia, ni que los tremedales, por donde se hace preciso atravesar, dejen de incomodarle a uno; pero sin paciencia y perseverancia, es imposible la agricultura y el que ha de ser bachiller, menester ha de aprender...Han matado a dos indios, y aunque me haya hecho padecer esta desgracia, he tenido ocasión de amparar y socorrer viudas y huérfanos víctimas de los gamonales que armaron las manos de los asesinos...Si la constante borriña, bojote de las cumbres, entristece el paisaje, es también antipara, interpuesta entre esta plácida quietud, que en derredor florece y la boruca de la ciudad, en cuya behetría, de bolín, de bolán, gasta el corazón sus tesoros, y el más honrado y acucioso aprende a bigardear, y termina buscando la admiración de los brecheros, haciéndose preferir de las heteras y temer de los de la bigornia...

A la siguiente mañana, regresando de los corrales, enlodado hasta las cejas y con un frío intenso, después de lavarme y mudar de vestido, lleno de contrariedades, pero empeñado en creerme dichoso, como siempre, refugiándome en la lira, me puse a cantar:

CRUDO CAMPESINO

Mi boca sólo sabe del pan que lo he ganado...
Sacia mi sed la fuente que no empañé jamás...
Y, férvido, cultivo, en el hogar callado,
la espiga del sosiego, la oliva de la paz. ..

Para mí el hombre ha sido adverso, y siempre in-
y si ninguno nunca la mano me tendió, (grato,
mi amigo, cuando pudo, sin pena ni recato,
medró con mi confianza o el corazón me hirió...

Me ofende la falsía de la social careta,
la péñola alquilada del ruin escritor;
la fiebre de los que hacen del oro única meta
y pisan la conciencia y arrastran el honor...

No quiero que mis manos con lágrimas se empa-
con lágrimas que arranquen el odio, la crueldad... (ñen,
¡Que la inocencia opriman, que la justicia dañen!
Al tajo del verdugo las diera sin piedad...

Bendigo las alfombras de mi anchuroso llano,
mi agreste serranía, mi frío pajonal;
la grey de mis corrales, la choza de mi aldeano
y mi tierra, que es madre, y madre sin igual...

Así, sencillamente, yo mismo hombre me llamo,
cumpliendo mi destino, modesto y noble al par;
y, sin buscar testigos, trabajo, sufro y amo,
y siempre en la sordina recato mi cantar...

Me inspira dulcemente la luz, cuando vacila,
la música secreta del agua, en el raudal;
y la musgosa peña que lágrimas destila
y el surco que la gota va abriendo con afán...

Al eco de la fama mi estrofa se resiste,
en la alma del que goza no llega a resonar...
Mi verso es de esperanza... Yo canto para el triste,
para el que mira el cielo, cansado de llorar...

Mi musa es el recuerdo, la dicha del pasado...
Soy fuente que ha podido volver el curso atrás
y besa, rumorosa, las huellas que han dejado
las flores que a su orilla no volverán jamás...

Dejé de escribir y salí al corredor. soli-
loqueando:

—Seis meses han pasado ya...Seis meses
de una apacible y dulce monotonía...

Algo protestó dentro de mí, diciendo: pe-
ro, podrá ser dulce la monotonía...?

Quedé mirando un costurón que en el
cielo rasó habían hecho las goteras. Entre el
negro del reboque, movíanse un par de grandes
y peludas arañas...Al verlas, afanosas, labrando

sus telas, sin querer, exclamé:

—Esos bichos no pertenecen a la vida civilizada...

Pero en seguida agregué:

—Y qué son las mujeres, que la sociedad festeja, sino arañas, tejiendo redes y armando trampas, en las que caen los hombres, como aquí las moscas?

Exhalé profundo suspiro e inconscientemente, quedé recordando las gracias y el donaire de las muchachas con quienes bailé en el Club, la víspera de abandonar la ciudad...

En ese momento, la india, adiposa y mugrienta, que había reemplazado al ama, traída de la ciudad y que, sin poder seguir soportando ciertas pequeñas incomodidades de la vida campesina, habíase largado la víspera, acercóse y, en endiablada jerga, dijo que las provisiones habíanse comido los gatos; que para el desayuno no había pan ni fruta, y que el almuerzo no pasaría de alubia y papas cocidas...

Cerré los ojos por no ver al esperpento que daba las malas noticias, y cuando afirmé que me contentaba con un vaso de leche recién exprimida, quise consolarme, diciendo que no se quiebra por delgado sino por gordo y mal hilado...

Pero pensando ya en la hora de zafarme de todo esto, rezongué:

—No hay día tan lueñe que pronto no

esté presente.

Arrepentime, pero quedé repitiendo, con cierta sorna, de «La Vida del Campo», «qué descansada vida...», mientras el pensamiento se trasladaba a los bares y hoteles de la ciudad... Mas, todavía, reaccionando, dije:

—Estas pequeñas incomodidades, bien merecen ser soportadas, a trueque de asegurar la paz del espíritu, el aire puro, el agua limpia... Aislarse es duro, pero eso nos pone a salvo de inverecundos... En fin, agregué: tras diez días de ayunque de herrero, duerme al son el perro... Ya nos iremos acostumbrando...

Mas, sintiendo la convicción divorciada de mis palabras, salí al corredor, donde me esperaba taita Pedro con la noticia del robo del mejor toro de hacienda... A poco llegó uno de los mesgueros a hacerme saber que los ladrones habían robado la sementera que estaba a su cargo...

—Esto es insoportable, dije, 'despechado; no hay día que no tengamos algo que lamentar... Esta tal hacienda se me va volviendo una pesadilla...

—Señor, contestó taita Pedro, no hay miel sin hiel, y los bienes y los males vienen de Dios... Quien no se conforma es un incensato. Ni tanto ni tan calvo que se le vean los sesos... La vida es un febrero loco y en febrero, un rato al sol y otro al humero... A tiempo yo

quise cambiar al CUENTAYO de las papas, que estaba con mal aire grande, y es mi obligación vigilar todo en la hacienda, porque sé que la que lo aliña, ésa lo hila, pero el amo se opuso...

En ese momento, la india que me servía, puso sobre la barandilla del corredor, un bernegal con leche, lo mismo que iba a ser mi desayuno...

Crispáronse mis nervios viendo la leche servida de tan mala guisa, sin asomo de curiosidad, mientras taita Pedro musitaba:

—Señor, demos gracias a Dios de tener lo que tenemos, pensando que lo que uno desecha, otro lo ruega...Este mundo es un valle de lágrimas y es un loco el que no sabe que a tres días buenos, cabo de mal extremo...Reír sin descanso, no puede el hombre; pero llorar puede cuanto se le antoje...Y es que cada día gallina amarga la cocina...

Mientras taita Pedro despotricaba, refraneando desbocado, yo, inconscientemente, dejándome llevar de mis preocupaciones, pensaba y, entre mí, decía:

—Si en la sociedad hay muchos elementos malos, no dejan de haber buenos. Las pequeñas comodidades que en su seno se disfrutan, al gozarlas, pasan desapercibidas, pero cuando nos faltan, adquieren inusitado valor. Cierto que en el campo hay agua limpia, aire puro,

sol vivificante, pájaros cantores y horizontes sin riveras...

De repente elevé la voz y, asombrando al mayordomo, que me miraba alelado, prorrumpí:

—Pero aquí no hay cine, ni radio, ni aviación, ni periódicos, ni la sombra de un hotel, ni nada...Y si en la ciudad no faltan zániganos, aquí nos sobran cáncanos...

Corríme del desahogo y, protestando dentro de mí de haber dado cabida a semejantes ideas, que contrariaban todos mis propósitos, reprimiéndome, continué:

—Pero soy un loco...Y más quiero asno que me lleve, que caballo que me derrueque... Sí, agregué: loco es el hombre que pretende alejarse de la naturaleza. La paz del corazón, el verdadero sentido de la vida, se pierden a medida que se sustituyen los hábitos primigenios por los complicados y morbosos de la tal vida civilizada...

Acerquéme al vaso de leche, simulando una alegría que estaba lejos de experimentar, y exclamé:

—Bartolillos y brinquiños, de sibaríticos desayunos, quédense allá donde se atan perros con longanizas y se gastan manteles, pero que las bascas presiden...

Y, sin atreverme con la leche, en la que más de una mosca zambullía, quedéme mirando

el patio...Cloqueaban las gallinas, y un pavo, ruante, baqueteaba a los gallos, disputando la picada berza, en intransigible cuestión batallona.

Más allá, una vaca, atada al bramadero, sacudía el balumę del repleto bandullo y, con cada bufido, llamando a su becerro, dejaba brotar la apoyadura que inflando la ubre, tenía desasosegada...

Cuando, aína! un señor de raboseada castora, azambado y belfo, de nariz encendida y bravamente atachada, hizo irrupción en el cortijo, seguido de su mujer, hijos y sirvientes, en barbulla endemoniada...

Por mi mayordomo, algo sabía de esta bojiganga que, cuando no estaba tendida a la bartola, solía andar de bardanza, bistraendo idiotas y confiados. Y como en la percha estaban siempre brillando, por su ausencia, las camisas y en la despensa las viandas; como el prolongado ayuno, con la elocuencia del retortijón, hacía que la baltra se impusiese a todas las urgencias, sus dueños no tenían más recurso que dejar la posada y salir a buscar cándidos y bambarrias generosos...Mas, nunca imaginé estar en lista para el asedio de esta comparsa bahuna

Sin barrunte que me previniese y, con la consiguiente sorpresa, al indagar el motivo de semejante visita, el nada boquirrubio, pero muy brozno viejo, dándoselas de ducho y de

saber más que Merlín, con boca de gachas y a barba regada, festivamente, contestó:

—No pende de ahí el arado...El motivo es lo de menos, la cosa es que hemos llegado... Y negar que negarás, que en Aragón estás...Debería Ud. de agradecerémoslo, porque, sin ánimo de ofender, el caminito ha sido largo, lodoso y muy pendiente y, en fin de fines, por bravo que sea el dueño, nunca dejará de ser caballero...Quién ignora que una alma noble no puede herir sin comenzar hiriéndose...? Arco de tejo, y cureña de serbal, cuando disparan hecho han el mal...

Absorto quedéme oyendo la jerigonza, en la que volvían a ser los proverbios mi martirio; como que mi mayordomo no hubiese hecho sino cambiar de indumentaria, y trocar su cara apacible con la del descarado que tenía en mi delante; la de ese que, badajeando sin medida, continuó acribillándome, sin dar tiempo a la réplica...

Entre las badomías que el bribión lanzaba a borbollones, martillaba mis oídos el término bonanzoso, bordón de su discurso, rebosante de grotescas borracheras...

Por fin, terminó sensibilizándose hasta las lágrimas...Tendióme los brazos, calificándome de entrañable amigo y hasta lloró sobre mi pecho...

La injuriosa y ridícula zancadilla dejóme

bombo y antes de que pudiera reportarme, este improvisado amigo brujo, de una bogada, presentóme su familia, entre badajazos e insoportables blasonerías...Haciendo que me abrace su bienmandada primogénita, dijo, bambollero:

—He ahí mi perla...Que al hombre venturero la hija le nace primero...Y si el criar arruga y el parir alucia, qué será esta joya el día que me dé nietos...?

La perla era una gordiflona, tocada de barretina, con la que debió de engalanarse su abuela, si la tuvo; tan bisoja como boquina, pero casi provocativa, por aquello de «no hay quince años feos», pese al berrueco que engarzaba uno de sus ojos y el bezo que abultaba sus labios...-

Luego un barbiponiente, con toda la catadura de bausán, el segundo de la prole, abrazóme con insólita ternura...Y tras él, a barrisco, cayóme a abrazos toda la camada, incluso el bata, de poncho y ojotas que, como bajamane-ro, no había tenido rival...Digna hechura del bailón de su amo, su arrendajo y prolongación...

Y vino el último braguillas: Benjamín de la familia, pringón y florecido de catarro que, butiroso, después de haber hecho su babador mi camisa, corrió a disputarse con sus hermanos la leche del vaso que había quedado sobre la barandilla.

Estos que no hacían sino andar a la bir-

longa, habíanme cogido a la birlonga...Trémulo de indignación, grité:

—Apaga y vámonos...! Si se les habrá figurado que esta casa es una bayuca o alguna venta...

El viejo quiso boquear algo que no pudo, porque atropellándole su mujer, púsose a barbullar, zalamera, con voz de bajo profundo:

—No es nada; que del humo llora... ¡Vaya! Todo esto es brusco, pura bisma, es decir, nada..Para estopa la etiqueta...Nosotros somos campechanos y hallamos bullarengue el arte cisoria...Pues, tenemos arroz y gallo muerto con una bizcochada, siempre que se nos la ofrezca con cariño...

Mientras hablaba la vieja, yo estaba bailando en Belén, y pensaba: ni hombre tiple ni mujer bajón, viendo prácticamente la sabiduría de este dicho y la razón en que se funda este otro: tres cosas echan al hombre de casa fuera: el humo, la gotera y la mujer vocinglera...

Taita Pedro, chicote en mano, acercóseme, secreteando:

—Bueno es culantro, pero no tanto...Por mí, ya los barrera de la hacienda...Pero quien manda, manda y cartuchera en el cañón...

—Espera que yo te ordene, replíquele; estate listo...

—IV—

Daremos una idea de la bruja que se empeñaba en acomodarse, con toda su lechigada, en mi casa.

Como era Simón su marido, ella se llamaba también Simona, y tenía borrada su calluna cara...Las crenchas, que la viruela había dejado ralas y marchitas, encuadraban el rostro, convirtiéndole, pese al bruñido, en uno como bollo bisunto...Era una salchicha o bandujo, que se exprimía...

Ensangrentados los ojos de breque, recatar no lograban las perversas intenciones de la bragada...La nariz, como botagueña, siempre encendida, denunciaba la beberona incorregible...

Su cuerpo, entre la altura mínima y la anchura máxima, era colchón escurriéndose por

los cogujones, digo senos y caderas...Mientras el vientre amenazaba las rodillas, quitando al cuerpo humano toda esperanza de parecerlo...

Encendiendo la ira de taita Pedro, arriado al barandal del corredor, la vieja continuó:

—No títulos y pergaminos, sino costumbres y dineros hacen los hijos caballeros... Y no es caballero sino el que sabe serlo...Así como el plebeyo cree que carne sin hueso no se da sino a don Bueso...El noble de verdad, no hace diferencias entre el grande y el chico, porque él está sobre todos...

Las palabras aduonas de la vieja, lograron hacer algún efecto en mi ánimo y no pude dejar de sonreír, lo que dió alas al esperpento para continuar:

—Ya estoy brujuleando que este amable arrijo intenta pedir excusas...El campo es campo, donde, aunque todo sea añil, poco puede teñir...La etiqueta no es sino balasto, o mejor dicho, bullarengues de la pedante aristocracia, con la que transigir nunca he podido...Arrótese con ella otra que no sea la hija de mi madre...

Hizo un gesto de altivo desdén y continuó:

—Falta cuarto de baño? No lo hace... En este vergel bullen fuentes cristalinas y sobran sitios recatados y follajes, para lo más de mudarse y etcétera...Qué, no hay camas? Pues,

se hace una general, y resulta como hecha de plumas, si confianza la mulle...Que esto entraña algún peligro para el bello sexo? Puede que así sea...Pero quien no arrisca no aprisca...Y es tan grato tener sobre una, suspendida, la espada de Damocles...

Adórame esos candiles, dije entre mí, mientras la carantoña continuaba:

—Qué en la mesa no hay vino? Es lo de menos...Aunque es verdad que el arroz, el pepino, nacen en agua y mueren en vino. Pero es evidente que, entre los que son del asa, el bódrio resulta potaje, cocinado con butiro y, jarda Bayona!...Con buen humor, hasta el bren sabe a regalado bocadillo; pues, nada adereza los manjares como la bulimia y el apetito no llega sino sobre el corcel de la alegría...

Imaginándose haber rendido la cumbre de la elocuencia, haciendo carantoñas, e invitando a sus familiares a hacer lo mismo, la ñoña, retrepóse en el amplio y cómodo escaño del corredor...

Fué la blasonería de la vieja, dándose por invitada, como un hachazo que me dejara bifido...Estaba a bola vista, atado al bramadero del escarnio y, sintiéndome puesto en berlina, temblando de ira, exclamé:

—Es esta una pandilla de brecheros que, con inaudita bruteza, se ha propuesto estoma-

garme...Pero a mí me sobran medios para...

—Mamá, me muero de hambre, exclamó en ese momento uno de los niños...

La queja conmovióme profundamente, e iba a ordenar que se repartiera alimento, pero recordé que el ama ya no estaba conmigo; e indeciso, entre el impulso de mi piedad, por los niños, y la indignación que me producían los viejos, inconscientemente, empecé a hablar y decir:

—Infelices... Tenerlos hambrientos...Pero el ama me ha dejado solo...Aquí falta todo...

Interrumpiéndome la vieja barrila, prorrumpió, soltando un bramo, entre palmoteos y chácharas de bululú:

—Ya dí en el hito...Todo es barí en esta casa, y aquello de rascarse el bolsillo ignora el generoso dueño..A quienquiera podriasele aplicar: asno de Arcadia, lleno de oro y come paja, no a nuestro anfitrión, que si se dejó sedir algo lacerante, fué por una bigardía de buen tono...Lo que falta en esta casa no es más que un poco de orden...De menos nos hizo Dios, y unas de sal y otras de arena...Conmigo no reza aquello de dueña que alto hila, de alto se remira...Sé hacer todo y bien hecho, sin dárme las de hacendosa...Pongamos pues las cosas en su puesto...Será el resarcimiento de mi comisión, una vez cumplida, que nadie diga de nuestro amigo, por mi mal desempeño: asno

sea quien asno batea...

Mientras así hablaba doña Simona, aflojábale la acarralada basquiña, que acabó por suspenderla del bellote del próximo pilar y, quedándose en zagalejo, es decir, envuelta en un bombasí arambeloso, que hacía de falda bajera, dirigiéndose a su hija, dijo:

—Aprende de mí, que no puedo estar ociosa; pues, la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta...

Y púsose a recoger zarandajas y botitos, e invadiendo mi escritorio, arrastró sillas y mesas; recogió en un banasto, que halló a mano, todo el belezco del contiguo comedor y largóse, echando por arrobos, sobre sus aptitudes para todo, seguida de dos o tres zarapastrosos de la camada, a la cocina, donde entró diciendo:

—Quien tiene arte, va por toda parte. Ahora falta ver cómo anda la cocina...

El ama, que la víspera se largara, sin duda arrepintiéndose de dejarme solo, había vuelto y, sin hacerse sentir, mientras estos cingaros invadían la casa, desde la cocina escuchaba todo lo que estaba pasando en el corredor. Al oír lo que decía mamá Simona, salió a enfrentarse con la intrusa y, echando chispas por los ojos y lava por la boca, bramó:

—Pesía de mí! Mírenle a la mánancona...En buen año y malo, ten tu vientre regalado, pero en la casa ajena hazte cruces en la

boca...Sepa la doña entremetida que en el fogón yo me basto y me sobro...

—No sé, dijo doña Simona, lo que Ud. sea en la cocina; eso lo vamos a ver, porque lo que es en el resto de la casa, mujer no parece, aunque se la busque con palito de romero...

—Sí, repuso la cocinera, yo también no veo sino sinvergüenzas y bacineros, sin que la obra pía tenga nada que hacer en el fandango... Sí, yo soy la cocinera y a mucha honra, y si alguna perra vieja quiere ser el ama, procure lavarse los churres y empiece dándome la propina...

Soltó una carcajada y mientras reía, iba diciendo:

—En la cama del can, no busques el pan, ni en el hocico de la perra la manteca... Aquí la gente es avisada...

Y plantándose en el dintel de la puerta, en actitud olímpica, esperó que avanzara su enemiga, puesta en jarras.

La cara de la ama le pareció a doña Simona hecha, especialmente, para ser escupida y arañada; pero, discreta, se detuvo; sonrió, majestuosa, como una reina ofendida y, poniendo la proa en dirección al ropero, fué diciendo:

—En prieda me ves y doncellez me demandas...¡Para propinas estamos...!

Mi situación no hacía sino complicarse. Otro, talvez, la habría despejado de un golpe,

pero para mí tenía tres bemoles...

Por arte de birlibirloque, una bahorrina había invadido mi casa y, de bóbilis, bóbilis, contra mi voluntad, instalábase en ella. En la ciudad, un gesto es suficiente para que a uno se le entienda; mas aquí en el campo, es otra cosa; a la gente, al hablarla en sexta, responde en ballesta y es preciso decírselo todo deletreando...

En el primer momento, no hice lo que debía con estos belitres; luego parecióme que cualquier medida resultaría inútil y fuera de tiempo, como al asno muerto la cebada al rabo... Y, francamente, la novedad y rareza de lo que me estaba sucediendo, no dejaba de tener su interés y empezaba a intrigarme. Para ver su término, resolví estarme en el banco de la paciencia, aunque pasara, entre mis flamantes huéspedes, por zoquete y por badea. Dije, entre mí:

—Desvergüenza y cinismo...He ahí dos condiciones indispensables, en los tiempos que corremos, para hacer fortuna y alcanzar renombre...Estos Simones no estarán haciendo conmigo lo que hicieron con Arroyo del Río, muchos de los líderes del 28 de mayo? Lo que siguen haciendo con Apolo esos que, a pesar de haber sido barridos, una y otra vez, del templo, tornan, perseverantes e inverecundos, hasta que, aburrido el Dios crinado, deja que se alcen con la fama de poetas, maestros y sabios, pero les

dedica a seguir haciendo adobes, especialmente en el periodismo...

Ordené a taita Pedro que estuviera a la expectativa, pero en silencio y, yo, con ánimo de tolerar hasta cierto punto, seguí vigilando al chusmaje, por sobre el libro que hojear simulaba...

Doña Simona, rechazada de la cocina, bruza en mano, ponderando la bazofia y despilfarro del ropero, sacudía y escobillaba y, sin dejar de bachillerear, revistaba cajones y anaqueles; arrinconaba bártulos, sin que se le escape bollón ni tachuela.

Don Simón, barloventeaba por todos lados, con la nariz respingona, como olfateando algo que no encontraba pero que debía de estar en alguna parte...Hasta que al fin llegó a dar con un pequeño barquino con aguardiente...Ni el gran Almirante, al ver el nuevo mundo gritó ¡Tierra...Tierra! con la exultación que mi huésped exclamó: ¡Shumir...Shumir!, quitando la botana y hundiendo las narices en el cuello de la bota, mientras decía:

—Fué la casualidad, no mi noble ami-

go, la que me ofreció este milagro de la miel que se hace humo para convertirse en néctar... La casualidad... Porque más vale aceña parada que el molinero amigo... Yo, dijo, mirándome con cierta inquietud, como usted, en mi casa, suelo dar a mis huéspedes lo mejor que tengo... Y no otros que, como el abad de bamba, lo que no puede comer dálo por su alma...

Viendo que nada le contestaba, mirándome furtivamente, continuó:

—No es que yo quiera codearme, quiero decir, compararme, mejor dicho, parecerme; digo más: igualarme a usted, señor mío y caballero; no obstante, en otro tiempo yo fui lo que fui: Institutor, con título, lo mismo que Simona; hemos sido quince años maestros y como tales, ahora, que estamos BALDANDO, porque fuimos sustituidos, hemos quedado con todo derecho a morirnos de hambre; digno e inveterado término de los maestros de escuela en esta Arcadia dichosa... Y, si hoy me quejo diciendo: como subo, subo; de pregonero a verdugo, es porque en fin de fines, lo que duele, duele, y más cuando se tiene cultivada la mente y se sabe noble y apto para todo. Però modestia a un lado, todos somos hijos de Adán y nos contrahacemos y remedamos... Pues, si bien canta el Abad, no le va en zaga el monacillo...

Tuve que sonreír, oyendo al fanfarrón y dicharachero, que cobró arrestos para continuar:

—Si, como dice el sabio: do entra beber sale saber, también es cierto y, si usted me lo permite, diría evidente, que no sólo beber fresco, sino beber algo bebestible, es propio del verdadero filósofo...

Empinó el barquino y saboreó, guloso, un largo trago...Con el dorso de la mano enjugóse la boca y siguió diciendo:

—Sócrates, verbigracia, no fué tan filósofo como se cree...Y en fin de fines, no pasó de ser un socrocio, no solamente cuando bebió la cicuta, sino cuando se hartaba de la bilis de su esposa, con la que jamás se permitió una chanza... Tal vez porque el genio sabía que burlaos con el asno, daros ha en la barba con el rabo...Ah, Jantipa de mis pecados...

Después de resollar, escanciando un nuevo trago, agregó:

—Cristo, antes de los vinagres de la cruz, cató de las odres de Canán; porque no hay duda que el Hijo de María, así como sabía darle al más pintiparado con los ochos y los nueves, no tuvo empacho en decirle a la linda Magdalena, pelandusca; a Judas, traidor y a Pedro, mentiroso...No es arriesgado suponer que Pedro haya hecho en las de Canán, lo que Sancho en las de Camacho; porque en cuanto a provisiones de boca, el apóstol no andaba sobrado, sin tiempo para darle al anzuelo y sin amigos ni parientes que le ayu-

den; aunque a son de parientes busca que meriendes...Digo que en fin de fines, a Pedro, en las de Canán, debieron írsele las manos, porque quien el aceite mesura, las manos se unta...

Esperó un momento que yo dijera algo, pero como seguí callado, él continuó:

—Divergen los autores, sobre si se le fueron o no las manos al Apóstol, en la clásica ocasión que hemos recordado; pero está fuera de duda que se le fueron las patas, cuando negó al Maestro, delante de la tuerta que sabemos...Pues, tocante a lo del gallo, mejor es no meneallo...

Después de reír sonoramente y atisbar en mi semblante el efecto que sus palabras me estaban causando, dijo, con un suspiro de satisfacción:

—Yo, pecador de mí, digo que, en fin de fines y en realidad de verdad, cuando las penas me maltratan, procáro ahogarlas no en el légamo amargo, como lo hiciera cualquier Safo, sino en una honda y cristalina copa...Quiero decir, trato de ablandar la pena zambulléndola en el mejor jugo de caña que esté a mi alcance... Pues, a quien has de acallar, hasle de halagar... Y culmina el acierto y la suavidad en los procederés, cuando van rociados de abundantes y perfumadas gotas alcaloidales...

Miró amorosamente la bota y siguió haciendo el oso, sin importarle un comino la desas-

troza aplicación de sus refranes:

—Juro, dijo, por todos los Evangelistas que, como una nueva almohaza, sobre las paletas de Job, es para mi espíritu, este otro espíritu de caña; esta divina porquería... Para mí, en fin de fines, Noé vale más que Moisés, porque si éste, en el Sinaí, es rígido como el derecho, aquel es humano, gracioso y claudicante, como la Magdalena... El uno es la tabla de piedra, el otro es el panal, la copa de néctar... Moisés, no ve la tierra prometida; Noé la mira en cada racimo... Y después de la borrachera del diluvio, brinda a los siglos futuros, con la copa del antiguo testamento, la renovación y florescencia del mundo, con la lira de Homero, la sangre de Cristo y los buriles y pinceles de Rafael y de Miguel Angel; todo esto desde la epónima cumbre del monte Ararat...

En ese momento, un gallo preludeó su canto, haciendo restallar las alas y, don Simón, simulando cómicamente la actitud del orador que es aplaudido, entre ridículas genuflexiones, exclamó:

—¡Gracias... Gracias, oh pueblo justipreciador de mis méritos...

Aspiró con deleite el botillo y, entre sandeces y requilorios, continuó, beberrón, haciendo honores de vino a lo que apenas era calagüasca...

Doña Simona intentaba bilocarse, para

arrebañar la casa, de cuanto se le ponía al alcance, y volvía con la lechigada a invadir la cocina, pese al berrín del ama que, intentando recuperar sus derechos conculcados, decía a gritos:

—No cantan bien dos gallos en un gallinero...

—Está bien, contestaba doña Simona, cantarán mal, ya qué vamos hacer; la cosa es que canten, pero que no peleen.

—Yo soy el ama, dijo la dueña y nadie sino yo, después del amo, manda en esta casa...

Con una bisunta sartén en la mano y sacudiendo dignamente la cabeza, agregó:

—Para música vamos, dijo la zorra... Hay que dejar trabajar a la gente seria, y cada cual en su oficio. Yo dueña y vos doncella, quién barrerá la casa?...

El ama, ensartando razones y refranes, que para doña Simona era como oír llover, continuaba:

— Al que le duele la muela, que se la saque... Para cuidar y ordenar esta casa, yo me basto y me sobro, pues, asno de muchos, lobos le comen...

Y viendo el tárro de aceitunas en manos de la intrusa, aconsejaba, temblando de furia:

—Aceituna, una es oro; dos, plata, y la tercera mata...

A lo que replicaba, riendo, su enemiga:

— Cuando la aceituna se toma sola, realmente: aceituna, una; dos, mejor, y tres, peor... Cuando es con carne, o cuando menos con pan, entonces ya varía, y el proverbio aconseja: aceituna, una; pero si es buena, una docena... Mi abuelo, que en mala hora murió, porque desde ese día supimos lo que costaba el pan, y lo que significaba el adagio: muerta es la abeja que daba la miel y la cera. Mi abuelo, digo, solía afirmar que la aceituna apesta, cuando cuesta... Y entonces, hasta una era veneno la aceituna; pero costeadada, una tonelada no hacía nada...

Don Simón, repantigado en el canapé, dando besos a la bota, quedóse adormilado.

La señorita bezuda, ante el espejo de mi alcoba, probábase corbatas y saltos de cama, imaginándose estar hecha un brazo de mar, y tomando actitudes y posturas dominadoras...

El barbilucio, primogénito, arrendajo de don Simón, apandillando a sus hermanos, saltaba los bancos del huerto e invadiendo el arbolado, arrancaba manzanas, a barrisco, destrozando las ramas, sin esa instintiva gratitud que se siente por el que, generoso, nos regala, para justificar el viejo proverbio: ¡ay, abuelo!, sembrasteis alazor y naciónos anapelo...

Entre tanto, refunfuñaba taita Pedro y, sacudiendo la cana y rebelde greña, entre dientes, decía:

—Pero ya pasaremos cuentas...Que donde el galgo no piensa, la liebre salta...

Yo meditaba en la forma de zafarme de esta pesadilla y no veía cómo enviar a buscar berros a este grupo de buscones...

Mientras en la cocina, las potencias beligerantes, tomaban posesiones y buscaban la mejor coyuntura para romperse las crismas, la granujada, repletando panzudas barjuletas, con mis mejores manzanas, se reía de taita Pedro que, a buenas, aconsejaba la necesidad de respetar el derecho ajeno, y el peligro que llevaba el rateo de llegar a ladrón...Así decía:

—Ladroncillo de agujeta, después sube a barjuleta.

La caterva contestaba haciéndole gestos y riendo hasta desternillarse...

La cosa tomaba un sesgo no imaginado, y empecé a bartulear, ya seriamente, en la forma de librarme de esta barda que amenazaba convertirse en noche cerrada...

Para salir del barranco, fingí blandear con mis imposibles huéspedes y, haciendo el bullebulle, acerquéme a don Simón, que dormitaba, y sacudile de un brazo, mientras le decía:

—Buenas noches, cuarta...Esta no es su cama. Dios hizo el sol para gozarlo...Arrieros somos y en el camino nos encontraremos...Es muy babazorro eso de beber sin convidar...

Y arrancándole el barquino, que lo tenía abrazado, hice como que escanciara un buche, a pico de botella, sin aceptar el bocal que el huésped había hecho de un tintero y que, acucioso, me lo ofrecía...

Don Simón, complacidísimo y ya familiarizándose, prorrumpió:

—Desde chiquitín, hice mi fuerte de la semántica y la braquigrafía; es decir, estudié con la significación de las palabras, la abreviatura, que es la base del geroglífico, con ánimo de visitar las pirámides de Egipto, y de interpretar el metaforeo de nuestras novísimas escuelas literarias, especialmente el porqué de ciertas famas de algunos sabios trasnochados. Pero bromas aparte y en fin de fines, con la mayor seriedad, juro que nunca encontré, como ahora, y por ahí me las den todas, la gracia y el do-naire mejor abreviados...

Elevó los brazos, con modos de orador, en el paroxismo de la elocuencia, y gritó:

—Si un asno con oro alcánzalo todo, qué harás tú, oh león millonario, más que de caudales, de talento, de nobleza, de generosidad...?

Mas, trocando su actitud oratoria en confidencial, sonriendo, añadió:

—Más pronto se coge al mentiroso que al cojo...Desde el primer momento supe, al bu-sear en su manera de ser, que usted no era si-

no un bravonel, un amigo genial, al que gustaba brovocear, haciendo bufa...

Dió un paso atrás y, mirándome con ojos inquisidores, tornó a acercárase diciendo:

—Pero el caballero es caballero, aunque no quiera...¡Si lo sabré yo...! Quien debe y paga, no debe nada...Pero también supo usted con quién se las había...Y quien da, bien vende, si no es ruin el que prende...Usted dando y yo recibiendo, no fuera fácil saber cuál de los dos granjeó más...Si nó, diga: cuál quedó endeudado, Bolívar con la libertad, o la libertad con Bolívar...?

Don Simón, que ya estaba achispado, intentó un retozo, haciendo con el cuerpo un esguince, pero fuéronsele los pies y dióse rudo baque...

El bocaza, que no podía levantarse del suelo, sin mudar de bisiesto, continuó supino y, hablando de bóveda, dijo:

—Bolívar, que solía andar de gallo, tuvo dos hijos y tres hijas, como cinco brevas... Y año de brevas, nunca le veas...

Hizo un esfuerzo por levantarse y, sin poderlo, continuó:

—Ahí están: Colombia, mutilada...El castamiento de Panamá fué sin anestesia...Digo que, en fin de fines, la anestesia vino después de la intervención...¡Veinte millones de dólares...! No es mal bocado...Todos creímos que

el gringo se cerraba con Panamá, gratis et amore, y que lo demás era esperar del lobo, carne...Pero como vinieron los dólares, así el papel colombiano se hizo humo, como la utópica soberanía de la Gran Colombia y sus atlánticos, lo que talvez, estremeciendo a Bolívar en su tumba, le hizo decir: maridar de praza, e parir escondida, gentil sabandija...No repito eso de «hemos arado en el mar», porque un sabihondo ha hecho bordón de su incurable cojera mental, de esta desesperada frase del Libertador...

Don Simón, hizo muecas de rebezar y, entre bascas, siguió diciendo:

—Pero los duelos con pan son buenos; quedó Panamá rica y embellecida, aunque partida en canal...Y oliendo a máquina...Sin dejarle dormir la añoranza, es decir el aroma de los laureles de Carabobo, de Junín, de Ayacucho... Mientras su amo, el místico, apestaba a Bacalao...Pero convencida que más vale ser cabeza de ratón que cola de león...Lo que yo no creo; dijera horcajadura, en vez de cabeza, fuera otra cosa...

Disparataba el borracho con cierto donaire y yo le escuchaba complacido. Don Simón continuó:

—Venezuela, como si dijéramos: el Belén americano...

Y logrando sentarse, comenzó a declamar:

Brumoso el Orínoco a contemplant alcañzo,
besando de los llanos la austera inmensidad;
rugiendo en las rompientes, cantando en el re-
el himno de los libres, la canción inmortal...
(manso

La joya del caribe, de Dios la señalada,
como Belén heroico de América gentil,
ungió, río, tus ondas, tu brisa perfumada,
esa embrujada cuna del florecido abril...

Oh río que copiaste en el cristal profundo,
rimando con los astros del anchuroso tul,
la pupila del genio que, sol del nuevo mundo,
convirtió las tinieblas en luminoso azul...

El genio de Bolívar, que palpitó en tu entraña,
rugir te hizo estentóreo, desconcertando al mar...
Y tus fieros rabiones, en la estupenda hazaña,
cantaron la epopeya que nunca tuvo igual...

Y junto al invencible, con bélica armonía,
Abel americano, tu nombre, sin cesar,
en himno de victoria o en queja de elegía,
está cantando el golfo que arrulla Cumaná...

Las cinco hermanas libres, prendidas como perlas
en el collar del Ande, la Europa contempló...
Y en el más alto plinto del Chimborazo, al verlas,
el cóndor, con las alas, triunfante, palmoteó...

moria. Pudo alcanzar la bota que había quedado sobre una silla cercana y, resarciéndose de ganas, tras desmedida gorgorotada, entre hipos y náuceas, volvió a decir:

—Venezuela, barajada por Gómez...Cuna de la libertad, convertida en su féretro por la tiranía...Si económicamente ha logrado el despoja poner en sus bolívares, algo de mi noble tocayo, en el sentido democrático no ha hecho sino dar baja y bajón, bajo los bajos, digo, bajo los gluteos de un Dictador carnicero...

Después de lanzar un ¡Chúpate esa!, agregó:

—Bolivia, muriéndose de sed, con el mar inmenso en las narices; pero con el bajo Perú atravesado en la pupila y con el Paraguay en la oreja, como una pulga...

—Oiga, señor, me dijo, mirándome con ojos dormidos, ha tenido usted alguna vez, una pulga en la oreja...?

Que gana tuve de contestarle al borrachoso: sí que te la tengo...Pero no quise interrumpir su chusco disparateo; y continuó así:

—Ecuador, a cuenta de macho y DAN-DOSELAS DE ENTERO, sigue jugando a las dictaduras y haciendo Coroneles de los rábanos...Como ese barbilindo que, en la 3a. Zona, hacía alcocarras delante del espejo, mientras en los cristales del Río Verde, llegaban pocos a verse la cara...El Ecuador, digo, andaba en di-

mes y directos con el Cusco, diciéndose 'tore-
rías...Pero quien dice lo que no debe, oye lo
que no quiere. Nuestra tierra, en vez de hacer
ejércitos, hacía congregaciones y cofradías y,
en vísperas de agarrarse con el mismísimo y
morrocotudo enemigo de marras, se ocupaba de
la beatificación de Marianita de Jesús, gastando
todos sus ahorros en el marco de la Dolorosa
del Colegio y en coronarla a la Morenica, co-
mo si nunca hubiera estado coronada; todo lo
cual no fué óbice para que nos quitaran Puer-
to Bolívar, rescatado a costa de medio millón
de kilómetros en el oriente...

La risa alcoholizada de don Simón, pu-
so puntos más que suspensivos a esta parte de
su despotricamiento, y siguió charlando:

—En la madre Libertad, que murió de
lipidia, tres hembras tuvo el héroe: Colombia,
Venezuela y Bolivia. Muchas hijas en casa, di-
ce el refrán, todo se abrasa...Tres hembras que
se echaron en brazos del despotismo y prepa-
raron a su padre las hieles de Santa Marta...
Tres hijas y una madre, cuatro diablos
para el padre...Pero también dos varones: el E-
cuador, que se bautizó en Pichincha, con la
sangre de Calderón y quedó huérfano con el
asesinato de Berruecos...Y el Perú que, a pesar
de Junín y de Ayacucho, no sabe el pobrecito,
entre Bolívar y San Martín, a cuál de los dos
ha de decir papá...Mientras canta el inmortal

Quevedo:

Yo, el menor padre de todos
los que hicimos ese niño,
que lo formamos a escote
entre más de veinticinco...

—Dudo que sea textual la estrofa, pero a mí se me da un pisto.

Volvió don Simón a empinar la bota y siguió hablando:

—Bolívar, con ser el más invicto varón, apenas, como lo acabo de probar, tuvo cinco hijos, entre hembras y machos, ascendió a lo más alto que puede ascender un hombre; pero a gran salto, gran quebranto...Ni para qué hemos de recordar el calvario de Santa Marta...Ni ese otro en el que vive atado al patíbulo de la gloria y calumniado por ciertos flamantes historiadores...Yo, sin ser héroe, ni cosa parecida, he tenido siete herederos... ¡Siete! Como los capitales del catecismo y, como tales, diferentes entre sí...Quiero decir, con perdón de mi señora, que ninguno se me parece, ni se parecen entre ellos. Siete hermanos de un vientre, cada uno de su mente. Acaso porque hubo descuido, o falta de prolijidad...? No, señor; sino que lo que de noche se hace, a la mañana aparece...

—Imbécil, gritó la esposa, desde la cocina; ya me darás cuenta de lo que estás diciendo...

—Sí, señor, continuó don Simón, mientras yo reía de la aplicación literal del proverbio y de tanto disparate; tengo seis varones y una hembra de rechupete...La misma que hace poco túvola usted en sus púdicos brazos...Y por la que siempre -le digo a Simona: quien tiene hijas para casar, tome medidas para hilar...Esa que hace echar la baba a cuantos se le acercan y que yo la apellido «la Libertadora», porque es bichozna de Bolívar...Pero lo que te ha tocado por suerte no lo tengas por fuerte, sino que hay que hacerse digno de poseerlo...Y no se diga que estoy echando bocanadas de sangre, al afirmar que mi tataradeuda, nada menos que la contrincante de misia Libertad, seguramente madama de buenas barbas, comisionada por el cabildo azuayo para atender, in cubiculum, al Padre de la Patria, por más señas, en Chaguarchimbana...Et-cétera...Aquello de que «hemos arado en el mar», es idolopeya calumniosa...Para prueba, aquí estamos nosotros; vivitos y coleando; ya va usted a verlo.

Continuó don Simón, sin dejar de meter a barato:

—Como a la quinta pinta, mi padre, cuadrinieta de Bolívar y, perdonando la digresión, sin acordarse que el hijo que aprovece a su padre parece, nunca aprendió que a buen año y malo, molinero u hortelano...Y porque hay gustos que merecen palos, en fin de fines, tuvo

extremo cuidado en no dejarme un céntimo de herencia...Murió dignamente, en la cárcel, por ciertos arrendamientos; pues, eso no falta: arrendadorcillos, comer en plata y morir en grillos... Pero en resarcimiento de ese desaguisado, hizome poner Simón en el bateo...Más tarde, así como el gran Simón, mi homónimo y abolorio, rescató la América del poder de «ña» abuela totera, yo, que si naciera en otro tiempo, hubiera sido hidalgo de gotera, sin ser ningún Hércules y, andamais, sin Boyacás ni Carabobos, rescaté a mi actual señora de las garras de mi suegra, no gorda y pomposa, como usted la ha visto, que la carne sobre el hueso relumbra como espejo, así como a la mujer y a la viña el hombre le hace garrida; digo, no como la tengo ahora, sino en trapos: escurrida y desmedrada, como que la hubieran chupado brujas...Mas, como madre holgazana, cría hija cortesana...

Aquí irrumpió en el corredor doña Simona, como una tempestad, e increpó a su marido:

—Bravo bonete...Te dijera bucardo, es decir, macho de la chiva, si no fueras simplemente un macho; quiero decir: hermano de la mula, hijo, no siempre legítimo, del burro...Un simple burdégano...Te las das de chusco y no haces sino hablar a bocanadas. Así fuiste desde que fuimos institutores y yo tuve que cargar con mi escuela y con la tuya, porque no

servías para nada...Yo fui la que te rescató de manos del tabernero o bufiador, al que trataste de petardear, y que te hizo suscribir, como en un barbecho, el pagaré aquel que creíste cancelar con mentiras; (mi marido va a la mar chirlos mirlos a buscar)...Y tuve yo que finiquitarlo con realidades...

Descuadernóse la boca de doña Simona que reía mostrando casi las entrañas, mientras su marido, en actitud de perro apedreado, rezongaba:

—Haced fiestas a la gata y saltaros ha la cara...Esas tales realidades, que debieran sonrojarte, Simona, haciendo un gran sacrificio, las he perdonado...Tú me entiendes...Yo no digo sino que la ropa sucia debe lavarse en casa...

Pero viendo encrespase a la arpia, intentando acariciarla, agregó meliflúo:

—Mujer, no comprendes que estoy hablando de chanza, para entretener a nuestro huésped? Has olvidado que buenagorra y buena boca hacen más que buena bolsa? Pues, si no tienes dinero en la bolsa, en fin de fines, ten miel en la boca...

En seguida y manejando el botafumeiro, púsose a decir de ella mil bienes. Pero la bruja, engolosinada en la bronquina, continuó amarga y broznamente:

—Gota a gota, la mar se agota, no digo la paciencia...Infeliz de la que nace hermosa

y se casa, como yo, llevada del cariño...Ciertamente, por mis especiales prominencias, yo debí de ser muy feliz; pero conmigo, como con nadie, se ha extremado lo cruel de esta verdad: la dicha de la fea, la hermosa la desea.

—No es éso, dijo don Simón, sensibilizándose, sino que ya no me amas...

—Ni qué se ha de amar, dijo la vieja, a un marido bragazas, que no es consentido, porque su mujer no lo consiente...Te las das de muy leído, y cuentas que antaño arrastrabas bayetas; mas, si llegaste al magisterio, fué por mí. Cómo? Tú lo sabes...Hoy has quedado de burro cargado de letras o simplemente de pollino, sin más habilidad que la del rebuzno...Y rebuznando, no haces sino quejarte de todo y de todos, mientras yo me callo; es decir, que lo que ha de cantar el carro, canta la carreta...

—Arreboles a todos lados, tiempo de los diablos, dijo el agredido, pasándose saliva con los dedos por la apañuscada oreja que, con gran dificultad, pudo zafarla de las uñas de su indignada esposa...Yo he de ser siempre la víctima de tus arrebatos...Así fuiste desde niña, es decir, desde ese lejano y dichoso tiempo en que me querías...Y no me pesa de que mi hijo enfermó, sino de la mala maña que le quedó... Los desencantos de hoy no hacen sino agrandar el bien perdido...

Y suspirando, hondamente, concluyó:

—Ay, amor de niño, agua en cestillo...

—Anda allá con tus sensiblerías, replicó doña Simona. ¡Para amoricones estamos! Habló el buey y dijo mu...No eres sino un barbón, sinvergüenza y butiondo. Te atreviste a hacer hijos, pero nunca recursos...Holgar hoy, mañana fiesta, buena vida es ésta...Lo peor es que tu inutilidad no tiene vuelta...Ah, si dieras alguna esperanza para yo poder decir: bésote, bode, porque has de ser odre...Canalla, has tenido siete hijos, para que yo los mantenga...

El viejo, estirando el pescuezo en la dirección que le imponía la mano de doña Simona, apoderada de la misma oreja, un momento antes rescatada, guiñando el ojo, decía:

—Aramos, dijo la mosca al buey...Esos hijos, ciertamente, puede que yo... ¡hum.! los haya engendrado. Al menos, tú lo aseguras y es pública voz y fama...Así debe de ser...Pero, en fin de fines, tú los concebiste, Simona y, mientras los concebías, yo cantaba: muchos hijos y poco pan, contento con afán...Pero tú hacías la desentendida y los seguías concibiendo. Los formamos, Simona, los formamos a medias, entre tú y yo, y en la empresa, Dios lo sabe, puede que tú hayas sido el buey y yo la mosca...Los trajimos al mundo y, si hemos de hablar a barras derechas, yo no hice sino de elemento paciente y disimulante...Pero quien no quiere ver lástimas, no vaya a la guerra...

Conteniendo apenas la risa, presenciábamos, con taita Pedro, el bizantino, sintiendo caérsenos la baba; pero antes de meter el bastón, atizábamos la discordia, compadeciendo a la ANGELICAL esposa y, fingiendo borrachera, calificábamos de muy blasfemable el comportamiento del déspota marido...Y cuando don Simón, reaccionando contra mí, exclamó:—reniego del amigo que cubre con las alas y muerde con el pico, su mujer, sintiéndose apoyada, pasó a mayores y, de las orejas de don Simón, saltó a las barbas del idem...La ex-maestra de escuela, echando a rodar los bolos, así, conforme las sacudía, iba diciendo:

— Sórbeta ese huevo...Mala boca, peces coma...Baladrón...No has hecho toda tu vida sino barrer hacia dentro, sin pasar de bordonear, mientras yo ando a la brega, procurando el pan, que te lo comes sin empacho...Y todavía me insultas...Pero iránse los huéspedes y comeremos el gallo...

El pobre viejo diciendo: a la hembra desamorada, a la adelfa le sepa el agua, pudo desahacerse de las garras que le sujetaban y sacudían...Ducho en los ajes de su esposa, después de rezongar: quien no tuviere qué hacer, arme navío o tome mujer, echóle un badal a la boca, ofreciéndole una copa llena hasta el borcellar, mientras dirigiéndose a mí, exclamaba:

—No lo tome usted en cuenta, porque

manos blancas no ofenden...Simona se tranquilizará, como una tarde de estío después del chubasco...

Miró a la esposa con ojos enternecidos, mientras ella vaciaba la copa y, exultante, haciéndole mamolas, dijo:

—En fin de fines, ira de enamorados, amores doblados... Luego, dirigiéndose a mí, agregó:

—Si en el mundo de la nobleza, no quita lo cortés a lo valiente, en el mundo del amor; quien te dió la hiel, te dará la miel...Pues, si el yo pienso, luego existo, es la base de la filosofía; así la piedra angular de este mundo de relaciones, se finca en el aforismo: dádivas quebrantan peñas...

Tras la libación, mama Simona, cambió de modos y lenguaje...Miró tiernamente a su marido y exclamó:

—Díjolo Blas, punto redondo...Simón está en lo justo...

Con boca regañada, pero siempre en actitud de morder, por andar cortos los labios y en trance de emersión los caninos, de bolazo, apuró una nueva copa y, mientras retornaba a la cocina, fué diciendo:

—Hispe el huevo bien batido, como la mujer con el buen marido...Pues, aunque con cada balotada le ponga los talones en los bellos de mi bagaje menor, no por eso dejo de llevarle el barreno...Y si es bien que charlen los hombres, a las mujeres nos toca callar, puesto que la mujer algarera nunca hace larga tela...

Don Simón, como un niño perdonado de su maestro, daba saltos de alegría, exclamando:

—El hijo del bueno pasa malo y bueno... Puedo ser un boquirrasgado, pero nunca ofendo a nadie... Cuando bebo, conmigo borborita el buen humor...

Zapateó el bamboche, hasta cansarse; dejóse caer sobre el canapé y, alzándose a mayores, bolero y fanfarrón, empezó a tutearme, llamándome colega y hasta tío boquimuelle...

Bonicamente, fingiendo tomar parte en su alegría, juntaba mi charla a su barbullar incansable, simulando dar a la bota frecuentes bocanadas, extremando el bizantino, haciendo al andar que se me fuera cada cuarto por su lado, y por fin, discutiendo sobre moral, que es rendir la cumbre de la borrachera...

Taita Pedro, penetrando mi intención, acercósenos diciendo:

—Algún día será Pascua... Y como a dos días buenos, ciento de duelos, justo es que yo también piense en alegrarme... Sin ofender al patrón, pido una copa, que bien merecida la tengo...

—Date a deseo y olerás a poleo, dijo don Simón. Bien venido, señor mayordomo, siempre que no olvides lo que eres... Pues, nosotros, los señores, concedemos mucho, pero sin familiarizarnos... Y, en fin de fines, como a quien dan no escoge, límitate a tomar, pero sirviéndote tú mismo...

Taita Pedro, entre maliciosas muecas, tomando el barquino y, antes de llenar la copa, dijo:

—Arribaos torgado, que tras la cuesta está el llano...Para ser señor, hay que aprender a nadar sin calabazas...Y luego arder en un candil...

—Hola, dijo don Simón, presto es dicho lo que es bien dicho...Este anda de capa y gorra, pero es más de lo que parece...

—Debajo de una mala capa suele haber un buen bebedor, contestó taita Pedro; así como el zorro, el rato menos pensado, muestra la cola o la oreja y, entonces, la función es con orquesta..Porque no hace tanto la zorra en un año, como paga en una hora...

—Mi mayordomo, interrumpí, puede disputar, a usted y a su señora, la palma en el proverbio, porque bajo el poncho lleva todo el refranero castellano y, si no es un Demóstenes, no deja de ser un....

Repentino retortijón, obligóme a regoldar...

—Ah, ya sé, dijo riendo el huésped borracho, señalando con el índice a taita Pedro, éste no es un Demóstenes, porque prefiere, con mucha razón, ser un eructo...

El aludido, mordiéndose los labios, rezongó:

—Yo puedo ser lo que quiera, pero mi

mujer, es mi mujer...Y sólo en casa del ruin, la mujer es alguacil...Y cuando la mujer sacude las barbas al marido, es no venir el son con las castañetas...

Taita Pedro, riendo estentóreamente, concluyó:

—Lléveme Dios a ese mesón do manda el marido y la mujer non...

—Cuando ella es ura gran dama, replicó don Simón, no hay más que rendirla vassallaje...La hermosura y la debilidad, juntas, son invencibles...Y con lo que Sancho sana, Domingo adolece...

Ahogándose de risa, repuso mi mayordomo, señalando a doña Simona, que se dejaba ver a través de la ventana de la cocina:

—Su cara defiende su casa...

Sin querer darse por notificado de la pulla y, simulando más borrachera de la que tenía, púsose a gritar don Simón:

—Viva el gusto...Nunca es tarde si la dicha es buena y es guapa la dueña de la tienda...Comamos y bebamos que mañana moriremos...

Como me encontraba ayuno, sufría de continuos y escandalosos borborigmos, que motivaban la hilaridad de mi alegre huésped, lo que dió motivo a la bronquina...

Tras nuevo y, esta vez, simulando regüeldo, siguió la risa que, a tente bonete, lan-

zó don Simón, apretándose las tripas y barbotando:

—Es un barquín de fundición...Un molino de viento...Una ventolera...Un desencadenado huracán...Y todo, porque no sabe que a boca do harón, espolada de vino...

Dando una palmada en el brazo del canapé, interrumpí:

—¡Bomba!...El bien que viniere, para todos sea, y el mal, para la manceba del abad... Y aquí va el cuento: un vecino dióse a los gustos y cayó enfermo; por cierto sin quejarse, porque estaba persuadido que a buen bocado, buen grito...Su mujer, que también andaba en líos, quiso esta vez zafarse del marido, mezclándole en una infusión refrigerante, unas gotas de arcénico...Porque el matrimonio que Dios lo deja de su mano, el diablo lo lleva de la suya...Y burra que tiene pollino, no va derecha al molino...

— Un nuevo regüeldo interrumpió el cuento, y tornáronse a repetir las risas y cu-chufletas de don Simón...Entonces, grité:

—No...No puede ser la bradipepsia...En ese aguardiente se me ha hecho ingerir el bebedizo...

Don Simón dejó de reír y pretendió abrazarme, murmurando:

—Para broma, es demasiado...A la burla, deja la cuando más agrada...

Taita Pedro, dando una patada a la si-

lla, en la que estuvo sentado, exclamó:

—Cuando el diablo reza, engañarte quiere...

Tomó la bufia, medio agotada, y lanzándola al patio, dijo:

—Si lo que teme el amo se cumple, yo me barro con estos belitres...

A la boruca acudió la señorita belfa que, haciéndola caer en mis brazos, empecé a decirle:

—Encantadora bayádera, me tienes en quillotranza, porque quien adama a la doncella, el alma trae en pena...Se te han bombeado los belfos, digo los labios, cual si estuvieran grávidos de besos...Y ya deberías darme el más sonoro y apretado de ellos, porque bien demanda quien bien sirve...Pero el buey por el cuerno y el hombre por el verbo; óyeme lo que voy a decirte: el vello suave que cubre tu labio gordo, envidia del albaricoque y del maduro blanquillo, mañana será pasto de una báquira, es decir de un chancho lividinoso que, al bellotear, mezclará tu bezo con las heces del engordadero...Te estoy hablando de tu futuro novio, esto es del patán bisunto, tu dueño en cierne que, después de retozar sobre tu descalandrada arquitectura, hasta estomagarse de tus encantos, te pondrá a flete, a que le mantengas...

Mientras ella, sin entender, sonriendo, tomaba por galantería los horrores que yo despotricaba, don Simón, viendo en tal trance a su

hija, codeaba a taita Pedro, diciéndole:

—Ya tenemos novio en casa, y de buenos y mejores, a mi hija vengan demandadores...

Mas, enmendando su actitud y poniendo un rostro de padre severo y ofendido, exclamó:

—Aprieta... Mírenle al bigardo... Yo no soy nada para él... Pero quien hace la burla, guárdese de la escarapulla.

Jo que te estrego, burra de mi suegro, contestaba yo, riendo y acariciando a la muchacha, mientras su padre, secreteaba a mi mayordomo:

—Lástima que no seas un reverendísimo párroco, para convertir ese besuqueo en bodijo...

—En ese espejo no te verás, replicaba frunciéndose taita Pedro, y cuando pienses meter el diente en seguro, toparás con duro... Aunque yo he visto peores cosas, agregó inquieto, y no ha quedado más que conformarse, diciendo: a quien Dios se lo diere, san Pedro se lo bendiga...

—Tú, dijo don Simón, ignoras que, por haecendosa, mi hija es digna de un príncipe. Puede que mañana deje de serlo; pero si hoy me la pidiera tu amo, yo confiadamente le diría: hilandería la lleváis, Vicente, quiera Dios que os aproveche... Lo que sí puedo decirte es que, en fin defines, en ese caso, yo no ganaría nada... Con todo, un yerno rico, no es mal bocado, aunque amistad de yerno, sol en invierno...

—VIII—

Yo, acariciando a la doncella; taita. Pedro, haciendo de comparsa del sainete en escena y don Simón, caracterizando el desentendido, nos encontrábamos, cuando doña Simona, metiendo a barato, irrumpió en el corredor prorrumpiendo, con enmarañada batología:

—Bien dicen: ver para creer...Y otros agregan: aunque lo veas, no lo creas... ¡Santo Fuertel...Voto va...Guárdate de hombre que no habla y de can que no ladra...

Quiso interponerse don Simón, pero poniéndole a un lado, a empellones, la vieja, encaróse conmigo, diciéndome:

—Señor buscarruidos, esta vez no le valdrá la bula de Meco...Callen barbas y hablen cartas...Besando a mi hija, en cara y barba del buco de su padre...Sin vinagre la betarraga sabe

a dedo...Y si no hubiera consentidos, no pasaran muchas mujeres por livianas...Qué cerca anda del burro el buco...

Y arrancándome de las manos a su hija, agregó:

—Con la madre, lo que quiera...Pero con la hija, nada...El hombre es fuego, la mujer estopa; llega el diablo y sopla...Como que del bien al mal, no hay el canto de un real...Vaya el Tenorio a buscar madre que le envuelva...Mujeres, como mi hija, son de las de EGO TE CON-YUGO...

Quedóseme viendo la vieja, de pies a cabeza, y escupiendo, dijo:

—Pero miren a la mosca muerta...Cobra buena fama y échate a dormir...

Al ver que nada le contestaba, lanzóse contra la hija que gimoteaba y, sacudiéndola de las crenchas, exclamó:

—Mocosa, ya sabes: boca con rodilla y al rincón con la almohadilla...

Luego dirigiéndose con bramuras al marido, insultóle:

—Bobatel, señor borrego, asquerosa buera, siempre has de hacer de cuclillo, diciendo: no es nada, que matan a mi marido...Puedes ponerte a bostezar...Babirusa...

La reconvención de la vieja, como badil que urge en la acumulada ceniza del fogón, logrando hacer que se levante una débil llama, des-

perió lo que de banderizo quedaba en el alma del marido y, ya sea por la voz atizadora o por el licor ingerido, lo cierto es que el borrachín quiso dárselas de bigornio y después de contestar a su mujer: quien tiene boca no diga a otro sopla, acercóseme pretendiendo hacer el bu y, yéndosele la mula, lanzóme, a bonico, una injuria...

Burla con daño no cumple el año; había que dar fin al sainete. Fuíme sobre el baladrón que me insultaba, haciéndole dar terrible batacazo...

Todos entraron en la bronquina. Sobre los lomos de don Simón, descansaba mi bragadura y, ce bote y boleó, mis puños dejábanle en la cabeza ringleras de brocinos, mientras taita Pedro, echando a rodar los bolos, canturreaba:

—No hay barranco sin atranco...Y poniéndole al fin del patio a don Simón, su émulo refranero, lo despachó santiguándole con el chicote y diciéndole:

—A boda ni bautizo, no vayas sin ser llamado. A sacudir el polvo de los pies. Largo de aquí, canalla...Vaya a espulgar un galgo y ojos que te vieron, a verte no vuelvan nunca...Esto no es quitar pajas de una albarda, ni es orégano todo el monte...

Tras cada dicho, restallaba el chicote del mayordomo en las piernas de don Simón que co-

ría desalado...

Luego arreándose con la granujería, repartiendo fustazos, gritaba:

—Fuera de aquí, gitanos...A una boca, una sopa...A buscar madre que les envuelva... Como los pecados, son siete y todos siete al saco y el saco a tierra. Son como un oro, patitas y todo; pero mi chicote es escoba que se barre con la pandilla de bordoneros...A comer el pan con el sudor de la frente...Barba pone mesa que no pierna tiesa. Y si a ustedes les conviene ir a gusto en el machito, también al machito le gusta mostrar las herraduras...Y a fuerza de vilano, hierro en mano...

Doña Simona, corría zarandeada, por la barriguera de b t i cruda que blandía el ama, la que, anadeando, iba tras su enemiga, sin poderla alcanzar, pero poniéndola de oro y azul, decía:

—Límpiase que estás de huevo, alma de badea, rabadilla de bernegal, bacinera, ve a acomodarse tu bahorrina, tu hambrienta lechigada, en la pocilga donde pariste...Ve hacer de buscona en otra parte, en esta casa se trabaja y ni el amo se atreve con la botagueña y las aceitunas, sin haberlas ganado...

Por fin vióse la hacienda limpia de barraduras y a mí quedóme el brazo sabroso, como al mayordomo, después de la bejuqueada a los Simones y compañía. Sólo del ama quedó en el pecho mucho por vaciarse...

Dudando de la enmienda de los zingaros, ordené que se pusieran trancas a las entradas y candado a los portones.

Con esta gota se colmó la medida, acabando de imponerse la necesidad de volver al medio que, por algunos meses, entusiasta y lleno de utópicas ilusiones, había abandonado.

—Si de ésta escapo y no muero, nunca más bodas al cielo, rezongaba mirando y oyendo a doña Simona que, cargada del preñado balsopeto, desde la balconada del camino, me gritaba:

—Babazorro...Tacaño...Hipócrita...Quisiste mancillar a mi hija, a cuenta de rico...Rico, porque al buey maldito el pelo le luce...Miserable...Muerto de hambre...No se hace la boda con hongos, sino de buenos bollos redondos...

Con taita Pedro, reíamos oyendo a la arpía que continuaba:

—Tío bismas, no es soplar y hacer lietas, que lo que mucho vale mucho cuesta...Cómo te habrá quedado el brazo sano, después del derroche regio que hiciste con tus huéspedes...Tú que te alumbras con burrajo y con la broza de tus cosechas, mientras se mueren de hambre en tu comedor las moscas; y tu batería de cocina es digna de la araña que hace de ama, y que, como tú, no se come un huevo, por no desperdiciar la cáscara...Para quién atesoras, avaro...Apaña suegro para quien te herede, manto de luto, corazón alegre...Quédate con tu riqueza, oliendo a moho, y con tu vieja cocinera, con cara de ladrillo enmantecado y boca de letrina removida, y si así están los pueblos, cómo estará la capital...Con su facha de basilisco y de puerca abortada, si no fuera tu manceba, bien pudiera ser tu madre...

Riendo a carcajadas, mientras se alejaba, fué diciendo:

—Yo me vuelvo, con mi dignidad y el orgullo de mi pobreza, a mi casa, sin lujos pero honrada, donde se prodigó, por quince años, el

pan de la enseñanza a los niños...Tú qué entiendes de esto, analfabeto...Y así: tú, a lo tuyo: a la pesebrera...Y yo, a lo mío: a la cátedra que, burla burlando váse el lobo al asno...Rico...Ladrón...Sinvergüenza...Verdugo...Quédate con tu avaricia, que quien te cubre, te descubre...Pronto tendrás barrunte de nosotros...

Y mientras taita Pedro decía:

—Al enemigo que huye, la puente de plata, y a la mujer brava, dalle la soga larga, yo, yendo en pos de un poco de alcohol para refrescar mis manos inflamadas por los sepancuantos que hubo que darle a don Simón, retiréme a mi alcobà. Taita Pedro seguía diciendo:

—A espalda vuelta no hay respuesta... Ellos llevan su merecido; pues, no siempre humo y malas caras sacan a la gente de casa; sino que, como esta vez, para hacerla salir, tuvimos que emplear chicotes y cachetes...

Quedó la vieja chillando en el camino, sin que yo hiciera nada para impedirselo; pues, al loco y al aire, darles calle, y la brasa ella sola se consume...

Rebasó la copa de mi paciencia. Vi como acabada badomía mi social aislamiento e hice resolución de liar mis bártulos y tornar a la ciudad.

El páramo tenía lados más que brunos; la bastardía del gañán era contagiosa, siendo menos difícil nivelarse a él, que elevarle de su plano...

El campo era bueno para pocos días; maravilloso para una borricada, en un día de sol, con amigos, un buen botellón y la alforja bien provista...

Dejar precariamente la complicada vida de los hoteles, buscando la sencilla y rústica botellería de la aldehuela; ir a respirar el aire de los nevados, sintiendo las impulsivas emociones de la caza, se explica... Pero enterrarse, como yo quise, indefinidamente, en un ható, haciendo abstracción de la vida civilizada, era para evidenciar el sentido del sabio aforismo: la vida de la aldea, désela Dios a quien la desea...

Y yo habíala deseado... Y todavía, hoy, desde la ciudad, la añoro como una necesidad que, por insatisfecha, se acrecienta... Pues, jurado ha el baño de negro no hacer blando...

Ardiente llaga, como la boquera que deja el cigarro, cuando el descuidado fumador lleva a los labios la boquilla, así dejóme la bacinada de esta familia de gitanos, que vino a sumarse a los incontables azares y contradicciones, hasta ese momento sufridos...

Resolvíme volver a la ciudad, a pesar de mi inadaptación a ella; a esa vida de mentidas relaciones, de la que creí escapar, y resultóme una en el año y esa en tu daño...

La alquería había quedado como la bayuca, después de una fiesta de indios...El desorden y la bascosidad rebosaban...Ni brizna, ni bitoque en su puesto...Menaje de comedor, batería de cocina, fruslerías de mesas y estantes, todo había ido a hinchar las burjacas y alforjas de la horda de rateros...

Ahorrado el calcañar del espino que le allagara, no esperé el siguiente día para dejar la hacienda, donde la sencillez y la verdad rimaban con la paz del espíritu; donde la frugalidad florecía en salud, y el ejercicio de los músculos y las madrugadas, avivaban la apetencia y eran mágico soporífero; donde la amistad, por emponchada que se ofreciera, era leal y sencilla...

Sí; todo esto era cierto, pero yo continuaba atando las maletas, pareciéndome que no iba a llegar el momento de tomar el camino en las manos...

Sin duda no merecía tanta felicidad, por eso no podía adaptarme a la «descansada vida», que dijo el poeta, mientras el refranero apuntaba: soplar y sorber no puede junto ser...

Con los últimos refranes de taita Pedro, que llorando decía: espaldas vueltas, memorias muertas, salté sobre mi caballo y corrí, como que me cogiera un toro, hasta dar con mi individuo en la ciudad, alborotada por un nuevo cuartelazo...

Lazos y trampas que, con juncos y espadañas, por diversión, armaba entre los sotos, volví a armarlos, por necesidad, con formulismos y mentiras, en alcobas y salones, donde a veces, la inverecundia y la desfachatez se aupan; donde es imposible la prestancia, sin espuelines en los talones, tonsuras bajo el som-

brero y pieles sobre los talles...Donde la fama y el destacamiento, explotan la inepticia y la hipocresía, mientras la riqueza acumulada, no siempre en nobles y limpias manos, y la sabiduría y el arte, prodigados, pero casi acéfalos, hicieran decir a mi mayordomo: quien quisiera el bien no lo merezca...

Aquí estoy, en el salón y en la alcoba donde cundiera el hastío si la balata no se trocara en epigrama envenenado y la encendida banderilla dejara de poner en balanza el honor y la fama de los mejores...

Aquí estoy, en la ciudad, disputando la miserable meta; ahorcando mi natural blandengue, en todos los travesaños de la inutilidad y la bastardía; envidiando a los campesinos y llamándolos con Fray Luis: «los pocos sabios que en el mundo han sido....».

FIN DEL PRIMER TOMO

I N D I C E

	Pgs.
Prelusión.....	5
Epopeya del Indio Paramero.....	19
Cashqueros	65
La Vida del Campo.....	135



E0040153